

Cristin Ferro

Las vueltas que da la vida



Bookit

Cristin Ferro

*Las muelas
que da la vida*



Bookit

Las vueltas que da la vida

1.ª edición: Octubre de 2.016

Copyright

© Cristin Ferro 2016

© Editorial LxL 2016

www.editoriallxl.com

dirección@lxleditorial.com

ISBN: 978-84-16609-75-8

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación, u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art.270 y siguientes del CODIGO PENAL).

Diríjase a CEDRO (Centro Español De Derechos Reprográficos) Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 917021970 / 932720447. Los personajes, eventos y sucesos que aparecen en esta obra son ficticios, cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Impreso en España – Printed in Spain

Diseño cubierta – Alexia Jorques

Maquetación – Rachel's Design

Las vueltas que da la vida

Cristin Ferro



Agradecimientos

Este libro se lo dedico a toda esa gente que me ha apoyado en los momentos difíciles, a esos que sin saberlo me han dado ánimos en momentos complicados y han estado a mi lado cuando más les he necesitado. Para todos los que han estado ahí cuando la desesperación tomó el control de mi vida y yo solo podía dejarme llevar. Mil gracias.

A la familia siempre hay mucho que agradecerles, en mi caso no voy a ser menos. Gracias a mi padre y Mari por el eterno apoyo, nadie me ha ayudado como vosotros, os quiero. A mis hermanos agradecerles el estar ahí, sobre todo a mi J.R. y su Andy. También agradezco a la familia de mi Ángel porque ellos me han enseñado lo que es una verdadera familia. Gracias Pili, Mabel y Juan porque siempre conseguís que me sienta mejor.

A mis amigos, ya estén cerca o lejos, en España o en el extranjero. Gracias por haber estado ahí para animarme cuando más lo necesitaba. Hago mención a Bego y Jaime porque ellos estaban aquí cuando las cosas se complicaron y nunca dejaron de apoyarme, a Alex y Miguel Ángel porque ellos son parte activa de esta historia y las que siguen a pesar de estar lejos, a Rocío que siempre me pregunta por mi libro y sé que ahora más que nunca necesita un abrazo y no estoy cerca para dárselo. A todos los demás gracias por estar ahí también, que no os nombre no os quita importancia, sois los mejores.

Además he de agradecer a mis locas por el apoyo en este proyecto, a Vane que me animó a escribir y dejar así salir la frustración a través de las palabras, a Maite que con sus valoraciones hace que cada día intente superarme a mí misma, a Lali que desde el minuto uno ha sido un apoyo incondicional, a Eve por siempre saber sacarme una sonrisa y comprenderme dado que ella ha pasado algo muy similar, y a Nieves por estar siempre ahí a pesar de la distancia. ¡Muchas gracias mis locas!

Y como no podía ser menos, muchas gracias a LXL por confiar en mí y darme esta oportunidad.

Prólogo

Esa noche Vicky estaba de fiesta con su mejor amigo Fran y sus amigas Almudena y Alba, juntos celebraban el final de su época de universidad y el inicio de las prácticas laborales.

Copa tras copa y brindis tras brindis la noche iba avanzando, todos llevaban tanto alcohol en el cuerpo que no eran conscientes ni de la mitad de las cosas que decían y menos aún de las que hacían.

Vicky y Fran bailaban juntos en el centro de la pista disfrutando de su última noche de juerga antes de pasar a formar parte de la lista de becarios, esos que casi no cobran pero trabajaban tanto como los demás.

La música atronadora impedía cualquier tipo de charla, aunque tampoco era necesaria, tras años de amistad se entendían solo con mirarse y cualquiera de los dos era capaz de descifrar los gestos del otro sin necesidad de palabras.

Estaban bailando ajenos al mundo, cuando de la nada apareció un hombre tan alto y guapo que atrajo la atención de todo aquel que estaba a su alrededor, Fran guiñó un ojo a su amiga y se escabulló hacia la barra en busca de Almudena y Alba, que seguro que habían encontrado con quien pasar un buen rato bailando o tomándose una copa.

Con el valor que aporta el alcohol lejos de dejar de bailar, Vicky, siguió meciendo sus caderas de manera sensual consciente de la atenta mirada de aquel atractivo desconocido, envalentonada por su atención se atrevió a recorrer su cuerpo con la mirada mientras se relamía los labios.

La mirada dorada del desconocido se hizo más intensa ante su escrutinio, que con paso decidido y sin apartar la mirada se paró a solo unos centímetros de ella.

Sonriendo como un depredador no esperó su permiso y pegó su cuerpo al de Vicky, de manera insinuante, a la vez que posaba una mano en su cintura mientras enredaba la otra en su larga melena, sin previo aviso acercó su labios al cuello de ella desde donde se impregnó de su aroma y susurró en su oído.

—Mi nombre es Alex y me encantas

Vicky no fue capaz de articular palabra aunque no era porque no lo deseara, más bien estaba alucinada porque un hombre así se hubiera fijado en ella, con disimulo buscó a su amigo entre la gente y cuando sus miradas se encontraron él asintió y no hizo falta más.

Vicky agarro la mano de Alex y tiró de él hacia la salida del club, el alcohol le dio la valentía que en un estado normal no tenía, ella nunca había hecho algo así en su vida. Sus amigas decían que era un poco mojigata, menos mal que no la vieron en ese momento o se lo recordarían el resto de su vida.

Cogidos de la mano se subieron a un taxi, al cual Alex dio una dirección y ella ni siquiera prestó atención a cuál era, Vicky estaba tan absorta mirándole que no pudo apartar la vista de él en todo el trayecto. No hablaron y tampoco hizo falta, cuando llegaron a su destino entraron en el hotel donde el taxi los dejó y tras pedir una habitación subieron en el ascensor.

El aire en ese espacio tan reducido estaba cargado de tensión sexual, las miradas de los dos no dejaban lugar a dudas de lo que ambos deseaban, cuando el ascensor se paró, Alex, agarró la mano de Vicky y la arrastró hasta la habitación.

Introdujo la tarjeta y la puerta se abrió, en cuestión de segundos estaban dentro y esta cerrándose de una patada que Alex le propinó. Con la tensión acumulada y sin ganas de perder el tiempo, la apretó contra la pared y ella solo atinó a balbucir.

—Me llamo Vicky —dijo mientras la boca de Alex la devoraba.

Ella no estaba muy segura de haber escuchado su respuesta, pero podría jurar que había podido distinguir las palabras que ya lo sabía o algo similar.

No hubo tiempo de nada más, su cerebro ya no procesó más información desde el momento que la mano de él se coló por debajo de su vestido y lo subió. Esa noche se dejó llevar como nunca antes, no cabía duda de que ese hombre sabía lo que hacía y disfrutó de cada instante que compartió con él.

De madrugada Vicky se despertó y un tremendo dolor de cabeza la saludó, gimiendo se incorporó en la cama y con la poca claridad que entraba por la ventana, ya que aún era de noche, extendió la mano por la cama y encontró algo cálido y duro, dio un respingo y retiró la mano veloz.

Permaneció quieta un par de minutos por si le había despertado, al no percibir movimiento y con sus ojos ya acostumbrados a la penumbra. Se tomó la libertad de observarlo más de cerca, la sábana dejaba entrever la parte inferior de su cuerpo, que dejaba su torso expuesto. Como un voyeur lo contempló recreándose en cada parte de su anatomía, aún no se podía creer que ella estuviese ahí con ese hombre.

Recordaba vagamente el momento en que se habían encontrado en el bar y como ella se había insinuado hasta que subieron a un taxi... su cabeza estaba llena de lagunas...

Tenía que salir de allí, asustada caminó lo más rápido que pudo y sin hacer ningún sonido que pudiese despertarle se vistió sin dejar de mirarle, estaba a punto de ir al baño a lavarse al menos un poco cuando reaccionó y negando se encaminó hacia la puerta, en el fondo era un poco cobarde y no se atrevió por temor a que el sonido del agua lo despertara, así que, se ató el pelo con una goma que siempre llevaba en la muñeca y con los zapatos en la mano salió de la habitación.

Capítulo 1

Mi vida.

Mi nombre es Victoria Salinas, Vicky para los amigos, me gusta pensar que soy una buena persona, aunque más de uno diría que soy un poco desagradable. Está bien, lo admito, soy un poco desagradable, siempre me he regido por mis propios principios y no me importa lo que los demás opinen de mí, así soy feliz, o lo intento.

Mido un metro y sesenta y nueve centímetros aunque si me preguntan digo uno setenta, así me ahorro los chistes fáciles con el sesenta y nueve, no es una gran altura, lo sé, pero es más que suficiente. Si fuese más alta, con mi fuerte personalidad la gente me tendría un poco de miedo. Sí, soy una persona con un carácter difícil ¿qué se le va a hacer?

Mis ojos son de un color raro, ni verdes ni marrones, dependiendo de mi estado de ánimo o de la luz del sol, es un rasgo típico de mi familia materna, la mayoría comparten esos ojos indescriptibles. Mis facciones son de lo más comunes, nariz ligeramente puntiaguda sin parecer un pájaro, labios normales aunque definidos, pómulos un poco elevados, piel fina y muy pálida, lo más destacable de mi cara son las pecas que al primer rayo de sol inundan mi piel y me hacen parecer muy niña, cosa que odio.

Mi cabello es un tono de rubio muy confuso, entre dorado y anaranjado, pero que suele impactar a la gente. Tengo una bonita melena, o al menos a mí me lo parece, mi pelo ondulado me llega hasta la cintura.

No soy una mujer delgada, más bien diría que me sobran unos kilos, pero... ¿quién puede resistirse al chocolate? Desde luego, yo no.

Uso una talla cuarenta, una mujer normal a mi parecer, pero si las modelos son más delgadas que un junco solo puede significar que no soy el prototipo de mujer de lo que esta sociedad considera atractiva. Si soy realista nunca quise ser el prototipo de nadie así es que no veo ningún problema con esto.

He tenido una vida complicada, a mis veintiocho años he pasado por la separación de mis padres, con más pena que gloria, cuando no era más que una adolescente. Siempre se dice que las separaciones son para bien y que los más afectados son los hijos, bueno, es cierto, pero también son los más beneficiados, cada vez que quería algo y uno te me decía que no, iba al otro a probar suerte. Siempre con la esperanza de que me lo cumplieran, lo malo era cuando ninguno me concedía mi capricho, a mi esa técnica no me funcionó muy bien pero puedo asegurar que lo intenté.

Lejos de mantener una relación cordial por mí o por lo años que compartieron juntos, mis padres se odian y eso hace mi vida aún más complicada.

Estar en un lugar donde estén los dos es como vivir en plena guerra fría, por suerte ya apenas se ven, pero cuando era niña vivía en continua tensión, lo único que hacía era estar quieta y callada esperando que la batalla empezara y me pillara en medio.

Ellos nunca supieron lo que yo sentía, aunque tampoco se preocuparon en saberlo, así que, he de admitir que yo también los odié y aún hoy lo hago la gran mayoría del tiempo.

Me convirtieron en la persona que hoy soy y quizá debería de agradecerse, con todas esas corazas que ayudaron a poner en mi corazón, es muy difícil que alguien me haga daño.

Con dieciséis años empecé a trabajar de camarera, no es algo que se me dé muy bien, pues no tengo la santa paciencia que se necesita para ese oficio tan sacrificado y menos aún para aguantar borrachos. Desde entonces he ido cambiando de trabajo aunque nunca he vuelto a la hostelería. Mi curriculum laboral va desde cajera de supermercado a repartidora de propaganda y de pizzas, es decir, todo trabajo

temporal que podía lo aceptaba, siempre y cuando no afectara a mis estudios, eso siempre fue lo primero, y si no ya se encargaban mis hermanas y Fran de recordármelo.

Tengo dos hermanas, Paula y Silvia, que son lo opuesto a mí, algo lógico si tenemos en cuenta que son mayores y, se supone que más maduras. En este caso ser lo opuesto se refiere a que ellas son alegres y confiadas, la mayoría del tiempo al menos. Quizá Paula no sea tan alegre... ni tan confiada.... ¡yo qué sé! La vida nos trató mal a las tres, ellas no deberían ser muy diferentes a mí, ¿no? Silvia está casada con Carlos y tienen un hijo que es un trasto, Santi, que es la alegría de la casa.

El resto de la familia, es decir mamá y papá no son ni de lejos importantes, desde que soy mayor de edad les evito como si tuviesen la peste, sé que suena muy fuerte el hecho de que casi ni les hable, pero deberíais ponerlos en el lugar de una pobre niña de doce años soportando que sus padres la usen como caballo de Troya, no es divertido, creedme y menos aún si se dedican a recordártelo las pocas veces que les ves.

Ahora os hablaré de mis amigos, no tengo muchos, como dije antes mi forma de ser no atrae precisamente a la gente, tengo algo que o caigo muy bien o por lo contrario soy la persona que más odian en el mundo, que es lo que más suele pasar. Es por ello que la gente no suele acercarse, y los que se atreven sudan sangre para llegar a conocerme de verdad.

Fran es mi amigo de toda la vida o más bien mi amigo desde el divorcio de papá y mamá. Alba y Almudena son amigas recientes, no por ello menos importantes. ¿Mis demás amigos? Se quedaron en el pueblo donde vivía antes de que mis padres tomaran la decisión de que deberían separarse y por ello sus hijas debían cambiar de vida.

Si los llamara estoy segura que querrían quedar y verme, pero soy yo las que los evita, es como un recordatorio constante de la parte más dolorosa de mi vida. Sé que parece egoísta, puede que lo sea, pero tengo que cuidar de mí misma ya que nadie más lo hace.

Hasta aquí las presentaciones, como podréis comprobar no hay demasiada gente a mi alrededor. La verdad es que soy de la opinión que la falsedad es algo innecesario, por ello no la acepto ni la aplico, así es que tengo pocos amigos, sí, pero son los mejores que se puede tener.

Vivo en el barrio del Pilar, en Madrid, comparto piso con mi amigo Fran, en ningún momento al venir aquí tuvimos idea de separarnos, cuando estábamos en el instituto nos prometimos que nunca lo haríamos. Por ello, el día que Fran me vio llorando por la enésima discusión con mi madre, me hizo jurar que ambos ahorraríamos y nos iríamos de Santiago a la capital. Allí la gente se suponía que no era tan intransigente y a los dos nos gustó la idea de estar sin nuestros padres.

Cuando elegimos la universidad no lo dudamos, iríamos a la misma o al menos lo más cerca uno del otro que nos fuera posible, el siempre quiso hacer derecho yo por mi parte no lo tenía tan claro.

Al principio pensé en hacer Bellas Artes, por eso de que me encanta la fotografía, pero no deja de ser un *hobby*, ¿qué hubiese pasado si empiezo la carrera y a mitad me doy cuenta que como afición está bien pero me aburre como el infierno para todos los días? Luego me planteé Publicidad y Marketing, quedaría genial Victoria Salinas publicista, me lo imagino y sonrío, lo malo es que odio la publicidad. Ya sé, medio mundo la odia, pero yo la odio de un modo muy extremista. Cada vez que estoy viendo la tele y empiezan los anuncios prácticamente le gruño. Fran se divierte haciéndome sufrir y no me deja cambiar el canal.

Como comprenderéis, no era la mejor opción, por muy bien que sonara mi nombre. Finalmente opté por la carrera que mayor salida tendría y con la que más fácil encontraría trabajo, Económicas. Al único que pareció gustar mi decisión fue a mi cuñado, será porque es lo suyo, todo números y eso. Ni yo estaba muy convencida de mi decisión, pero ese era el menor de los males.

Cuando llegamos a Madrid dos semanas antes de empezar las clases nos hartamos de visitar pisos en

la zona universitaria, pero eran lo peor que he visto en mi vida. Desde apartamentos con manchas de humedad más grandes que mi cabeza a habitaciones en las que si metía una cama doble tenía que salir yo. Desesperados ampliamos el radio y descubrimos a unos tres cuartos de hora en metro, una zona tranquila y rodeada de árboles.

El barrio del Pilar, era totalmente diferente a lo que habíamos estado viendo, encontramos un piso de dos dormitorios, no muy grande y algo caro, pero recién reformado, los dueños nos daban opción de elegir los muebles dentro de un presupuesto moderado y no nos lo pensamos mucho, una simple mirada y ambos asentimos felices. ¡¡Teníamos casa!!

El proceso de adaptación al hogar fue entretenido y desastroso. Fran decoró su habitación en negro gris y blanco. El único toque discordante era el nórdico de su enorme cama que tiene unas letras chinas en rojo muy grandes, menos mal que mi amigo no es tonto y le dio un toque super *cool* colocando algunas de mis fotos en la pared, y digo más de hechas por mí, no porque yo salga en ellas, que alguna también hay. Son fotos de lugares importantes para ambos, esos paisajes entrañables de nuestra tierra que, aunque nos empeñamos en negarlo, ambos extrañamos.

Yo decoré mi dormitorio en tonos naranjas, arrimé mi cama de matrimonio a una pared y llené de cajoneras la otra, bajo la ventana coloqué la mesa de estudio donde descansa mi portátil y puse alguna estantería.

Así que, hoy puedo decir que el efecto logrado me encanta, mi propio dormitorio después de años de dormir con mi hermana es lo que yo quería, un espacio cálido donde ser yo misma y desconectar.

Tenemos una cocina preciosa, ¡¡es roja!! Ni os podréis imaginar la cara de Fran cuando la vio, aún me río de él al recordarlo, abrió tanto los ojos y apretó tanto la mandíbula que no sabía si le saltaría un diente o un ojo.

Es pequeña pero, para lo que se usa, más que suficiente ya que ninguno de los dos es precisamente un gran cocinero y como morir por una indigestión no entra en los planes de nadie, no experimentamos mucho, así que, a base de ensaladas, bocadillos y comida a domicilio sobrevivimos.

La cocina es abierta y está unida al salón por una barra que usamos para comer, la razón de eso es que cuando compramos los muebles no pensamos en una mesa, suena estúpido y realmente lo es, pero éramos dos jovencitos impresionables recién llegados de Galicia.

Lo que sucedió en Ikea fue algo memorable, fuimos a comprar los muebles por eso de ahorrar y tal y los dos nos enamoramos de un sofá enorme, y claro, ¿quién recuerda la mesa si tiene ese pedazo de sofá? Pues nadie, obvio, por ello no tenemos mesa y sí tenemos sofá.

Es anchísimo y está lleno de cojines, una maravilla vamos, para combinar compramos una televisión enorme, con un *Home Cinema* al que damos uso casi todos los fines de semana, ya sea los dos solos o con Alba y Almudena, además de nuestro gran sofá, tenemos una mesita de esas que se levantan y te quedan a la altura perfecta para comer mientras ves la tele, un montón de estanterías llenas de libros y demás cosas, vale, puede que no tan llenas, pero algún día lo estarán.

Algo que no me puedo olvidar comentar es que soy un poco descuidada con las cosas de la casa. Puede que mucho... ¡oh está bien! Soy un desastre, Fran se cansa de ir detrás diciendo Vicky esto y Vicky lo otro, debería ser consciente que más me canso yo de escucharle, pero en el fondo sé que tiene razón y me callo. Si no hago mis tareas, esas que con tanto cuidado nos repartimos todas las semanas y en cuya repartición siempre salgo ganando, se enfada. No es divertido ver a mi amigo enfadado, parece un basilisco pero yo lo quiero mucho y lo último que quiero es que lo pase mal por mi culpa, intento no olvidarme de la lista de tareas que tenemos pegada en la nevera.

Capítulo 1

Mi vida.

Mi nombre es Victoria Salinas, Vicky para los amigos, me gusta pensar que soy una buena persona, aunque más de uno diría que soy un poco desagradable. Está bien, lo admito, soy un poco desagradable, siempre me he regido por mis propios principios y no me importa lo que los demás opinen de mí, así soy feliz, o lo intento.

Mido un metro y sesenta y nueve centímetros aunque si me preguntan digo uno setenta, así me ahorro los chistes fáciles con el sesenta y nueve, no es una gran altura, lo sé, pero es más que suficiente. Si fuese más alta, con mi fuerte personalidad la gente me tendría un poco de miedo. Sí, soy una persona con un carácter difícil ¿qué se le va a hacer?

Mis ojos son de un color raro, ni verdes ni marrones, dependiendo de mi estado de ánimo o de la luz del sol, es un rasgo típico de mi familia materna, la mayoría comparten esos ojos indescriptibles. Mis facciones son de lo más comunes, nariz ligeramente puntiaguda sin parecer un pájaro, labios normales aunque definidos, pómulos un poco elevados, piel fina y muy pálida, lo más destacable de mi cara son las pecas que al primer rayo de sol inundan mi piel y me hacen parecer muy niña, cosa que odio.

Mi cabello es un tono de rubio muy confuso, entre dorado y anaranjado, pero que suele impactar a la gente. Tengo una bonita melena, o al menos a mí me lo parece, mi pelo ondulado me llega hasta la cintura.

No soy una mujer delgada, más bien diría que me sobran unos kilos, pero... ¿quién puede resistirse al chocolate? Desde luego, yo no.

Uso una talla cuarenta, una mujer normal a mi parecer, pero si las modelos son más delgadas que un junco solo puede significar que no soy el prototipo de mujer de lo que esta sociedad considera atractiva. Si soy realista nunca quise ser el prototipo de nadie así es que no veo ningún problema con esto.

He tenido una vida complicada, a mis veintiocho años he pasado por la separación de mis padres, con más pena que gloria, cuando no era más que una adolescente. Siempre se dice que las separaciones son para bien y que los más afectados son los hijos, bueno, es cierto, pero también son los más beneficiados, cada vez que quería algo y uno te me decía que no, iba al otro a probar suerte. Siempre con la esperanza de que me lo cumplieran, lo malo era cuando ninguno me concedía mi capricho, a mi esa técnica no me funcionó muy bien pero puedo asegurar que lo intenté.

Lejos de mantener una relación cordial por mí o por lo años que compartieron juntos, mis padres se odian y eso hace mi vida aún más complicada.

Estar en un lugar donde estén los dos es como vivir en plena guerra fría, por suerte ya apenas se ven, pero cuando era niña vivía en continua tensión, lo único que hacía era estar quieta y callada esperando que la batalla empezara y me pillara en medio.

Ellos nunca supieron lo que yo sentía, aunque tampoco se preocuparon en saberlo, así que, he de admitir que yo también los odié y aún hoy lo hago la gran mayoría del tiempo.

Me convirtieron en la persona que hoy soy y quizá debería de agradecerse, con todas esas corazas que ayudaron a poner en mi corazón, es muy difícil que alguien me haga daño.

Con dieciséis años empecé a trabajar de camarera, no es algo que se me dé muy bien, pues no tengo la santa paciencia que se necesita para ese oficio tan sacrificado y menos aún para aguantar borrachos. Desde entonces he ido cambiando de trabajo aunque nunca he vuelto a la hostelería. Mi curriculum laboral va desde cajera de supermercado a repartidora de propaganda y de pizzas, es decir, todo trabajo

temporal que podía lo aceptaba, siempre y cuando no afectara a mis estudios, eso siempre fue lo primero, y si no ya se encargaban mis hermanas y Fran de recordármelo.

Tengo dos hermanas, Paula y Silvia, que son lo opuesto a mí, algo lógico si tenemos en cuenta que son mayores y, se supone que más maduras. En este caso ser lo opuesto se refiere a que ellas son alegres y confiadas, la mayoría del tiempo al menos. Quizá Paula no sea tan alegre... ni tan confiada.... ¡yo qué sé! La vida nos trató mal a las tres, ellas no deberían ser muy diferentes a mí, ¿no? Silvia está casada con Carlos y tienen un hijo que es un trasto, Santi, que es la alegría de la casa.

El resto de la familia, es decir mamá y papá no son ni de lejos importantes, desde que soy mayor de edad les evito como si tuviesen la peste, sé que suena muy fuerte el hecho de que casi ni les hable, pero deberíais ponerlos en el lugar de una pobre niña de doce años soportando que sus padres la usen como caballo de Troya, no es divertido, creedme y menos aún si se dedican a recordártelo las pocas veces que les ves.

Ahora os hablaré de mis amigos, no tengo muchos, como dije antes mi forma de ser no atrae precisamente a la gente, tengo algo que o caigo muy bien o por lo contrario soy la persona que más odian en el mundo, que es lo que más suele pasar. Es por ello que la gente no suele acercarse, y los que se atreven sudan sangre para llegar a conocerme de verdad.

Fran es mi amigo de toda la vida o más bien mi amigo desde el divorcio de papá y mamá. Alba y Almudena son amigas recientes, no por ello menos importantes. ¿Mis demás amigos? Se quedaron en el pueblo donde vivía antes de que mis padres tomaran la decisión de que deberían separarse y por ello sus hijas debían cambiar de vida.

Si los llamara estoy segura que querrían quedar y verme, pero soy yo las que los evita, es como un recordatorio constante de la parte más dolorosa de mi vida. Sé que parece egoísta, puede que lo sea, pero tengo que cuidar de mí misma ya que nadie más lo hace.

Hasta aquí las presentaciones, como podréis comprobar no hay demasiada gente a mi alrededor. La verdad es que soy de la opinión que la falsedad es algo innecesario, por ello no la acepto ni la aplico, así es que tengo pocos amigos, sí, pero son los mejores que se puede tener.

Vivo en el barrio del Pilar, en Madrid, comparto piso con mi amigo Fran, en ningún momento al venir aquí tuvimos idea de separarnos, cuando estábamos en el instituto nos prometimos que nunca lo haríamos. Por ello, el día que Fran me vio llorando por la enésima discusión con mi madre, me hizo jurar que ambos ahorraríamos y nos iríamos de Santiago a la capital. Allí la gente se suponía que no era tan intransigente y a los dos nos gustó la idea de estar sin nuestros padres.

Cuando elegimos la universidad no lo dudamos, iríamos a la misma o al menos lo más cerca uno del otro que nos fuera posible, el siempre quiso hacer derecho yo por mi parte no lo tenía tan claro.

Al principio pensé en hacer Bellas Artes, por eso de que me encanta la fotografía, pero no deja de ser un *hobby*, ¿qué hubiese pasado si empiezo la carrera y a mitad me doy cuenta que como afición está bien pero me aburre como el infierno para todos los días? Luego me planteé Publicidad y Marketing, quedaría genial Victoria Salinas publicista, me lo imagino y sonrío, lo malo es que odio la publicidad. Ya sé, medio mundo la odia, pero yo la odio de un modo muy extremista. Cada vez que estoy viendo la tele y empiezan los anuncios prácticamente le gruño. Fran se divierte haciéndome sufrir y no me deja cambiar el canal.

Como comprenderéis, no era la mejor opción, por muy bien que sonara mi nombre. Finalmente opté por la carrera que mayor salida tendría y con la que más fácil encontraría trabajo, Económicas. Al único que pareció gustar mi decisión fue a mi cuñado, será porque es lo suyo, todo números y eso. Ni yo estaba muy convencida de mi decisión, pero ese era el menor de los males.

Cuando llegamos a Madrid dos semanas antes de empezar las clases nos hartamos de visitar pisos en

la zona universitaria, pero eran lo peor que he visto en mi vida. Desde apartamentos con manchas de humedad más grandes que mi cabeza a habitaciones en las que si metía una cama doble tenía que salir yo. Desesperados ampliamos el radio y descubrimos a unos tres cuartos de hora en metro, una zona tranquila y rodeada de árboles.

El barrio del Pilar, era totalmente diferente a lo que habíamos estado viendo, encontramos un piso de dos dormitorios, no muy grande y algo caro, pero recién reformado, los dueños nos daban opción de elegir los muebles dentro de un presupuesto moderado y no nos lo pensamos mucho, una simple mirada y ambos asentimos felices. ¡¡Teníamos casa!!

El proceso de adaptación al hogar fue entretenido y desastroso. Fran decoró su habitación en negro gris y blanco. El único toque discordante era el nórdico de su enorme cama que tiene unas letras chinas en rojo muy grandes, menos mal que mi amigo no es tonto y le dio un toque super *cool* colocando algunas de mis fotos en la pared, y digo más de hechas por mí, no porque yo salga en ellas, que alguna también hay. Son fotos de lugares importantes para ambos, esos paisajes entrañables de nuestra tierra que, aunque nos empeñamos en negarlo, ambos extrañamos.

Yo decoré mi dormitorio en tonos naranjas, arrimé mi cama de matrimonio a una pared y llené de cajoneras la otra, bajo la ventana coloqué la mesa de estudio donde descansa mi portátil y puse alguna estantería.

Así que, hoy puedo decir que el efecto logrado me encanta, mi propio dormitorio después de años de dormir con mi hermana es lo que yo quería, un espacio cálido donde ser yo misma y desconectar.

Tenemos una cocina preciosa, ¡¡es roja!! Ni os podréis imaginar la cara de Fran cuando la vio, aún me río de él al recordarlo, abrió tanto los ojos y apretó tanto la mandíbula que no sabía si le saltaría un diente o un ojo.

Es pequeña pero, para lo que se usa, más que suficiente ya que ninguno de los dos es precisamente un gran cocinero y como morir por una indigestión no entra en los planes de nadie, no experimentamos mucho, así que, a base de ensaladas, bocadillos y comida a domicilio sobrevivimos.

La cocina es abierta y está unida al salón por una barra que usamos para comer, la razón de eso es que cuando compramos los muebles no pensamos en una mesa, suena estúpido y realmente lo es, pero éramos dos jovencitos impresionables recién llegados de Galicia.

Lo que sucedió en Ikea fue algo memorable, fuimos a comprar los muebles por eso de ahorrar y tal y los dos nos enamoramos de un sofá enorme, y claro, ¿quién recuerda la mesa si tiene ese pedazo de sofá? Pues nadie, obvio, por ello no tenemos mesa y sí tenemos sofá.

Es anchísimo y está lleno de cojines, una maravilla vamos, para combinar compramos una televisión enorme, con un *Home Cinema* al que damos uso casi todos los fines de semana, ya sea los dos solos o con Alba y Almudena, además de nuestro gran sofá, tenemos una mesita de esas que se levantan y te quedan a la altura perfecta para comer mientras ves la tele, un montón de estanterías llenas de libros y demás cosas, vale, puede que no tan llenas, pero algún día lo estarán.

Algo que no me puedo olvidar comentar es que soy un poco descuidada con las cosas de la casa. Puede que mucho... ¡oh está bien! Soy un desastre, Fran se cansa de ir detrás diciendo Vicky esto y Vicky lo otro, debería ser consciente que más me canso yo de escucharle, pero en el fondo sé que tiene razón y me callo. Si no hago mis tareas, esas que con tanto cuidado nos repartimos todas las semanas y en cuya repartición siempre salgo ganando, se enfada. No es divertido ver a mi amigo enfadado, parece un basilisco pero yo lo quiero mucho y lo último que quiero es que lo pase mal por mi culpa, intento no olvidarme de la lista de tareas que tenemos pegada en la nevera.

Capítulo 2

Mis días.

A unos cinco minutos de nuestra casa está la parada del metro, es el medio de transporte que más usamos porque nos deja cerca de nuestros respectivos trabajos, a Fran le lleva algo más de tiempo porque trabaja en Chamberí mientras que yo tardo algo menos en llegar a Prosperidad.

Cada vez que entro en el edificio que alberga una gran cantidad de empresas de todo tipo me quedo embobada mirando ese majestuoso recibidor.

Yo trabajo para el señor Álvaro Cuesta, un empresario de casi cuarenta años, o eso creo pues ni loca le voy a preguntar a mi jefe su edad.

Su empresa se dedica a ayudar a empresas al borde de la quiebra, les da un plan de acción para reactivar su economía y las pone en curso de nuevo, a la mayoría por lo menos. Hasta él sabe que hay casos perdidos.

Mi puesto es algo patético y lo sé, soy la ayudante de la ayudante de la secretaria de dirección, o lo que es lo mismo, soy la que hace los recados y lleva los cafés, pero me pagan por ello y no están las cosas para quejarse. En la oficina hay buen ambiente, aunque todos tienen algo de miedo al Señor Cuesta.

Volviendo a mi jefe, mmmm, os cuento... Es un macho alfa de esos que solo con verlo te dan ganas de ponerte toda tímida y sumisa. Yo no soy sumisa ni queriendo y eso parece hacerle gracia, se dedica a picarme y yo caigo.

No es que el hombre vaya a ganar el premio al mejor jefe, ni al más amable, ni ninguno que tenga que ver con su personalidad, es aún más desagradable que yo, que ya es decir, aunque si valoraran el físico, seguro que estaría entre los finalistas, ¡¡madre mía como le quedan esos trajes!! Si hasta me dan ganas de relamerme al verlo.

Para que le visualicéis os lo describo, pero cuidado con las babas, que lo dejáis todo perdido. Es alto, medirá casi 1,90, pelo rubio, demasiado largo para que se le quede quieto, tiene un mechón travieso que está casi siempre danzando delante de sus ojos. ¡Mmm esos ojos azules! Lo malo es que parece que destila hielo por ellos, pero son preciosos igual.

Lleva barba como si solo se afeitara una vez por semana y eso hace que se le vea realmente bien.

Con esos trajes tan serios es un contraste indecente, como lo son también esos tatuajes que se asoman cuando se remanga un poco la camisa, hacen que me den ganas de arrancársela, pero no nos confundamos, solo para ver qué lleva tatuado, nada de relacionarse con compañeros de trabajo, son normas de la oficina y todos tenemos que cumplirlas. Incluso el jefe.

Mi trabajo es bastante aburrido, todos los días hago lo mismo. Llego por la mañana y reparto la correspondencia a los altos cargos de la empresa, después me voy a por los cafés del jefe y quien sea que esté reunido con él ese día, porque siempre hay reunión a primera hora, rutinas de empresa supongo.

Regreso donde mi superior y hago todo lo que me manda, desde clasificar archivos a redactar informes sobre posibles clientes, los cuales fueron previamente seleccionados por mi superior.

De mi jefa no os hablo que lo único que hace es gritar y no se merece ni ser mencionada. ¡Bueno vale! Lo haré... Se llama Marga y es una vieja amargada, no creo que le falte mucho para jubilarse y según dicen por aquí está soltera y tiene dos gatos, nada realmente importante, solo que le encanta hacer de mi vida un infierno cargándome su trabajo.

Hay un rumor sobre mi jefe que ronda la oficina, dicen que nunca repite mujer. Si la deja, nunca

regresa con ella y las deja a todas, a mí eso me hace gracia, dudo que haya en esta ciudad suficientes mujeres para complacerle de ser así y más dadas sus inclinaciones. Más de una vez nos ha tocado, a Marga o a mí, enviar algún que otro detalle a sus amiguitas, hay que admitir que el tío se lo monta bien. Cuando le estorba le envía unas flores, un perfume o una joya con una nota. ¡Y adiós muy buenas! Si te he visto no me acuerdo.

No logro olvidar un día que llegué muy temprano a la oficina y apareció el jefe descamisado. Al principio no me creía lo que veía, ver al jefe con la ropa desordenada es como ver un perro verde, pero ya después entendí. Nadie sabía que yo estaba ahí, no debería estar dado que era muy temprano, y por mí nadie lo sabrá nunca.

Tras él apareció una mujer que nada más cruzar la puerta de su despacho se postró de rodillas frente a él, lo sé porque él se lo ordenó, y se puso a hacerle sabrá Dios qué cosas. Desde donde yo estaba, escondida en mi mini mesa tras la pantalla del ordenador solo podía escucharles y con eso me sobró, ¡¡será golfo!! El jefe ordenaba y la tía obedecía. Así como si nada, ja, si da conmigo se queda a dos velas por mandón.

Soy consciente que ese tipo de relaciones son de mutuo acuerdo, pero vamos ¡¡ni de coña!! Pasó media hora y tras el polvo rápido, durante el cual me tapé los oídos para no escuchar los gritos de la poseída esa, la descartó como a una fulana. Alucinada me desplazé hasta la puerta y alcancé a ver a una rubia despampanante con pinta de ricachona y sin hacer ruido regresé a mi mesa y ahí me quedé oculta hasta que mis compañeros llegaron al poco rato.

No he podido olvidar este encuentro, por ello cada vez que me habla en ese tono me dan escalofríos intento por todos los medios no llamarlo señor, ya que le encanta y nunca bajo la cabeza en su presencia.

Aunque no soy muy fan de la novela romántica, por eso de romántica y tal, he leído libros sobre BDSM y de mi parte no va a recibir ni un simple signo de sumisión, Por ello cuando Don Álvaro saca su vena amo yo saco mi vena Salinas y hay choque de trenes...

Volviendo al trabajo... Mi horario es bueno, hago mis ocho horas seguidas y al acabar me voy a casa. Trabajo de siete de la mañana a tres de la tarde y puedo decir feliz que las tardes libres son un lujo del que me encanta disponer.

Acostumbro a quedar con Alba y Almudena las tardes que ellas pueden, que son pocas ya que sus trabajos no son tan permisivos como el mío, pero les pagan mejor así es que no se pueden quejar. Si ellas están ocupadas me voy a casa, tras dejar todo tirado sobre la cama, agarro mi cámara de fotos y salgo a pasear en busca de la imagen perfecta.

La mayoría de mis paseos son por el parque Norte, alguna vez me escapo al parque de los Pinos, pero pocas porque eso supone caminar mucho y no soy precisamente la más deportista.

Cuando Fran se despierta los fines de semana con ganas de hacer ejercicio y logra convencerme para ir al Retiro, que nos queda lejos de narices, cargo la cámara. Así, mientras él corretea, yo me dedico a buscar algo digno de ser fotografiado, alguna ardilla saltando por los árboles, aunque la fauna que abunda por estos sitios son los bípedos...

Si veo a un tío sexy alguna foto le cae, aunque nunca la revele y solo sea para enseñársela a Fran y vacilarle un poco, por norma general no se entera de lo que pasa a su alrededor cuando vamos al parque, se pone su iPod y a correr se ha dicho, no entiendo porqué insiste en que le acompañe si me ignora totalmente.

A esto se limita mi vida, del trabajo a casa, de casa al parque o con mis amigas, de nuevo a casa y así los cinco días de la semana.

Los viernes las cosas cambian, es día de reunión de chicas, no sé muy bien porque lo llamamos así, ya que Fran también va. Nos juntamos los cuatro para cenar y salir a tomar unas copas, para sacarnos el

estrés de la semana. Por costumbre nos vamos al centro y ahí cada día uno decide donde cenar y sobretodo la zona de baile.

Cada vez que le toca a Fran las chicas lloriquean, se quedan sin ligue por esa noche seguro, es bastante extraño ligar con un heterosexual en los locales gays. A mí no me afecta para nada, estoy en un plan muy poco sexual, sobre todo desde la celebración de fin de carrera.

Me estremezco solo de recordar cómo me sentí ese día, que apuro pasé al despertarme en ese lugar desconocido, con un hombre desnudo a mi lado muy sexy y atractivo, pero un desconocido al fin y al cabo. Hago intentos por recordar qué sucedió ese día y lo único que recuerdo es estar bailando con Fran y bebiendo como dos esponjas. De ahí paso a despertarme en ese hotel y por más que lo intento no logro recordar que pasó.

A él le recuerdo porque mi curiosidad es un poco perra y cuando me desperté me puse a contemplarle, incluso moví un poco la sábana para poder ver esa V que marca el camino hacia su... ¿Pero qué estás pensando Vicky? ¡Espabila y deja de pensar en cuerpos desnudos!

¿Por dónde iba? Ah sí, mi plan nada de sexo. Pues eso, llevo desde Junio sin tener relaciones sexuales, teniendo en cuenta que falta poco para Navidad, diría que mi sequía es bastante larga. No he encontrado a nadie que me haga olvidar ese repaso que le di al espécimen que me encontré aquel día al despertarme, no estaba muy cachas, solo algo marcado, se veía que hacía ejercicio. Esos abdominales piramidales me ponen mala solo de recordarlos, sí, investigué cuál era el nombre de esa V que tan caliente me pone. ¡Ay por Dios, que ya estoy otra vez pensando en él! Os estaba contando de cuando salimos de fiesta. Céntrate Vicky, que te desvías...

Lo habitual es que nos den las tantas y acabemos desayunado antes de irnos a dormir. Aprovechamos al máximo la noche del viernes, para después pasarnos el resto del fin de semana encerrados en casa.

Los sábados dormimos toda la mañana, por la tarde si Fran se pone muy pesado le ayudo con la limpieza del piso y vamos a hacer la compra y hasta ahí llega mi disposición a ayudar. Para el sábado noche pillamos alguna peli y hacemos sesión de cine en casa, Alba y Almudena suelen venirse a casa y los cuatro sacamos partido a ese enorme sofá.

Mis pelis favoritas son las comedias, Fran es más de acción, como buen hombre por más gay que sea. Alba es la romántica del grupo y a Almudena le gustan las de miedo, por lo que cada semana nos toca un estilo diferente. Nos pasamos el sábado noche entre cotilleos y películas, cenamos pizza o comida china y no dejamos títere con cabeza, todo aquel que se ha cruzado en nuestro camino sale a colación en nuestras conversaciones. Solo hay un tema que no permito tocar, el desconocido. Y por más que ellas insisten nunca les cuento nada, sobretodo porque no lo recuerdo.

Capítulo 3

Primera vez

Acababa de salir de trabajar, caminaba distraída hacia la parada del metro cuando recordé que mi precioso iPhone se había quedado sobre mi mini mesa, sin dudarlo me di la vuelta y reemprendí el camino de regreso a la oficina.

Entro corriendo en el vestíbulo del edificio y llamo al ascensor, no dejo de dar golpecitos con el pie en el suelo, pidiendo al Dios de los ascensores que se apure, no sea que cuando llegue arriba ya esté cerrada la oficina. Cuando escucho el sonido de la campanilla dirijo la mirada hacia las puertas que se abren y mi respiración se detiene.

Me quedo congelada, mi jefe pasa a mi lado y se despide con un escueto hasta mañana pero mi concertación se fue de viaje detrás de Don V perfecta. Él no me ha visto, le sigo con la mirada mientras, acompañado de mi jefe, se dirige a la calle. Cuando están a un paso de salir el ascensor hace un ruido, las puertas empiezan a cerrarse y eso me despierta de mi letargo.

Estiro la mano y entro en el ascensor, por un momento me ha parecido sentir que alguien me miraba, como si él se hubiese girado y me hubiese visto, pero sigo tan ensimismada que solo atino a presionar el botón de la planta de la oficina y dejarme caer contra la pared del ascensor.

Como un robot voy hasta mi mesa y tal como imaginé ahí está mi móvil, lo cojo y sin despedirme de nadie, cosa que hace que los pocos que siguen por los pasillos me fulminen con la mirada, camino de nuevo hasta el ascensor.

Mi mente no deja de hacerse preguntas, como si ella sola fuese a adivinar las respuestas. ¿Qué hace V perfecta con mi jefe? ¿De qué se conocen? ¿Volveré a verle? Oh Dios mío, espero que no. Mis mejillas se ponen rojas con solo imaginar lo que ocurriría si nos volvemos a ver, con mi jefe delante y sus bromas fuera de tono, seguro que, siempre tan dominante y vacilón, Don Álvaro aprovecharía para dejarme en ridículo. Me estremezco solo con imaginar las barbaridades que ese hombre sería capaz de soltar... La campanilla del ascensor suena indicando que estoy en la planta baja y casi corriendo, sin dejar de mirar a mi alrededor por si vuelvo a verlo, me dirijo a la calle.

Por suerte llego a casa sin contratiempos, el viaje en el metro lo realicé sumida en mis pensamientos, así como estoy ahora mientras me hago un café caliente que me ayude a volver a ser la Vicky de siempre. Con la taza entre mis manos me siento en el sofá, no sé el tiempo que pasa, lo que hago el resto de la tarde es una incógnita, solo sé que mi cabeza no deja de intentar descubrir de qué podría conocer mi jefe a V perfecta.

El ruido de las llaves y la puerta al abrirse me saca de mi aletargo, sin prisa me levanto del sofá y cruzo una mirada con Fran, sus preciosos ojos grises me atrapan. Fran es alto, mide casi dos metros, su pelo es castaño claro y lo lleva siempre como si acabara de salir de la cama, aunque ahora como viene de trabajar está engominado.

Tiene una tableta de chocolate por abdominales que hasta a mí, que lo quiero como a un hermano, me ponen a babear, sus pectorales se marcan a través de las camisetas apretadas que suele usar, poniendo a la imaginación a trabajar en su versión más perversa posible. Tiene esos bíceps tan trabajados que dejan a más de una con la boca abierta y que a mí me permite tocar, debo de ser a la única mujer que se lo permite y eso me encanta.

No sé qué es lo que ve en mis ojos que corriendo deja el abrigo y su maletín sobre la barra de la

cocina y viene a sentarse conmigo. Me mira por unos minutos sin decir nada y, como si supiese lo que necesito, abre sus brazos a la vez que se deja caer contra el respaldo del sofá.

No dudo y me acurruco contra su pecho, me acaricia el pelo y estamos así un rato, está esperando que se lo explique, empiezo a abrir la boca y la vuelvo a cerrar. Él percibe mi estado y me aprieta un poco más para darme fuerzas, cojo aire y lo suelto de una tirada.

—Hoy he visto al desconocido. —No me deja decir más, se echa un poco para atrás y me observa detenidamente.

—¿Qué pasó? ¿Te reconoció?

Me encojo de hombros y niego con la cabeza. Sus ojos no se apartan de los míos, nota que hay algo que no le estoy contando. Suspiro y sigo contándole.

—Me había olvidado el móvil en la oficina y tuve que regresar a por él y cuando iba a entrar en el ascensor, salía con Álvaro, no me vio porque estaba muy entretenido bromeando con mi jefe pero... ¿Y si son amigos? ¿Y si nos volvemos a encontrar?

Cierro los ojos y me obligo a dejar de pensar en probabilidades, seguro que fue un caso aislado. Fran no deja de mirarme pero se ha quedado mudo, le tiro del pelo para que vuelva y me sonrío.

—¿Qué es lo peor que podría pasar si él te reconoce?

Mis ojos se abren de todo ante semejante pregunta, me muerdo el labio con saña mientras pienso y me encojo de hombros.

—Que todo el mundo se entere que me fui con un desconocido a un hotel, que de madrugada me desperté y le dejé solo. Aunque preferiría que no se supiera, la verdad es que no me siento muy orgullosa de mí misma al recordar ese día.

—No digas tonterías Vicky, todos hacemos algo de lo que no nos sentimos orgullosos en algún momento y no por ello tenemos que escondernos.

Abro la boca para replicar, explicarle que no me escondí, porque estaba tan alucinada que ni se me ocurrió, pero su mano cubre mi boca y sigue hablando como el hermano que yo considero que es.

—Si no quieres nada con él, cuando le veas haces como si no pasara nada y a otra cosa. Por el contrario si te mueres por repetir, aunque solo sea para saber cómo es en la cama ya que de tu noche loca no lo recuerdas, puedes intentar meterle ficha. No has matado a nadie Vicky, has actuado como una mujer adulta e independiente, lo único que tienes que hacer es seguir actuando como tal.

Suspiro y retiro su mano de mi boca, asiento y me acurruco contra su pecho de nuevo y sin dejar de divagar alzo la mirada.

—¿Será de esos amigos raros y dominantes que suelen acompañar a Álvaro? —Me estremezco solo de pensarlo—. Yo nunca dejaría que un hombre me hiciera esas cosas Fran, por más borracha que esté, no creo que él sea un maniático del control de esos. Pero... ¿Y si lo es?

Mi yo interno reza porque no lo sea, me aprieto contra mi amigo y rozo mi nariz contra su cuello. Hasta que su sonrisa aparece y hace que me sienta mejor, así nos quedamos unos minutos y al verme más tranquila coge impulso para levantarse conmigo en brazos.

—Voy al cuarto a cambiarme, ahora vengo —dice mientras me deja caer sobre el sofá.

—Vale —respondo sonriendo.

El resto del día transcurre normal, V perfecta es un tema que no vuelve a salir y casi que lo prefiero, así que, hablamos de cómo le va en el bufete y de como yo le eché más azúcar del normal al café de mi jefe solo por ver su cara de asco, lo cual hace que ambos nos riámos un buen rato, aunque ya el cansancio hace mella en ambos y al ver que se hace tarde nos vamos a la cama.

La mañana llega pronto y con ella mis nervios reaparecen, cuando entro en la oficina me dirijo rápida al despacho del jefe, que ayer me dijo Marga que hoy había reunión a primera hora y que lo primero eran

los cafés.

Llamo a la puerta y en cuanto me dan permiso entro, solo está Álvaro sentado en la mesa de reuniones que ya está preparada, pero no hay nadie aún. Me acerco a él, su mirada al encontrarse con la mía me hace pararme, sonrío al notar que me ha afectado, aunque no es por lo que él piensa, ¿será creído este hombre!

Resoplo y camino hasta la mesa, mientras lo miro, su sonrisa se amplía más y un mal presentimiento se apodera de mí, así que, achico los ojos y carraspeo.

—Buenos días señor Cuesta, ¿le traigo lo de siempre? —Aprieto los dientes al ver su sonrisa socarrona, le encanta que lo llamen señor y a mí me cuesta mucho hacerlo, sobre todo por el significado que él le da a esa palabra.

—Buenos días Victoria, lo de siempre, sí. Hoy tendré una mañana complicada, a las once vuelva a entrar, es de vital importancia que esté aquí.

—Perfecto señor Cuesta, así lo haré —entono con sarcasmo el señor y lo nota, su sonrisa ladina me lo confirma.

Camino hacia la puerta y para no defraudar a mi jefe, porque él sabe que yo de sumisa no tengo nada, le miro sobre mi hombro como si la idea de traerle café sea mía y no una orden. Él sonrío, con esa sonrisa de yo sé algo que tú no sabes de hace un momento, y vuelve a centrarse en los papeles que cubren su mesa.

Hago mi trabajo como todos los días, con la única diferencia de que estoy pendiente del reloj, bueno, más pendiente del reloj de lo normal.

Al ver que son las once me encamino al despacho del jefe. Toco en la puerta muy suavemente, al tiempo que algo me dice que no me va a gustar lo que me voy a encontrar y cruzo los dedos para que todo sea como siempre

—Pase —escucho desde fuera.

Abro la puerta y entro, hay un hombre sentado frente a mi jefe y un escalofrío me recorre al ver ese pelo despeinado. Me obligo a seguir avanzando y con mi labio inferior fuertemente atrapado entre mis dientes me paro un metro por detrás del acompañante de Álvaro.

—¿Qué puedo hacer por usted señor Cuesta? —pregunto tratando de evitar la mirada de su acompañante.

—Victoria, trae café para los dos. —Me ordena.

Asiento y lo más rápido que puedo salgo de esa oficina, mientras preparo el café no dejo de darle vueltas al tipo que está en la oficina, ese que estaba con mi jefe es V perfecta, estoy segura. Con los cafés y unos bollos para acompañar regreso al despacho. Dejo la bandeja sobre la mesa y sin mirar a nadie me apresuro hacia la salida, aunque me parece escuchar la risa de mi jefe, pero no puedo asegurarlo. Camino hacia mi mini oficina divagando, por más vueltas que le doy no entiendo porqué era de vital importancia que le llevase un café.

—Este se cree el amo del mundo —murmuro.

El resto de mi jornada laboral la paso encerrada en mi mini oficina con el ordenador encendido y sin dejar de teclear. Marga me ha pedido que le redacte unos informes y por más que lo intento mi cabeza solo regresa al momento de salir de la oficina de Álvaro y a esa risa.

Cuando es la hora de irme me hago la remolona, esperando a que todos mis compañeros se vayan para no tener que ver a nadie. Todos me han notado un poco rara hoy y lo último que quiero es que me hagan preguntas.

Tras media hora escondida tras la pantalla de mi ordenador, me levanto y recojo mis cosas, con paso decidido camino hasta el ascensor y entro, cuando las puertas casi se han cerrado una mano las vuelve a

abrir. Alzo la mirada y me encuentro con mi jefe que sonrío, esa maldita sonrisa que lleva todo el día dirigiéndome y que no entiendo porqué lo hace, así que, hago lo propio, me voy a una esquina y dejo que entre al ascensor, para empezar el descenso mientras él sigue mirándome con esa maldita sonrisa.

—¿Sucede algo Don Álvaro? —Sonrío al ver su gesto, no le gusta que le llamen así, ja, chúpate esa por reírte de mí, mientras le miro con mi cara de niña buena.

—Victoria, eres una caja de sorpresas.

Me lo quedo mirando sin entender nada y cuando voy a preguntar me deja aún más confundida.

—Algún día lo entenderás y me voy a divertir mucho cuando lo hagas.

Un escalofrío me recorre, hay algo en su tono que me hace desconfiar, me mira y esa sonrisa que me está cabreando sigue ahí, él niega y me guiña un ojo un segundo antes de que las puertas se abran y abandone el ascensor a paso rápido hacia la calle.

Confundida le sigo y al llegar a la puerta le veo entrar en un coche que le espera y yo me voy a la parada del metro confusa tratando de averiguar qué acaba de pasar.

La semana pasa sin más incidentes, no veo a mi jefe excepto cuando le llevo su café y aunque esa maldita sonrisa no le abandona no vuelve a decirme nada.

El fin de semana pasa como un suspiro, este viernes tocaba elegir a Fran así es que todo lo que puedo decir es que nos divertimos mucho y nadie ligó. Bueno mentira, Alba si ligó, pero no la vi yo muy interesada en la rubia despampanante que, muy sutilmente, la intentaba convencer de ir a un hotel. Lo cierto es que disfruté de estar con mis amigos, bebimos y bailamos, nos divertimos y volvimos a casa.

Cuando llegó el lunes de nuevo estaba un poco acobardada por lo que me iba a encontrar, pero nada pasó. La semana transcurrió de forma lenta y sin sorpresas. El viernes era el día en que tenía que hablar con el encargado de gestionar las vacaciones, así es que en cuanto tuve un rato libre me fui a su oficina.

Cuando llegue entré sin anunciarme al ver que estaba solo, tras cinco minutos ya tenía mis quince días de vacaciones en Navidad para poder ir a visitar a mi familia, sonriendo regresé a mi oficina y ni cuenta me di que alguien salía de la de mi jefe y chocamos, o mejor dicho, le arrollé, así que, acabamos los dos en el suelo, y conmigo encima de él formando un lío de piernas y brazos.

—¡Perdón! Perdón, no miraba por donde iba. —Me disculpe avergonzada por lo embarazoso de la situación.

—No pasa nada.

Estaba intentando incorporarme cuando le escuché, algo me dijo que no le mirara, pero yo como soy una kamikaze alcé la cabeza y le vi.

Un intenso rojo cubrió mi cara, creo que nunca había sentido tanto calor en mis mejillas, me arrastré como pude de encima de él que me miraba como si nada y me puse de pie, le tendí la mano para ayudarlo a levantarse y cuando la agarró algo sucedió, pero ni tiempo para pensar porque la puerta de mi jefe se abrió.

—Alex espera...

Se quedó callado mirándome con las manos aún agarradas. Rápidamente le solté y empecé a disculparme. Lo único que yo quería era salir de allí

—Esto... disculpe Señor Cuesta, me voy a mi oficina, le dejo con su visita. —Miré a V perfecta/Alex aguantando las ganas de correr—. Mis disculpas de nuevo señor, estaba distraída.

—No pasa nada —responde con esa voz ronca y dulce que me eriza la piel. Asiento y como puedo salgo de ahí, caminando rápida hacia mi mini oficina pero desde lejos pude distinguir la voz de mi jefe.

—No pudiste aguantar las ganas eh...

Confundida me oculto tras la pantalla de mi ordenador pidiendo que las horas pasen rápido. Cuando por fin llega la hora de irme, salgo veloz de la oficina, esta noche les contaré a mis amigos todo lo

ocurrido, y aunque no servirá para averiguar qué lleva a V perfecta a mi oficina y qué tipo de relación mantiene con mi jefe, al menos me servirá para desahogarme.

Capítulo 4

Amigos

Mientras me arreglo para salir no dejo de ver en mi mente a V perfecta/Alex, averiguar su nombre a través de mi jefe es cuanto menos insólito, pero no voy a quejarme.

Estoy a punto de poner rímel en mi ojo derecho cuando un flash de la caída de esta mañana me sorprende y no puedo evitar sonreír al recordar que su pecho fue mi cojín para amortiguarla. Seguro que él se fue a su casa con el trasero dolorido. Sigo con mi tarea mientras mi mente traidora lo recuerda en aquella cama, aquella noche de la que no hablo, su pelo negro revuelto, demasiado largo para mi gusto y que le daba un toque aññado que me encantó. Sonríó sin darme cuenta y me doy una bofetada mental.

¡¡Nada de sonreír pensando en V perfecta!!

Está bien, tengo que dejar de llamarlo así o mi mente calenturienta seguirá convocando una imagen de él tumbado, con la sábana muy abajo en sus caderas dejando a la vista esa muy perfecta V.

—Dios, estoy divagando —murmuro

Fran entra en mi cuarto y me saca de mi burbuja. Le miro y sonrío, aparto mis pensamientos de donde nunca deberían haber ido y me centro en mi amigo.

—Vaya vaya Fran, parece que hoy sales con ganas de encontrar quien te caliente la cama.

Me mira sonriendo y le recorro con mis ojos burlones. Camisa blanca ajustada con dos botones abiertos dejando entrever su pecho depilado, pantalones vaqueros negros que se ajustan a sus piernas y en la mano lleva la chaqueta de piel, es como ir pidiendo guerra en idioma Fran. Alzo las cejas repetidamente y acabamos los dos doblados de la risa.

—No seas mala Vicky, que no eres la única que lleva un largo tiempo sin catar hombre. ¿Has acabado?

—Si pesado, vámonos.

Cojo la chaqueta, el bolso y salimos sin dejar de hablar sobre cómo nos fue el día y mil cosas más, llegamos al centro donde Alba y Almudena nos esperan. Mi mirada va de una a la otra, Alba es pequeñita, pero pequeña de verdad, no creo que llegue al metro cincuenta y cinco, es súper delgada, tanto que a veces da miedo tocarla por si se rompe, aunque pobre del que la menosprecie. El rasgo más característico de mi amiga es su rostro, sus rasgos orientales no pasan desapercibidos, es adoptada, sus padres le contaron que en China las niñas no suelen tener una buena vida y por ello la acogieron, a parte del hecho de que no podían tener familia, pero no explicas eso a tu hija siendo una niña. Tiene el cabello castaño oscuro y los ojos casi negros, está un poco consentida, sus padres le dan todo lo que quiere, gracias a Dios que ella es bastante consciente de los tiempos en los que vivimos...

Almudena es todo lo contrario a Alba, supongo que por ello se entienden tan bien. Una compensa a la otra, es de la misma estatura que yo, aunque un poco más ancha. Es muy guapa y se siente muy orgullosa de su cuerpo, siempre bromea con ponerse a dieta, pero nunca lo hace. Tiene una melena castaña muy cuidada, larga hasta media espalda, sus ojos color chocolate ligeramente rasgados le aportan una mirada interesante a esa cara tan bien proporcionada. Sus labios gruesos y rojos al lado de esa naricilla respingona, completan el cuadro de una mujer despampanante. Es muy amable y cariñosa, aunque seguro que eso no le viene de haber recibido ese cariño de niña, sus padres no la han tratado bien y ella sola ha tenido que salir adelante.

Agarrados del brazo caminamos hasta ellas, hoy le toca elegir a Alba y todos la seguimos. Al estar a

finales de noviembre hace frío, por ello casi no hablamos y, encogidos dentro de nuestras chaquetas, corremos hasta el restaurante. En la puerta me paro y miro a Alba, sonriendo niego y entramos.

—¿En serio?

—No te quejes Vicky, cuando te toque eliges otra cosa —Alba hace un mohín muy gracioso y me encojo de hombros, tiene razón.

—Vale, no he dicho nada, es solo que no me lo esperaba. Siempre dices que no te gusta eso de que digan que por ser china deberías comer solo comida oriental. Pero por mí está perfecto.

Levanto las manos a modo de disculpa y tomamos asiento donde la camarera nos indica, nos traen la carta y tras pedir nos quedamos los cuatro solos, con ganas de ponerlos al día de lo ocurrido carraspeo y todas las miradas se centran en mí.

—Hay algo que os tengo que contar —trago saliva y cojo aire, como si fuese tan difícil contar a mis amigos que he visto a V perfecta. —Les miro uno por uno y ante sus miradas desconcertadas suspiro—. Hoy ha pasado algo en la oficina... He visto al desconocido.

Noto las miradas de los tres fijas en mí, incómoda me revuelvo en mi silla, aparto la mirada en busca de los ojos de mi amigo y sin dejar de mirarle empiezo a explicarme.

—Iba despistada y choqué con alguien que salía de la oficina de mi jefe, ese alguien era Alex, o lo que es lo mismo, el desconocido.

Todos empiezan a hablar a la vez y sus preguntas me vuelven loca. No sé por dónde empezar a responder, de repente Fran levanta una mano y las hace callar a las dos. Con tanto jaleo no me había dado cuenta que él no había dicho nada. Su mirada me alienta a que siga hablando y así lo hago.

—Sé que se llama Alex porque mi jefe salió tras él llamándole por su nombre. Nos encontró agarrados de la mano, pero... —noto sus caras de felicidad y me apuro a aclarar—, no es lo que estáis pensando. Solo le ayude a levantarse del suelo, puesto que lo tiré, que menos que ayudarle a levantarse. Cuando Álvaro salió nos encontró así y volvió a poner esa maldita sonrisa que me cabrea, lleva todo la semana mirándome con esa sonrisa pintada en la cara. Me dan ganas de darle un tortazo a ver si se le quita.

Mis amigos me miran confusos, me callo y retomo el tema importante, ya me estaba desviando de la conversación.

—La cuestión es que se conocen, eso me tiene un poco preocupada. ¿Qué pasa si le contó lo que pasó aquel día? No me gusta la idea de mi jefe sabiendo detalles de mi vida sexual.

—Tranquilízate Vicky —Alba no me deja seguir con mi flagelación, sonrío y mira a los demás—. Creo que hablo en nombre de todos al decir esto, no es algo relevante que tu jefe sepa eso o no, lo que deberías pensar es si él te ha reconocido.

Me quedo muy quieta, ni lo había pensado. Ja, sería el colmo que yo me esté torturando por esto y que él no le dé importancia. Sonríó a mi amiga y repaso mentalmente la escena de hoy, no hay nada que me indique que me ha reconocido.

—Ahora que lo dices, no vi señal de reconocimiento en su cara. No dijo nada que indique que me conoce, nada de nada... Lo que significa, que no sabe quién soy.

Feliz por la conclusión a la que he llegado me dedico a mis amigos por completo, disfruto de la comida y después nos vamos a un local de moda, una especie de coctelería en el ático de un edificio.

Nos acostamos en las camas, sí, camas, no me he equivocado, a la espera de que el camarero nos atienda.

Nunca había estado en este local, es moderno aunque creo que no es el ambiente por donde solemos movernos. Me encojo de hombros y tras pedir un Cosmopolitan al camarero me arrimo a Fran y empezamos los cuatro a cuchichear sobre los vecinos de cama.

Estoy tan distraída con mis amigos que no me entero de que la gente en la cama de al lado se ha ido, los que llegaron se acomodaron y pidieron sin recibir ni una sola mirada mía. En un momento que agarro mi copa para dar un trago a mi dulce bebida roja miro al lado y por poco lo escupo todo. Apurada aparto la mirada y me acerco a mis amigos que me miran sin entender qué sucede. Por señas y con algún susurro intercalado les pido que miren la cama de al lado. Cuando Fran ve a Álvaro sonrío, se encoge de hombros y vuelve a mirarme a mí.

—Solo es tu jefe Vicky, deja de preocuparte.

—Solo mi jefe dice —le fulmino con la mirada y suelta una carcajada—. No le veo la gracia —agrego molesta.

Hago un puchero de lo más cómico y acabamos los cuatro riéndonos. Al acabar las copas nos levantamos para ir a otro sitio donde poder dar rienda suelta a los instintos más básicos de mis amigas, o lo que es lo mismo, donde encuentren alguien a quien poder sobar.

Me despido de mi jefe con la mano y salgo de ahí, ni de broma voy a esperar que se levante y le dé por darme conversación.

Nos metemos en un pub con una pinta de lo más rara, cosas de Alba, aunque no me preocupa, solo lo que voy a beber. Mis amigas llaman la atención de los hombres nada más entrar, suspiro al ver cómo las acechan y por encima de mi hombro busco a Fran. Para mi sorpresa a él también le han asediado, vuelvo a suspirar y me voy a la barra sola.

La elección de ropa de mis amigas, que deja poco a la imaginación, ha sido acertada. Alba lleva un mini vestido que hace que sus piernas parezcan muy largas, teniendo en cuenta que es la más bajita del grupo, es todo un logro. El vestido se ajusta a sus curvas, aunque está delgada, excesivamente delgada diría yo, ese vestido las marca todas. Miro a Almudena y sonrío, es espectacular, ahí está mi amiga con unos pantalones apretados marcando su culo, un corsé que resalta su cintura y hace que sus pechos se levanten. Por Dios, como no van a ligar si van vestidas para matar.

Me siento en un taburete alto que hay al lado de la barra y estudio el local, es bastante soso, pero está lleno. Fran sigue hablando con su potencial calentador de pies para esta noche y yo, sin nada que me distraiga, busco al camarero y le pido un vodka con lima.

Mientras me sirve, un chico se acerca, no puede ser mayor que yo, al menos con esa cara de niño no lo parece. Me repasa con la mirada y hace una mueca, me miro a mí misma y resoplo. ¿Qué le pasa a este tipo? Cierto que no voy vestida como mis amigas, pero tampoco parezco una mendiga. Miro mis botas negras con poco tacón para ser cómodas, mis vaqueros ajustados blancos y mi camiseta de tirantes negra con una calavera roja brillante. En mi mano tengo la chaqueta de piel negra que completa mi look rockero. Alzo una ceja y miro de forma impertinente al osado, que no se ha ido, y espero que se largue de una vez, para mi desgracia no lo hace.

—Hola pelirroja —mal empezamos si me llama así, aprieto los dientes y cojo aire antes de mandarlo a la mierda— te invito a una copa y nos conocemos mejor.

—Ya tengo mi copa y no quiero conocerte —no espero a que siga hablando agarro mi vaso y de un salto me bajo del taburete dejando atrás al ligón de turno.

Por más que soy consciente de que mi época de sequía sexual debería llegar a su fin, ni loca me voy a la cama con un tío así. Camino sin prisa entre la gente y avisto a mis amigas, resoplo al encontrarlas rodeadas y de mala gana me hago sitio entre los hombres que las acechan. Al verme, las chicas empiezan a bailar a mi alrededor y animada por ellas, me uno a la fiesta.

Así pasamos casi toda la noche, de un local a otro, bailando y bebiendo.

Fran arrastra con él a un tal Miguel, que resulta ser el tío del pub, es un moreno más o menos de mi estatura, de pelonegro que se riza en el cuello y ojos marrones, nada destacable pero es atractivo en

conjunto. Se le distinguen unos músculos trabajados bajo la ropa que hacen de él un hombre sexy y estoy segura que mi hermanito está deseando verlo sin la ropa, si lo conoceré yo...

Al amanecer nos vamos a casa y, tal y como esperaba, Miguel se viene con nosotros. En el metro voy entretenida pensando dónde está mi iPod pues esta noche voy a necesitar la música para dormir. Y no porque no tenga sueño... Miro de reojo a la pareja y me reafirmo en mi suposición al verlos besarse. Va a ser una noche intensa...

Entramos en el piso y me despido de ellos que se encierran en el dormitorio de Fran. Tras mi ritual de desmaquillarme y prepararme para dormir localizo mi iPod, me meto en la cama y me quedo pensando en V perfecta.

¡¡Tengo que dejar de llamarlo así!! Me ordeno a misma.

Y si dejo de pensar en él mejor todavía.

Me acuesto de lado, selecciono una lista de reproducción y cierro los ojos. A dormir, me digo, cierro los ojos e intento relajarme con la música, pero no hay manera. El sueño me ha abandonado y mis malditas neuronas no colaboran. Cansada de dar vueltas en la cama y de darme bofetadas mentales para dejar de pensar en Alex, por su nombre, mejor así no lo recuerdo desnudo en la cama, con la sábana tapando lo justo y esos músculos... ¡oh mierda! Lo he vuelto a hacer...

Suspiro y miro al techo, en ese momento empieza a sonar una canción lenta, de esas que no sé cómo llegó a mi lista y cuya letra me hace estremecer.

Al fin te encontré, de Rio Roma. La escucho y mi mente se va a esa noche, visualizo su cuerpo en esa cama, lo ocurrido esta mañana en la oficina y la sensación de nuestros cuerpos juntos, suspiro y me dejo embargar por la letra de la canción. No estoy enamorada, no nos confundamos. El hombre es sexy, claro que lo es, pero de ahí a enamorarme... ¡Si ni siquiera lo conozco! Me doy media vuelta de nuevo en la cama y tras muchos intentos de cerrar los ojos, de obligarme a no pensar en nada, golpear la almohada y contar rebaños y rebaños de ovejas, el sueño me vence con el recuerdo de Alex en la cama, con solo una sábana cubriendo su desnudez.

Escucho un ruido y me sobresalto, entreabro los ojos y miro el despertador, no es él. Recuerdo que es sábado y no tengo que levantarme, me incorporo en la cama y unas risas me hacen recordar que tenemos compañía. Así que, el ruido es mi amigo teniendo su alivio mañanero... Sonriendo cojo mi móvil y me meto de nuevo bajo las mantas. Entro al grupo de WhatsApp y saludo, en ese grupo estamos los cuatro y lo usamos para todo. Nadie me responde, pero escucho el móvil de Fran vibrar.

Vicky: Algunos queríamos dormir pero no va a poder ser, ¿cómo acabó la noche chicas?

El silencio inunda el piso, sonrío con malicia y vuelvo a escribir.

Vicky: Ya me he despertado, continúa con tus juegos Fran

Ahogo una carcajada al escuchar reír a mi amigo, ruedo para salir de la cama y me voy al cuarto de baño. Parece que hoy tendré que salir al parque de mañana si no quiero ser testigo de estos dos montándose de nuevo. Decidida me visto y tras atarme el pelo en una coleta toco a la puerta de Fran.

—Me voy a hacer la compra, ¿te traigo algo?

—No, gracias —risas y pasos me avisan que mi amigo se acerca, la puerta se entreabre y Fran saca la cabeza sonriendo—. Eres la mejor amiga del mundo, te lo compensaré, lo prometo, Si vas a hacer la compra de verdad coge la lista en la cocina.

—Sí que voy, aunque solo sea por no oír en estéreo lo que vais a hacer.

Su sonrisa se ensancha mientras camino hasta la cocina, cojo la lista y regreso hasta donde él sigue parado. Le hago señas para que regrese al dormitorio y yo me voy hacia la salida.

Cuando regreso a casa con la compra Miguel ya no está, cosa que me esperaba. Fran me ayuda a

ordenar las cosas y sin saber cómo acabamos los dos tirados en el sofá comentando la noche, sobre todo la suya.

Así es como el fin de semana transcurre con normalidad y cuando me doy cuenta es lunes de nuevo.

Acudo a la oficina tranquila, la deducción de que V perfecta/Alex no me recuerda me da energía. Paso toda la semana esperando alguna puya por parte de mi jefe pero nunca llega, hasta me sorprende que no me pregunte qué hacía en el bar de las camas. Pasan los días sin novedad, entre unas cosas y otras mis vacaciones han llegado, en dos días me voy a casa de mi hermana.

Capítulo 5

Navidad

¡¡Ya está aquí la Navidad, que alegría la mía!! Si le pongo un poco más de sarcasmo me ahogo. Como todos los años, Fran se viene a pasar la Navidad conmigo a casa de mi hermana Silvia.

Los dos estamos en el aeropuerto con nuestra maleta esperando el avión que nos lleve de regreso a Santiago de Compostela. He quedado con Carlos que él nos recogerá en el aeropuerto.

La despedida de Alba y Almudena fue tranquila, ellas saben que en dos semanas estaremos los dos de regreso, además, tenemos nuestro grupo para estar al día de lo que ocurra.

Escucho la llamada para nuestro vuelo y juntos nos dirigimos a la zona de embarque, Fran me mira de reojo, está nervioso como siempre que regresamos a casa. Su familia le ha dado la espalda por ser gay, lo repudiaron y lo sacaron a patadas de su casa. Menos mal que ahí estaban mis hermanas, que le acogieron como un miembro más de nuestra familia. Yo por aquel entonces poco podía hacer para ayudarlo, pero conmigo siempre ha podido contar y lo sabe. Desde entonces pasa la Navidad con nosotras y es como el hermano que nunca tuvimos, uno más de la familia.

El vuelo se nos hace corto, ambos estamos distraídos en nuestros pensamientos. Mientras el avión surca los cielos decido preguntar por Miguel. Me giro hacia él, no es el mejor momento para esto y lo sé, pero si así le distraigo, será un logro.

—¿Has vuelto a ver a Miguel?

—Si, por lo que parece le he gustado.

—Normal, ¿tú te has visto? Tendría que estar muerto para que no le gustes, lo que quiero saber es si él te gusta a ti.

Se encoge de hombros y sonrío, esa sonrisa lo dice todo, asiento y me quedo en silencio, no voy a obligarle a hablar cuando no quiere.

Al llegar a Santiago se relajará, como siempre. La incertidumbre de lo que se va encontrar siempre lo pone en ese estado. A veces pienso que tiene miedo que mi familia también lo rechace, cosa que no va a pasar.

Aterrizamos sin ningún inconveniente en Lavacolla, al no facturar maletas, pues todo va en la de mano, salimos del avión y esquivando gente, vamos hacia salida. En cuanto cruzamos las puertas veo la cabecita de mi sobrino y sonrío.

Carlos es el mejor, sabe que estoy deseando achuchar a Santi, camino hacia ellos que aún no nos han visto y agarro un pie al niño. Sonrío al escucharle gritar, se lanza a mis brazos y le doy unas vueltas en el aire, lo dejo en el suelo y guiados por mi cuñado, que está entretenido hablando con Fran, caminamos hasta el coche entre bromas. Desde atrás les contemplo juntos, vaya dos hombres que me acompañan, ahora mismo soy la envidia de todas las mujeres de la terminal con esos dos pedazo de prodigios solo para mí.

Carlos es el sueño húmedo de la mayoría de las mujeres. Alto, mide un metro noventa, un bombón de ojos azules, eso es mi cuñado, sus ojos son de un azul tan intenso que te quedas tonta mirando, al principio de conocerle me pasaba, ahora ya no, creo que me he acostumbrado. Lleva el pelo siempre engominado y se viste de traje casi todos los días de la semana, podría decirse que ese es su uniforme, pues es el director de un banco. Es un hombre muy decidido, protector y mandón. Si alguien quisiera hacer daño a su familia, entre la que me incluye, sería capaz de todo y eso me asusta aunque hace que me

sienta muy bien a la vez, contradictorio ¿eh? Su forma de ser nunca he acabado de entenderla, pasa de la risa a la seriedad en cuestión de segundos, pero no es a mí a quien tiene que encantar si no a mi linda hermana, así que, yo me hago la loca.

Al llegar a casa tenemos comité de bienvenida, mis hermanas se abalanzan sobre nosotros, no dejan de gritar y abrazarnos, aunque cuando me agobio de tantas demostraciones de cariño me separo y ellas lo entienden. Comparto mi habitación con Fran, como siempre que venimos juntos, el otro dormitorio libre es para algún otro invitado o por si Paula decide quedarse a dormir. Nos pasamos todo el día hablando, en víspera de navidad estamos por fin las tres hermanas juntas y es momento de ponernos al día.

La cena de Nochebuena llega antes de lo que me esperaba, se me han pasado los dos días volando. Mañana es Navidad y en una semana saldremos a celebrar el Año Nuevo.

Ayudo en todo lo que puedo a Silvia, ella es la cocinera, si comemos algo que ha preparado Paula seguro acabamos todos en urgencias, las dotes culinarias familiares las recibió todas Silvia, porque yo tampoco sé cocinar.

Silvia es una mujer normal, tranquila y serena, pero muy mandona, quizá sea por ser la mayor de tres hermanas. Tiene treinta y cinco años, muy bien llevados desde mi punto de vista. Es la más alta de las tres, mide un metro setenta y seis, es delgada y el embarazo no afectó en nada a su espléndida figura, puede que influya el hecho de que es una usuaria asidua del gimnasio. Tiene el pelo muy corto y rubio, lleva el flequillo un poco más largo y hacia la derecha, cubriendo parcialmente sus ojos. Esos ojos que tan parecidos son a los míos. Su color original de pelo es un castaño tan soso, como ella dice, que por eso se lo tiñe de rubio platino. Es una ama de casa consumada, antes de nacer mi sobrino trabajaba en una tienda de ropa y al quedarse embarazada el desgraciado de su jefe la echó, un despido improcedente, que resultó ser procedente pues tenía contrato temporal. Menos mal que mi cuñado tiene un súper curro y él solo puede con todos los gastos.

Paula es unos centímetros más baja que yo, tiene el pelo muy corto, no le llega a rozar los hombros, de un color negro intenso. Sus ojos al contrario que los míos son marrones, de un color chocolate muy cálido que me hacen sentir bien al mirarlos. Sus rasgos la hacen parecer un poco seria, pero al sonreír se le forman unos hoyuelos en las mejillas que le dulcifican el rostro.

Es tres años mayor que yo, y la que más sufrió en la separación de nuestros padres y la más lista de la casa. Está un poco rellenita, cosa normal si tenemos en cuenta que le encanta comer comida basura. También es la más friki de la familia Salinas, se viste como si estuviese reciclando la ropa que los demás ya no usan, cosa que en mi humilde opinión no ayuda a disimular sus anchas caderas. Le encanta todo lo que tiene que ver con los ordenadores, programación, páginas web y todo ese rollo, supongo que por ello se sacó la carrera de ingeniería informática. Las películas de la saga Star Wars son como aire para ella, sin ellas no podría vivir, por más increíble que resulte, es un hecho confirmado, tras una discusión se las robé e iba a tirarlas todas a la basura, pero por poco le da un infarto al ver que no estaban, se me pasó el enfado de golpe, pobrecita que cara se le quedó al ver que su colección corría peligro.

Santi es el rey de la casa, a sus cinco años nos lleva a todos por donde quiere, es una réplica en pequeño de su padre, me gusta sacarle fotos a los dos juntos, es como un antes y después sin montaje.

Hoy está como loco, sabe que mañana tendrá regalos y por ello no hace nada más que meter prisa, que si tía come más rápido, que si mami apura que va a venir Papá Noel y no va a parar por estar despiertos, al único que no le dice nada es a su padre.

La cena transcurre de forma agradable y alegre, al acabar se llevan al niño a dormir. A partir de ahí empieza la diversión, el licor café rueda por la mesa, los vasos se rellenan y las lenguas se aflojan. Pasada una hora estamos todos riendo sin saber la razón y confesando lo que de otra forma jamás saldría de nuestras bocas.

Llega la comida de Navidad y de nuevo hay que cocinar, poner la mesa y mil cosas más, en momentos como estos agradezco no tener que celebrar en mi propia casa, trabajo que me ahorro al ir a comer con la familia.

La Navidad pasa y con ella se va la siguiente semana. Fran y yo nos dedicamos a pasear por las calles de Santiago, visitar antiguos compañeros de clase y hablar con las chicas por teléfono. El día antes de Fin de Año mi cuñado deja caer una bomba, al día siguiente llegará un amigo suyo de Madrid. Fran y yo nos miramos sin entender pero asentimos. Cuantos más seamos, mejor lo vamos a pasar ¿no?

Que traidora puede ser la vida, al menos eso es lo que yo pensé cuando llegó mi cuñado del aeropuerto con su amigo, al principio no me lo creía, pero al verle caminar hacia nosotros mis ojos se abrieron más y más. Fran me mira sin creer lo que sus ojos le muestran y yo miro a mis hermanas buscando confirmación de que no estoy alucinado. Al ver a Silvia adelantarse y abrazar al invitado me quedo muda. Todo amabilidad, mi cuñado procede a presentarnos pero yo le interrumpo.

—No es necesario Carlos, ya nos conocemos.

Mis hermanas y mi cuñado me miran confusos, él sonrío y Fran asiente para dar crédito a mis palabras. Esa condenada sonrisa vuelve a ponerme de mal humor y gruño.

—¡Es mi jefe!

—¿Tu jefe? —Mi cuñado no da crédito, nos mira y al final acaba soltando una carcajada, mi cuñado nunca se ríe así, le fulmino con la mirada pero no sirve de nada. —Nunca llegaste a decir donde trabajadas Vicky, no podía saberlo.

Sé que lo que dice es cierto, pero eso no me hace sentir mejor, así que, achico los ojos y alzo la cabeza orgullosa.

—Ni sueñes que te voy a llamar Señor Cuesta —murmuro a mi jefe.

—Relájate Victoria, estamos en Navidad.

Aprieto los dientes tanto que creo que los voy a romper, así que, me doy la vuelta y subo a mi cuarto, me dejo caer sobre la cama y me cubro la cara con un cojín. Suelto un grito de pura indignación que el cojín amortigua y escucho la puerta abrirse aunque no tengo que mirar para saber que es Fran.

—El destino me odia, está confabulado con el karma para hacerme la vida imposible.

—No seas exagerada, tu cuñado está feliz de ver a su amigo, alégrate por él.

—¡Lo hago! —Resoplo y le miro—. Está bien, no lo hago, pero lo voy a intentar.

Asiente y sale del dormitorio dejándome sola, me conoce tan bien el condenado que sabe que lo que ahora necesito es pensar, casi una hora después me obligo a salir y maldita sea mi suerte lo hago justo cuando él pasa por delante de mi puerta y lo empujo. Esta vez no acabo en el suelo, pero su mirada me dice que está recordando una escena similar.

—Perdón, estaba distraída.

—No te disculpes Victoria, yo tampoco miraba por donde iba.

Sin decir nada más me separo de él y bajo las escaleras en busca de mi cuñado, creo que me debe una explicación. Me lo encuentro muy acaramelado con Silvia y finjo una arcada para que sepan que les estoy viendo. No comprendo como solo tengo un sobrino, están siempre uno sobando al otro, ya deberían de haber encargado un hermanito como mínimo. Se separan y señalo a mi cuñado, después señalo su oficina y lo pilla, pues tras otro beso, que desde mi punto de vista sobraba, se encamina hacia allí conmigo. Nos sentamos y le miro aunque no sé muy bien por dónde empezar.

—¿De qué lo conoces?

—De la universidad, Vicky, no eres la única que tiene amigos.

—Nunca dije eso, no seas dramático Carlos. Me refiero... ¿Cómo de buena es vuestra relación para

que él esté aquí en Navidad? Yo nunca le había visto cerca de ti.

—Estuvo en la boda.

Mis ojos se abren desmesuradamente y repaso mentalmente aquel día, puede ser que estuviera, no recuerdo gran cosa desde que llegamos al restaurante, yo era muy joven y había bebido pocas veces, el tener barra libre no ayudó. Me muerdo el labio inferior y niego. Mi cuñado se ríe y empieza a explicar.

—Es uno de mis mejores amigos Vicky, viene mucho de visita, si tiene que venir a Santiago por cosas de trabajo siempre se queda en nuestra casa. Vivimos juntos la época que estuve en la universidad y compartimos muchas cosas.

Esa última frase me eriza la piel, sabiendo los gustos de mi jefe casi me atrevería a pensar que mi cuñado es del mismo estilo, eso es algo que le preguntaré a mi hermana, vaya que sí. Centrándome de nuevo en la conversación mi mente vuela a mi hermana.

—Si él conoce a Silvia ¿cómo puede ser que no haya relacionado nuestros apellidos? No puede decirse que las Salinas crezcamos en los árboles.

—Eso se lo tienes que preguntar a él. Yo no sabía que era tu jefe y es mi amigo, puede ser que simplemente creyese que era una coincidencia.

—Vale, te creo, pero no me pidas que sea amable, eso es mucho pedir.

Una sonrisa se planta en su cara mientras yo achico los ojos y tras una última mirada a sus preciosos ojos me doy la vuelta y salgo del despacho.

En la puerta, maldita sea mi suerte, está mi jefe. Él y esa sonrisa me tiene harta... le miro mal y sigo mi camino. Cuando estoy llegando a la cocina escucho reír a los dos y gruño.

—Adiós a mis tranquilas vacaciones.

Esta noche vamos a salir, Santi se quedará en casa de los abuelos, los padres de Carlos obviamente. Mi hermana no está tan loca como para encargarle su hijo a nuestros padres, que para colmo de males no se hablan desde la separación.

Llevo todo el día escondiéndome de mi jefe, puede parecer infantil, lo que pasa es que no quiero ver esa sonrisa de nuevo que me crisca los nervios, es como si él supiese algo que yo desconozco y me lo estuviese recordando cada minuto que estamos juntos.

Con ayuda de Silvia, Paula y yo parecemos dos mujeres atractivas, ella nos ha peinado y maquillado, aunque los vestidos que compramos hace un par de días ayudan bastante. El de Paula es negro, le sienta bien, la hace parecer más delgada y con su corte de pelo está fabulosa. El de Silvia es dorado, parece una burbuja de las del anuncio del cava, tan divina mi hermana, es una mujer muy sexy y eso no se puede negar, está increíble, ya me imagino la cara de idiota que pondrá mi cuñado al verla. El mío es rojo, muy corto, demasiado corto diría yo, pero cuando estas dos se unen a ver quién les lleva la contraria, tiene la espalda cubierta solo con encaje y se ata en el hombro derecho. Si alguien tira de uno de esos lazos me quedo desnuda delante de todos, bueno, eso no va a pasar, sé positiva Vicky. Mi pelo está medio recogido, mi hermana se las arregló para que parezca despeinada estando recién peinada, pero el efecto me encanta.

Cogemos nuestros abrigos y bajamos las escaleras, en el recibidor están los hombres. Casi tengo que cerrarme la boca con la mano para que no me salgan las babas. ¡¡¡Que guapos están los tres con sus trajes!!!

Álvaro lleva un traje negro, camisa azul clarito y corbata negra, una combinación que le queda genial. Aparto la mirada y veo a mi cuñado, Carlos que está increíble, traje negro, camisa azul intenso a juego con sus ojos y corbata negra. Como si se pusieran de acuerdo, sonrío levemente y busco a Fran con la mirada, me quedo muerta al verle. Estos se han puesto de acuerdo seguro. Lleva traje negro, la camisa de color indefinible, entre azul y gris como sus ojos y la maldita corbata negra.

Doy un paso hacia Fran pero Paula se me cuelga y agarra su brazo, la asesino con la mirada y de nada me sirve, ya se lo ha llevado. Resignada me acerco a mi jefe que me mira como un gato mira a un ratón antes de comérselo, me pongo seria y enlazo mi brazo en el suyo.

—No muerdo Victoria.

—Porque no te dejan.

Me salió tan rápido que no me dio tiempo a pensar qué iba a decir, me obligo a sonreír, se nota que es fingida pero menos es nada, su maldita sonrisa regresa y me tenso.

Vamos a pie hasta el restaurante que no está lejos y al llegar nos sentamos, quedo entre Fran y Álvaro y resoplo indignada, maldita sea mi suerte y maldito sea el karma que me odia. No tenemos que pedir ya que la cena está encargada de antes, en cuanto los camareros empiezan a traer la comida me olvido de lo que me rodea, me limito a comer. Como buena gallega me encanta el marisco y no voy a perder la ocasión de una buena mariscada, por mucho que me moleste la perpetua sonrisa socarrona de mi jefe.

Estaba tan entretenida comiendo cuando escucho a alguien mencionar a Alex, me quedo quieta, con el langostino a medio pelar y alzo la mirada del plato. Dos pares de ojos me observan atentos, disimulo como puedo, dejo el langostino y me acerco a Fran.

—Esta cena me va a provocar una úlcera.

—No seas exagerada, escucha lo que está diciendo tu cuñado creo que te interesa. Me vuelvo a enderezar en mi silla y agudizo el oído, mi cuñado ha preguntado por Alex y efectivamente mi jefe está hablando de él. Me hago la sueca y sigo pelando mi langostino. Algo dicen de que no trabaja y que solo Clara permanece en su vida. ¿Quién será la tal Clara? Me he concentrado tanto en la conversación que mis manos han vuelto a quedarse quietas, solo las palabras de mi jefe me espabilan.

—Vaya Victoria, ya me estaba preguntando donde metías toda esa comida —dice en tono burlón sacándome de mi ensoñamiento.

Noto cómo le calor inunda mi cara y le miro de reajo. Al ser redonda la mesa todos son conscientes del cruce de miradas.

—Cualquiera diría Álvaro que no te lo estás pasando bien, deberías comer más y hablar menos. El marisco está buenísimo —respondo cortante.

Los ojos de todos se clavan en mí y como si nada sigo pelando el langostino, con tranquilidad y parsimonia como si la conversación no fuera conmigo.

—¿Te incomodo? —Doy un respingo al escuchar el susurro tan cerca de mi oreja, me giro y veo a mi jefe a unos centímetros de mi cara —porque eso es lo que parece.

—No, para mí no existes, aquí solo está mi familia y a ti ni loca te incluiría en ese grupo.

Veo como esa maldita sonrisa regresa y achico los ojos, resoplo y agarro de nuevo al langostino. La mirada de Fran me hace sentir mejor, es empatía pura y se lo agradezco con una ligera sonrisa. La cena transcurre tranquila entre anécdotas de la universidad de todos y algún que otro cotilleo sobre ligues, por suerte el nombre de V perfecta no vuelve a salir y yo me quedo más tranquila.

Es la hora de las campanadas, todos nos ponemos de pie con la copa de las uvas en la mano. Cuando los cuartos empiezan la mirada de mi jefe busca la mía, sonrío como un lobo cuando empiezan a comer las uvas y la maldita sonrisa me hace atragantarme, por poco me ahogo con las uvas. El muy desgraciado sabe lo que esa sonrisa me hace y por eso me martiriza.

Menuda forma de empezar el año.

Capítulo 6

Año nuevo, ¿vida nueva?

—¡¡ Feliz Año Nuevo!! —Gritamos todos al unísono.

Cojo mi copa para brindar, estiro el brazo y el cristal hace ese sonido tan molesto al chocar con las demás copas. Todos bebemos y sonreímos, estoy deseando que empiece la música y poder beberme algo fuerte que me ayude a afrontar la noche que me espera.

Muerta de curiosidad me levanto, me acerco a donde está Silvia y le pido que me acompañe al servicio. Accede y ambas nos dirigimos a ellos. Al entrar compruebo que no hay nadie más y cierro la puerta con el pestillo.

—Hermanita, desde esta tarde hay algo que te quiero preguntar —le pongo mi mejor cara de niña buena y al verla entrecierra los ojos, sabe que eso no presagia nada bueno, ni yo misma me creo que le voy a preguntar esto a mi hermana, pero mi curiosidad es muy fuerte y no me puedo resistir— Carlos, que tan amigo ha resultado ser de Álvaro, ¿tiene los mismos gustos en lo que a relaciones sexuales se refiere?

En ese instante la cara de mi hermana cambia de color y sus ojos se abren desmesuradamente como si fueran a saltarse de las órbitas.

—¿Se puede saber qué coño me estás preguntando Vicky? —Le sonrío y alzo las cejas un par de veces indicándole que hable, resopla y me mira muy seria— no tengo porqué darte explicaciones de mi vida sexual.

—Por supuesto que no, pero es algo que me está matando de curiosidad, me conoces Silvi, sabes que no soy la persona más paciente del mundo. Dímelo porfa, —junto las manos y le suplico— porfa, porfa porfa —al ver que la técnica no funciona, empiezo a divagar, se lo que eso le molesta—. ¿También le va eso de que le llamen señor? Yo solo por vacilarle le llamo Don Álvaro, por pesado, insiste en que le llamemos señor Cuesta. Anda que no le gusta mandar, pero sabes como soy hermanita, lo mío es llevarle la contraria. Si él dice blanco yo digo negro y acaba lanzándome una mirada de esas, como si quisiera que me arrodille ante él. Ja, ¡¡ni loca!! —Me quedo callada un momento, reflexionado y la miro a los ojos ¿es cosa mía o está aguantando la risa?— Nunca he visto esa vena dominante en Carlos, pero después de ver esa amistad, me ha entrado una curiosidad muy poco sana. Dímelo Silvia, ten compasión de tu pobre hermana. ¿Es esa una de sus aficiones compartidas?

Silvia me mira incrédula por lo que le estoy diciendo y cuando creo que me va a sermonear se echa a reír. La miro confusa, la muy bruja está apoyada en el lavabo partiéndose el culo de risa.

—¿Me puedes decir de qué te ríes?

—Perdona Vicky, pero es que eres tan graciosa...

Achico los ojos y la miro fijamente, ¿será que esto tiene gracia y yo no se la encuentro? Me cruzo de brazos y espero a que deje de limpiarse las lágrimas que el ataque de risa le está provocando.

—¿Me vas a responder? —pregunto ya molesta.

—Claro, perdona hermanita, es que solo de imaginarte sacando de quicio a Álvaro... —vuelve a echarse a reír y yo me quedo como tonta mirándola—. Esto se lo tengo que contar a Carlos.

—Sí, lo que tú quieras, pero responde.

—No es de tu incumbencia, pero si, tu cuñado es muy dominante —alza ambas cejas un par de veces y vuelve a estallar en carcajadas.

Me quedo alucinada mirando a mi hermana que al ver mi cara vuelve a estar doblada de la risa. Me

recompongo lo más rápido que puedo y tiro de ella hacia el comedor de nuevo, estas Navidades están siendo las más raras de mi vida y eso es mucho decir, teniendo en cuenta mis antecedentes familiares.

Llegamos a la mesa y todos miran la cara de Silvia, está sonrojada de tanto reír y se le ha emborronado un poco el maquillaje. De ella pasan su mirada a mí, que aún debo de estar pálida tras el descubrimiento y sus caras son de total desconcierto. Me siento y echo miradas de reojo a Carlos, ¿quién lo diría? Con lo recatado que parecía, si ya lo decía la abuela, las apariencias engañan.

Paso el resto de tiempo que estamos en el comedor echando miradas de reojo a mi cuñado, mi hermana y a mi jefe. Parezco una acosadora, pero no lo puedo evitar, aunque cuando dicen de irnos me levanto ágil y me agarro al brazo de Fran, nos alejamos un poco del grupo y le explico lo ocurrido en el baño, su cara me demuestra que no soy la única que no se esperaba una respuesta así, si es que parecen los muñequitos de la tarta de boda, no te los imaginas con esposas y fustas.

Un estremecimiento me recorre y los vuelvo a mirar de reojo. Cada vez que mi jefe me mira noto una especie de tensión, no es algo agradable, ya harta y de mala gana aparto la mirada y al estar todos juntos tiro de Fran hacia la salida. Ambos esperamos a que decidan donde ir, estamos demasiado ensimismados para opinar y con dos dominantes en el grupo dudo que nos lo permitiesen.

Deciden irse a una discoteca muy conocida, está algo lejos, pero decidimos ir a pie. El aire fresco nos irá bien a todos, sobre todo a mí, a ver si me espabilo. Al llegar, Álvaro decide comprar él las entradas de todos, y como no, lo hace. ¿Qué más da lo que opinen los demás? Como siempre él imponiendo sus normas.

Resoplo y de mala gana entro al local. Dejamos nuestros abrigos en el guardarropa, camino con Fran hasta una zona lejos de la pista donde hay unos sofás, nos sentamos y esperamos que los demás lleguen. Van tomando asiento y empieza la fiesta, nos ponemos los gorros que nos dieron en la entrada y empezamos a beber. Agarro el brazo de Fran y nos vamos a la pista, bailamos por un buen rato, regresamos a la mesa y bailo con mis hermanas.

Nos pasamos la noche entre baile y copas y yo pongo especial cuidado de esquivar a mi jefe. Paula está cansada y decide irse a casa, me sorprende ver que Fran también quiere hacerlo, así que, al ver que me voy a quedar con mi jefe y la parejita, me apuro a levantarme hasta que una pesada mano me lo impide.

Busco al dueño de la mano que se siente como una piedra en mi muslo y le asesino con la mirada, se acerca a mí y me habla al oído.

—Victoria, tenemos que hablar.

—Tú y yo no tenemos nada de qué hablar.

—Mentirosa —esa maldita sonrisa de nuevo, le miro mal y niego.

Me levanto, me despido de los demás y abandono el local con Fran y Paula. Nos vamos a casa y al meternos en la cama caemos rendidos.

Me despierto abrazada por Fran, me giro entre sus brazos y él abre los ojos, le sonrío y me devuelve la sonrisa.

—Buenos días dormilón, deberíamos bajar a comer —le digo mientras él se hace el remolón.

—Tengo sueño —se queja escondiendo su cara en mi cuello.

—Venga —le empujo mientras me levanto

De un salto me levanto y le dejo ahí tumbado. Agarro mi ropa y me meto en el baño, cuando salgo me siento persona al fin. Vuelvo a despertar a Fran, que de mala gana se dirige al baño y yo salgo del dormitorio. Bajo las escaleras y el olor de la comida me lleva hasta mis hermanas.

—Buenos días —me devuelven el saludo y me acerco a ellas—, ¿algún plan para hoy?

Ambas niegan, como si nada agarro unas patatas y salgo de la cocina, entro al salón y lo que veo me

hace fruncir el ceño.

—Hola —saludo secamente

—Buenos días Victoria —le hago una mueca y me siento en el sofá lo más lejos posible—, ¿me tienes miedo?

—Ja, ¿miedo? Lo que tengo es ganas de meterte en el primer avión con destino a Madrid y no verte la cara hasta volver al trabajo.

—Vaya... —eleva una ceja socarrón, se reclina en el sofá y cruza los tobillos de sus piernas estiradas — parece que no te alegras de verme, y yo que pensaba que te caía bien.

—Pues ya me dirás porqué pensabas eso, nunca te di a entender tal cosa. A mí los de tu... —Me quedo callada al recordar que mi cuñado es de los de su tipo, no generalices Vicky, nunca sabes lo que te puedes encontrar— nada, déjalo estar.

Noto su mirada curiosa recorrer mi cara en busca de algún indicio de algo, pero ¿de qué? Suspiro y me despatarro en el sofá, saco mi móvil del bolsillo y escribo en el grupo.

Vicky: ¡FELIZ AÑO MIS NIÑAS!

Como no responden me pongo a curiosear el Facebook y todo lo que se me va ocurriendo sobre la marcha, pero nada aleja la sensación de estar siendo observada. Dejo el móvil en el brazo del sofá y le miro a los ojos.

—¿Qué miras? —pregunto molesta

—Nada, solo estaba pensando.

—Pues piensa mirando a otro lado —sonríe de nuevo al escuchar sonar su móvil y yo le miro sin comprender— ¿qué pasa contigo? En seis meses no has sonreído ni un maldito día y desde hace un mes lo haces cada vez que me miras, ¿hay algo que deba saber?

—Desde luego hay algo que debes saber Victoria, pero con el tiempo, no es momento todavía.

Resignada me levanto, agarro mi móvil y le miro de reajo. Camino hasta la puerta del salón y me paro, me giro y cogiendo aire, a la vez que cruzo los dedos para que la respuesta sea hoy, le pregunto.

—¿Cuándo te vas?

—¿No te lo ha dicho Carlos? —Niego con la cabeza y vuelve a sonreír— mañana regreso a Madrid, no te molestare más.

—No me molestas, para mi eres invisible —y está claro que ni yo misma me lo creo, como para esperar que él lo haga— me voy con mis hermanas.

Entro de nuevo en la cocina, ayudo a Silvia a preparar la comida y al acabar me voy con Fran a pasear por Santiago, cualquier cosa por no verle la cara a Álvaro.

Pasamos toda la tarde fuera, cenamos algo en un bar con unos colegas y regresamos a casa cuando todos están dormidos. Nos vamos a la cama y cruzo los dedos antes de dormirme para que mi jefe tenga su vuelo a primera hora de la mañana.

Parece que por una vez la suerte está de mi lado, al levantarme Silvia me cuenta que Carlos ya se va al aeropuerto y me pongo a bailar por la cocina feliz. Fran me ve y con la mirada pregunta a mi hermana, yo no dejo que le explique nada, cojo su mano y lo saco a bailar, así estamos cuando mi jefe baja las escaleras con la maleta en la mano. Me congelo y de reajo miro a mi hermana, se encoge de hombros y va a despedirse, abochornada paso a su lado y con un ligero:

—Nos vemos en el trabajo —y abandono la cocina.

Los demás días pasan sin incidentes, me paso las mañanas de cotilleos con mis hermanas, las tardes jugando con mi sobrino y las noches de copas con Fran y los demás amigos. Todo indica que las vacaciones al final no fueron tan mal, pese a la visita de mi jefe, he disfrutado de mi familia y hemos logrado desconectar de todo.

Así nuestra estancia de dos semanas en Santiago llega a su fin y Carlos nos lleva al aeropuerto.

La despedida de mis hermanas ha sido complicada, aunque prometemos volver en cuanto podamos, así que como es habitual en cada visita, acabamos todas llorando ellas saben que mi vida está en Madrid y a ella tengo que regresar.

Las ganas de ver a mis amigas me están volviendo loca, si a eso le sumamos que tengo la mosca detrás de la oreja desde que mi jefe me dijo que hay algo que tengo que saber y que aún no es el momento, estoy segura de que se comprenderá que estoy deseando volver a mi pisito en el barrio del Pilar.

En el aeropuerto abrazo a Carlos muy fuerte y me despido hasta la próxima vez. Pasamos el control de seguridad y esperamos al avión que nos devuelva a nuestra rutina, mientras vuelvo a preguntar a Fran sobre Miguel, esta vez está más receptivo.

Capítulo 7

La rutina

Llegamos a casa casi de noche cansados del viaje y al mismo tiempo relajados de las vacaciones, entramos a nuestro piso y los dos sonreímos al regresar a nuestro hogar. Al día siguiente ambos debemos retomar nuestras vidas y volver al trabajo, sin ganas entro en mi cuarto y aparco la maleta a un lado, me dejo caer en la cama y me quedo mirando al techo. ¿Cómo habrán sido las Navidades de V perfecta? Oh mierda, me levanto de un salto y tras sermonearme a mí misma por estar pensando en él, cuando sé que no debería, me dedico a deshacer la maleta. Tras una cena rápida y algún que otro cotilleo sobre Miguel, no nos olvidemos del casi novio de mi amigo, el día se acaba y ambos nos vamos a dormir esperando que este año empiece bien.

Llego a la oficina con una sonrisa, me dispongo a hacer mis tareas y a la hora de llevar café al jefe entro en su despacho, me mira de arriba a abajo y le guiña un ojo a su acompañante, desconcertada miro a la silla que esta ante su mesa y avanzo como si nada, hay una señora mayor que podría ser mi madre, rubia y bien vestida. No voy a pensar en mamá, apurada dejo los cafés sobre la mesa y enarco una ceja a mi jefe.

—Buenos días, ¿desea algo más Don Álvaro?

Le veo apretar los dientes y lo disfruto, como le fastidia que le llame así. Pongo mi mejor sonrisa, que no necesito forzar, con ver que está deseando lanzarme una puya y no puede por su visita, es más que suficiente.

—Nada más Victoria, retírate —responde cortante.

Como una empleada obediente que soy, cuando quiero, me despido y abandono la oficina, el resto del día transcurre sin problemas, así como el resto de la semana.

Llega el viernes y feliz salgo de la oficina, no voy tener a tener que verle la cara en unos días. Desde que he vuelto de las vacaciones está muy misterioso, por mí que haga lo que quiera, mientras no me moleste.

Este fin de semana toca elegir a Almudena y estoy deseando ver con que nos sorprende, arreglada como nunca, ni yo misma me creo que me he puesto el vestido que mis hermanas me regalaron por navidad, es negro y corto, tiene pedrería en el pecho que forman un raro símbolo, que le da un toque diferente y me encanta. Cuando Fran me ve, con taconazos y el pelo cayendo libre por mi espalda, suelta un silbido y me hace girar para apreciar bien el vestido. Asiente complacido y sin más demora nos vamos al centro.

Al llegar a nuestro punto de reunión, solo consigo ver las piernas de mis amigas bajo esos enormes abrigos, sonriendo nos abrazamos y llenamos de besos. Llevamos desde el pasado año sin vernos y hay mucho de lo que hablar. Almudena decide que quiere comer una parrillada y con sus indicaciones llegamos al restaurante. Ya acomodadas y con la carta en la mano todos procedemos a contar nuestras experiencias.

Alba ha estado en casa de sus padres, le han regalado mil cosas que no necesita y para no variar la han consentido y mimado hasta el cansancio, vamos nada nuevo. Almudena también ha visitado a sus progenitores en Navidad con la diferencia que ha huido de ellos en cuanto ha podido para regresar a Madrid, no pidió vacaciones, porque no las quería.

Fran les cuenta por encima como hemos pasado nuestra estancia en Santiago y al acabar de contar lo

bueno, miro a las chicas y suspiro.

—Carlos invitó a un amigo para fin de año y... ¿a que no adivináis el nombre del amigo?

Noto las miradas curiosas de las chicas y la sonrisa en la cara de Fran, que se limita a negar como dando a entender que nunca lo adivinarán. Almudena que no es muy paciente me anima a seguir hablando y yo le explico todo lo ocurrido en Navidad. Sus caras pasan de la incredulidad a la diversión en dos segundos y empiezan a reír como dos desquiciadas.

Miro a las mesas que nos rodean y pongo mala cara, todo el mundo nos observa, por debajo de la mesa le doy una patada a Alba que me mira mal mientras se limpia una lágrima que la risa le ha provocado, al momento vuelve a estar riéndose de mí.

Resoplo y las dos ven algo en mi cara que hace que se pongan más serias, aunque no lo suficiente como para borrar esas sonrisas estúpidas de sus caras. Como en el más absoluto silencio y al irnos al siguiente destino mis amigas me abrazan mientras caminamos por la calle.

Llegamos a la puerta de una coctelería donde vamos a tomarnos las primeras copas, y entramos ansiosas por encontrar una mesa. Es un local original, este no tiene camas pero es chulo, los asientos son bolas pequeñas y las mesas bolas más grandes, me gusta. Una vez acomodadas y con las copas en la mano brindamos por un nuevo año genial para los cuatro. Estamos tan entretenidos cotilleando de las vacaciones que no me entero cuando alguien se sienta a mi lado. Las miradas de mis amigos me indican que hay alguien y cuando me giro y le veo resoplo.

—Tiene que ser una broma...

—Victoria, ¿me extrañabas?

Cojo aire, aprieto las manos clavando las uñas en la palma y hago todo lo posible para no mandar a mi jefe a la mierda. Le miro de reojo y hago como si no estuviese ahí.

—Que maleducada señorita Salinas, con lo buena chica que es su hermana, ¿de dónde le sale esa educación a usted?

—¡¡Y a ti que te importa!! —Aprieto los dientes y miro al techo en busca de iluminación divina— no es de tu incumbencia como me educaron o dejaron de educarme y no vuelvas a compararme con mi hermana— me acerco a su cara quedando a unos centímetros su nariz de la mía—. ¿Está claro?

Él resopla y yo me doy una palmada en la espalda mentalmente, he alterado al señor inalterable. Se levanta y tras despedirse de mis amigos se va hacia una mesa alejada. Sin ser mi intención pero sin poder evitarlo, le sigo con la mirada. Cuando se sienta hay algo que me hace sentir incómoda, como si alguien me estuviese observando, busco por el local al dueño de esa mirada y al no encontrar a nadie conocido regreso a la conversación con mis amigos.

La noche transcurre como todas, la diferencia es que parece ser que mi vestido atrae a los moscones y estoy la mitad de la noche esquivando manos. ¿Por qué los hombres no entienden cuando les dices que no estás interesada?

El fin de semana lo pasamos como casi todos, metidos los cuantos en nuestra casa viendo películas hasta las tantas y comiendo palomitas hasta casi reventar. Cuando somos conscientes que al día siguiente vuelve a ser lunes cada uno se va a su casa y todos a dormir.

La semana es rutinaria total, solo se ve alterada porque mi jefe casi no me habla. El lunes no me da los buenos días, le dejo el café y salgo. El martes más de lo mismo y eso ya se me hace raro. El miércoles tiene la maldita sonrisa en su cara pero no habla. El jueves casi me gruñe cuando le dejo la bandeja con su café, por eso cuando me dicen que me ha llamado a su oficina me da un miedo terrible. Sin dejar ver mi cobardía acudo a su llamada, al entrar a su despacho me quedo congelada. La maldita sonrisa está en su cara y me hace apretar los dientes, no miro a su acompañante, nunca lo hago desde que me choqué con uno.

—¿Me ha mandado a llamar Don Álvaro?

Noto que no le gusta cómo lo llamo pero no dice nada, su sonrisa se hace más grande y eso me asusta más que si se pusiera a gritar, me dan ganas de retroceder, pero me obligo a mantenerme firme.

—Trae café Victoria y que sea rápido. —Ordena.

Asiento y me doy la vuelta, salgo casi corriendo de la oficina y mientras preparo el café me sigo diciéndome a mí misma que no pasa nada, que esa maldita sonrisa no es por nada importante, el problema es que no consigo convencerme, ya cargada con la bandeja de los cafés y los bollos, que siempre le llevo aunque no me los pida, regreso a su oficina. Al entrar su acompañante se levanta y agarra la bandeja, nuestros ojos se encuentran y me quedo bloqueada, noto como mi cara se va poniendo blanca y no soy capaz de reaccionar. ¿Qué hace de nuevo aquí?

—Victoria suelta la bandeja para que Alex pueda traerme mi café.

Como un acto reflejo retiro las manos y los cafés se tambalean. No llegan a caerse gracias a los reflejos de V perfecta que atrapa la bandeja y la deja sobre la mesa delante de Álvaro. Bajo la atenta mirada de ambos cojo aire y empiezo a recular.

—Me voy ya señor Cuesta...

—Quieta ahí, no he dicho que puedas irte.

Le miro entre aturdida y conmocionada, no entiendo porqué no me deja marcharme, él nunca quiere a nadie en su despacho cuando tiene visita, estoy tan confundida que ni soy consciente de haberle llamado señor hasta pasados unos segundos y me dan ganas de patearme a mí misma. Seguro que él se ha regodeado en esa mini victoria. ¡¡Será capullo!!

—¿Para qué me necesita?

—No he dicho que yo te necesite, ¿o sí?

Una corriente temeraria me recorre y le fulmino con la mirada. Soy muy consciente de que V perfecta nos está mirando a ambos como si asistiera a un partido de tenis y eso aún me cabrea más. Empiezo a dar golpecitos con el pie en el suelo y espero a que hable, estoy deseando salir de aquí, pero por lo visto eso no va a pasar por ahora, sé fuerte Vicky, no dejes que este desgraciado te amargue el día, cabeza alta y sobretodo que no note que estás nerviosa. En el acto paro mi pie y le encaro orgullosa.

—Pues tú dirás... —no me doy cuenta que he vuelto a hablarle como cuando estábamos en Santiago hasta que su sonrisa vuelve, me doy una bofetada mental y me aclaro la garganta, no te afecta Vicky, no te afecta—. Señor Cuesta —hasta a mí me ha sonado sarcástico ese señor.

—Yo no quiero nada, te dejo con mi acompañante —su sonrisa socarrona se hace más grande, se levanta y sale de la oficina, antes de cerrar la puerta dice— cinco minutos.

Confundida miro todo lo que me rodea para no mirarle a él, esto no me puede estar pasando a mí, sin levantar la vista del suelo intento encontrar una vía de escape, desesperada me doy cuenta de que no la hay.

En el silencio del despacho escucho que se levanta y doy un paso atrás. Se acerca y yo retrocedo, parece no gustarle eso, pues un ligero ceño marca su frente ancha, inconscientemente le recorro con la mirada, el pelo suelto casi le llega a los hombros, está alborotado como si acabase de levantarse. sus ojos dorados, ¡madre mía eso no lo recordaba! Me quedo tonta al sentir el calor que transmiten, rápidamente aparto la mirada y continúo mi expedición, sus labios carnosos que me muero por besar, ¿pero qué estás pensando loca? Nada de besar a nadie.

Aparto la mirada de sus labios y me fijo en la barba de tres días, que le da un punto sexy que... oh dios, estoy perdida. Me entran ganas de abanicarme, ¡¡que calor hace aquí!! Continúo bajando por su cuello, la camiseta blanca se ve bajo un jersey gris de lana, va tan abrigado que no logro distinguir sus músculos, pero sé que están ahí. Sigo el descenso y ahogo un gemido al llega a la zona de sus

abdominales. Me muerdo el labio al ver sus vaqueros negros que tan bien le sientan, me gustaría dar una vuelta a su alrededor, pero seguro que no es lo más apropiado. Un carraspeo me hace reaccionar, sacudo la cabeza y doy otro paso atrás, me ha pillado mirándole. Aunque tampoco es que estuviese disimulando.

Alzo la mirada y al ver su sonrisa me bloqueo. ¡Oh Dios, tiene hoyuelos! Unos dulces hoyuelos decoran sus mejillas y me quedo embobada de nuevo. Para mi eterno bochorno chasquea los dedos delante de mi cara y eso me hace reaccionar, al momento noto el calor subir por mis mejillas y me muerdo el labio inferior con saña.

—Hola, me gustaría hablar contigo.

—¿Conmigo? —Estoy tan aturdida que no sé qué decir— ¿de qué?

—De nosotros —su sonrisa me distrae, no puede haber dicho eso— Vicky, ¿me escuchas?

¡¡¡OH DIOS MÍO!!! Me quedo congelada mirándole, no sé cómo reaccionar. Me ha llamado por mi nombre, y no el que mi jefe insiste en llamarme. Oh, mi jefe, seguro que pronto volverá. Me animo a mí misma a hablar.

—No hay un nosotros, no nos conocemos, yo ni siquiera... —Serás bocazas Vicky, me reprendo a mí misma, no digas que no le recuerdas.

—Ni siquiera ¿qué? —pregunta levantado una ceja.

—Nada, déjalo estar, es lo mejor.

—No voy a dejar estar nada, he esperado meses para poder hablar contigo, lo menos que me merezco en una explicación de porqué me dejaste solo esa noche.

—Yo... —Trago saliva y busco en mi mente una excusa que sea creíble pero mi cerebro se niega a ayudarme en este momento y no sé qué decir— me desperté y no sabía... —Me callo de golpe al escuchar que la puerta se abre.

—Se acabó el tiempo, quiero recuperar mi oficina —nos interrumpe mi jefe entrando en la estancia.

Nunca creí que me alegraría tanto de verlo, pero acabo de hacerlo, si pudiera ahora mismo le daría un beso, bueno tampoco es cosa de engañar a nadie, nada de besos. Asiento a mi jefe y casi salgo corriendo de la oficina, antes de cerrar la puerta escucho un suspiro y a Álvaro preguntar cómo fue la cosa. No espero ni un segundo, salgo corriendo y me encierro en mi mini oficina.

Me escabullo en cuanto me es posible y llego a casa nerviosa, le cuento todo a Fran que no deja de abrir la boca para hablar y no decir nada. Juntos llegamos a la conclusión de que mi jefe sabe mucho y cuenta poco, quizá debería intentar sonsacarle. Claro... ¿como si eso fuese posible! A ese hombre no le obliga nadie a hacer algo que no quiere.

Al día siguiente es viernes internamente cruzo los dedos para que el capullo de mi jefe no vuelva a hacerme una encerrona, así que, suplicando a los cielos me voy a dormir.

El día pasa normal, solo hay un momento incómodo cuando entro al despacho de mi jefe, él sonrío de esa forma que me cabrea y no dice nada. Las horas pasan lentas, pero en cuanto veo que son las tres salgo de la oficina, al llegar a la boca del metro me quedo mirando un punto en el otro lado de la calle, juraría haber visto a mi padre. No me puedo creer que mi padre esté en Madrid. ¿Por qué no me ha llamado? No va a ganar el premio al mejor padre del mundo, pero si viene a Madrid al menos podría visitarme, achico los ojos para intentar asegurarme de que es él, pero como no lo logro decido cruzar la calle y ver si estoy confundida. No me fijo en nada, solo cruzo la calle y cuando estoy llegando a la acera un golpe en el costado me lanza a la carretera y me deja ahí tirada, cierro los ojos y ya no veo nada más.

Capítulo 8

El hospital

Abro los ojos, la claridad me molesta y los cierro de nuevo, intento abrir solo uno y sigue molestándome, mejor los dejo cerrados. Me concentro en los sonidos que me rodean, pitidos, pasos y voces, oigo las voces de la gente como si estuvieran lejos, intento entender lo que dicen pero es inútil.

Poco a poco vuelvo a abrir los ojos mientras lucho por acostumbrarme a la luz, miro a mi alrededor y me doy cuenta que estoy en el hospital ¿Qué me ha pasado? Paseo la vista por mi cuerpo, desde mis brazos y mis piernas para comprobar si estoy bien, veo que tengo la vía puesta en mi brazo derecho y dos bolsitas de líquidos conectados a ellas, a saber qué me están dando... Suspiro y vuelvo a mirar alrededor, estoy en una habitación donde hay otra cama al lado que está vacía. Sigo estudiando lo que me rodea y en ese momento entra alguien por la puerta, ¿qué coño? Debo de ver mal, seguro son los medicamentos que me hacen alucinar. O quizá no, porque se acerca a mí... ¿qué hace mi padre en Madrid? Un momento, yo le vi... por eso crucé la calle y por eso... Ahogo un gemido y miro fijamente a mi padre.

—Te vi... el coche...

—Shh, calla Victoria, no hables, voy a buscar al médico.

Asiento sin creermelo que mi padre esté aquí conmigo, la verdad es que nunca se preocupó de nosotras ¿por qué me viene ahora con esto? A saber... La cabeza me duele y me obligo a mí misma a dejar de darle vueltas a este asunto, ya lo haré más tarde.

Escucho pasos que se acercan y entra mi padre con el médico, el segundo se acerca a mí y empieza a mirarme los ojos, me hace preguntas estúpidas y me ordena hacer cosas más estúpidas aún. Ordena que mueva las piernas, lo hago y después muevo los dedos de los pies, los de las manos, giro el cuello... Lo dicho, un montón de cosas estúpidas. Cuando parece que ya revisó todo lo que quería se lleva a mi padre a parte y no sé qué le dice, pero él parece aliviado. El doctor se acerca de nuevo y me sonrío.

—Eres una chica afortunada Victoria, el accidente fue aparatoso pero no hay lesiones importantes. Tienes el cuerpo cubierto de abrasiones y hematomas. Hay que recalcar que no te has roto ningún hueso y no se aprecian lesiones internas, pasarás esta noche en observación y si todo está bien, mañana puedes irte a casa.

Asiento no muy convencida y le veo salir, muda miro a mi padre y con la mirada le pregunto qué demonios hace aquí, debe de entender porque me lo explica.

—Vine a Madrid por trabajo hija, iba caminando por la calle y me pareció escuchar un grito, miré y vi el accidente. Al acercarme al grupo de curiosos te vi en la carretera cubierta de sangre y... —parece que le cuesta seguir hablando, le miro curiosa, yo que pensaba que este hombre ni sentía ni padecía, las sorpresas que da la vida—. He llamado a tus hermanas, están al tanto de todo, ellas se pusieron en contacto con ese amigo tuyo tan raro que está fuera, pero bueno como veo que estás bien, me voy a ir ya.

—Claro... —y yo que pensaba que había cambiado— nos vemos papá, dile a Fran que entre porfa.

Me giro como puedo en la camilla del hospital y escucho los pasos que se alejan. Si seré ilusa... mis padres no van a cambiar.

No pasan ni dos minutos cuando escucho los pasos apresurados de Fran, una sonrisa invade mi cara al verlo, estaba preocupado pero al verme la tranquilidad se dibuja en su cara, se sienta en la silla a mi lado y empieza a contarme lo ocurrido, desde que mi padre llamó a mis hermanas y ellas lo llamaron a él.

Ha salido del trabajo antes de hora y había venido corriendo en cuanto se había enterado...

—Cuando llegué aquí pero no me dejaron verte porque tu padre estaba dentro —relata ya algo más tranquilo.

Cuando oigo la referencia a mi padre mi límite a gruñir mientras él se ríe.

—He llamado a las chicas, luego se pasarán a verte.

—Vale —respondo cansada.

—Por cierto —agrega llevándose la mano a su bolsillo— tu padre me dio tus cosas —dice mientras me entrega mi móvil.

En ese momento entra una enfermera y nos interrumpe, con paso tranquilo y una bonita sonrisa se acerca al gotero y coloca una nueva bolsita esta vez más pequeña que las otras, no sé qué me ha puesto que me quedo dormida en un parpadeo.

Cuando vuelvo a abrir los ojos mis amigas están aquí, me miran preocupadas y a la vez aliviadas de verme despertarme.

—Hola chicas —las saludo con voz cansada.

—Vaya susto nos has dado, llevas durmiendo varias horas —me cuenta Almudena—. Ya es de noche.

Pasamos un rato charlando y tratando de convencerla de que no hace falta que se queden a dormir conmigo, cuando por fin claudican se marchan a casa a descansar, cosa que no consigo con Fran que al final se queda conmigo a pasar la noche.

La noche pasa rápido para mí, eso que me ponen en la vía es como un sedante, en cuanto entra me deja KO. A la mañana siguiente llega el doctor, me revisa y tras darle indicaciones a Fran me envía a casa.

Antes de nada llamo a mis hermanas que aliviadas por escuchar mi voz me dicen que estaban buscando vuelos para venir a Madrid, las reprendo, pues me encuentro bien y les pido que no lo hagan. No sé como pero las convengo y colgada del brazo de Fran me despido de ellas y abandono el hospital.

Llegamos a nuestro piso y me instalo en el sofá, Fran se dedica en cuerpo y alma a consentirme. El médico ha dicho que una semana de reposo así que tengo que pedir la baja. De mala gana le mando un mensaje a Silvia, le pido el número de Álvaro y ella me lo envía en el momento. Me armo de valor y decido llamarle.

—Álvaro Cuesta, ¿con quién hablo? —Pregunta tan serio y educado como de costumbre.

—Hola, soy Vicky —un silencio invade la línea, seguro que se estará preguntando cómo tengo su número y por qué le llamo, cojo aire y vuelvo a hablar— le pedí tu número a mi hermana, tenía que hablar contigo. He tenido un accidente...

—¿Estás bien?

—Si... —¿Es cosa mía o eso sonó a preocupación?— Un coche me atropelló a unas calles del trabajo, me han dado el alta del hospital hoy.

—Victoria, ¿qué necesitas? —pregunta esta vez con voz de preocupación.

—¡Nada! Solo es para decirte que me han dado una semana de baja, no podré ir a trabajar, como no sabía a quién avisar me decanté por ti.

—Está bien, se lo diré a los de personal. ¿Quieres que avise a alguien?

—¿Por qué habría de querer tal cosa? Mi familia y mis amigos ya están avisados.

—Sabes que no lo digo por ellos.

Me quedo en silencio de nuevo, ¿me está preguntando si quiero que V perfecta lo sepa? Ni yo misma sé lo que quiero, pero desde luego que ese hombre me vea con esta pinta de perro apaleado no entra en mis prioridades.

—No, no quiero que avises a nadie —percibo la duda en mi voz y me reprendo por dejar entrever mi

vulnerabilidad.

—Como prefieras... —escucho su risa y frunzo el ceño— nos vemos cuando regreses al trabajo.

—Si claro... nos vemos.

Cuelgo el teléfono con la sensación de que me perdí algo en la conversación, me encojo de hombros y me paso el fin de semana dejándome mimar por Fran, Alba y Almudena. El lunes llega antes de lo que me esperaba y me quedo sola en casa. Lo bueno es que las medicinas que me recetó el doctor me dan mucho sueño y me paso casi todo el día dormida. A la hora de comer suena el timbre y con resignación me levanto del sofá, camino hasta el telefonillo y lo cojo.

—¿Quién es? —pregunto cansada.

—Alex —responden al otro lado.

—¿Quién? —Mi mundo se ha parado, no puede ser él.

—Abre la puerta Vicky —ordena con voz firme.

—No, no es una buena idea... ¿cómo sabes dónde vivo?

—Abre y te lo cuento.

—Mejor te vas y ya nos veremos por ahí, no es buena idea que subas.

—Vicky, abre la puerta, ¡ya! —Uy, ese tono es tan parecido al de Álvaro... me da cosita desobedecer, de mala gana aprieto el botón y le abro.

Me coloco el pelo lo mejor que puedo, miro mi pijama de vacas y frunzo el ceño, si no sale corriendo al verme así, nunca lo hará. Suena un golpe en la puerta y le abro, corriendo regreso al sofá y me cubro con la manta, entra con una bolsa que deja sobre la barra de la cocina y se acerca a mí. Me mira sin decir nada, yo intento esconderme más bajo las mantas pero no funciona, se acerca y se agacha en frente mío.

—Vaya susto me has dado, ¿estás bien? Menos mal que Álvaro me avisó.

—¿Qué has dicho? ¿Mi jefe bocazas te avisó? —Si ya sabía yo que este no iba a respetar mi decisión, maldito sea— le dije...

—¿No querías que viniera?

Dicho así suena mal... me callo que es mejor. Hago una mueca y él parece entender que no quiero hablar de eso, se incorpora y se va a la bolsa, empieza a sacar cosas de dentro y al olerlo sonrío, me ha traído comida.

—¿Dónde quieres comer?

—Prefiero el sofá.

—Eso está hecho.

Después de preguntarme donde puede encontrar platos y cubiertos va a la cocina, donde los llena de la comida de las cajas y los deja en la mesita de cristal que está delante del sofá. Regresa a la cocina y vuelve con los cubiertos y la bebida mientras yo no le quito ojo de encima, esto no puede estar pasando. Me mira y mira a la comida.

—Come —me ordena serio.

—No me des órdenes, lo odio.

Sonríe pero no dice nada más, menos mal... porque me quedé atontada con sus hoyuelos y por más que hablase ni me enteraría. Despacio empiezo a comer, es comida china, me ha traído pollo con almendras, como sabe que me gusta es algo que no sé, pero no me quejo de mi buena suerte. Ambos comemos en silencio, al acabar recoge todo, lava los cacharros y regresa al sofá. Me mira y no sé cómo interpretar esa mirada.

—¿Por qué estás aquí?

—¿Tú que crees? —Le miro confusa y me encojo de hombros— no es momento de tener esta conversación, descansa y ya hablaremos cuando estés bien.

—No, quiero saberlo ahora.

Él niega y se levanta, recoge la basura y se dirige a la puerta mientras le miro extrañada, ¿se va a ir así? Y tanto que si... abre la puerta y sale pero antes de cerrar se gira y me mira.

—Nos volveremos a ver. —asegura con total seguridad.

Alucinada me quedo mirando la puerta, esto no hay quien lo entienda. Suspiro y me acurruco en el sofá, me acabo de tomar las pastillas, así que, en breve estaré dormida de nuevo.

Cuando Fran entra por la puerta le cuento que Alex ha estado en casa mientras me mira con cara de tonto, al final acabamos discutiendo porque según él, Alex me gusta. Si claro, ¿cómo va a gustarme un hombre al que no conozco? Lo único que se de él es que conoce a mi jefe, que sus ojos son del color del oro y que tiene esos oblicuos tan definidos... Mierda, otra vez estoy pensando en su cuerpo.

La semana pasa sin más visitas sorpresa, mis amigos me malcrían y yo me dejo, Fran hace todo lo posible para que esté cómoda, Almudena viene todas las tardes un ratito antes de irse a trabajar, esto de ser pobres es lo que tiene... La que más tiempo pasa conmigo es Alba, se dedica a prepararme la comida, siempre me deja algo para el día siguiente, solo tengo que meterlo al micro y a comer.

El domingo me siento mucho mejor, al meterme en la cama y programar el despertador mi mente vuelve a la visita sorpresa de Alex, ya he dejado de llamarle V perfecta, algunas veces al menos. ¿Por qué habrá venido? Llevo toda la semana intentando llegar a alguna conclusión y por más vueltas que le doy siempre me quedo igual, no tengo ni idea. Me tomo las pastillas, por fin es el último día de medicación, con estas pastillas no iba a ser muy eficiente en el trabajo. A los pocos minutos noto la relajación en mis músculos, lo siguiente es que está todo negro y unos ojos dorados me saludan. He soñado con él todas las noches desde que hablamos en la oficina, sus ojos me atraen y con una sonrisa me quedo dormida.

Capítulo 9

Mi jefe

Cuando llego a la oficina el lunes todos mis compañeros me preguntan cómo estoy, me siento querida y eso me agrada. Feliz voy a mi mini oficina y al llegar la hora de llevar el café a mi jefe me armo de valor y entro a su despacho. Me espera, o eso creo, está apoyado en la mesa con los brazos cruzados, al verle tropiezo y la sonrisa vuelve a su cara, así que, nerviosa dejo la bandeja sobre su mesa y retrocedo.

—¿Quieres algo más?

—¿Qué me ofreces? —Mis ojos se abren del todo al escuchar esa voz ronca que más de una pensaría que es una insinuación— no te confundas Victoria, mi interés por ti es puramente laboral, nadie le echa azúcar a mi café además de ti.

Me sonrojo al escuchar eso, soy un poco perra y teniendo en cuenta que el jefe toma café solo sin azúcar, se sobreentiende que sabe que lo hago a propósito.

—Hoy no se lo he puesto.

—Me alegra, aunque ya casi me he acostumbrado —sonríe al decir eso, pero es una sonrisa sincera, lo que me desconcierta más aún— siéntate, vamos a hablar.

Obedezco, mientras él camina hasta su enorme silla, se sienta y me mira a los ojos. Noto que su gesto se torna serio y me preparo para lo que sea que viene.

—¿Cómo te encuentras?

—Bien, no hubo daños importantes, solo morados por todo el cuerpo.

—¿Eso quiere decir que estás al cien por cien? —Asiento no muy convencida—. ¿No hay nada que me quieras contar?

—Una cosa —dudo un momento y tras morderme el labio lo suelto— ¿por qué me preguntaste si quería que avisaras a tu amigo si después no has hecho caso de mi respuesta?

—Dudaste.

—No lo hice... —bueno, sí que lo hice, pero ese no es el caso—. Esa no es la cuestión, no quería verle.

—Pues no haberle abierto la puerta—mis ojos se estrechan al mirarle, este tío lo sabe todo... —lo llamé y le di tus señas, claro que sabía que iría a verte.

—¿Cómo es que lo sabes? —Noto el calor subir a mi cara.

—Yo estaba allí.

—¿Dónde es allí? —Esta conversación me está poniendo nerviosa, es como estar esperando que un tigre se abalance sobre mí y me arranque la cabeza.

—No quieras saberlo —asegura.

—Claro que quiero saberlo, ¡habla! —Parece que no le ha gustado mi tono, me da igual, ahora quiero una explicación.

—¿De qué conoces a Alex? —pregunta desviando el tema.

—Eso no es cosa tuya... —respondo incomoda.

—Sí que lo es —asegura— yo estaba allí esa noche.

Mierda, mierda y más mierda. ¡Esto no puede estar pasando! Me muerdo el labio tan fuerte que casi me hago sangre, le miro incrédula y esa sonrisa socarrona vuelve a estar ahí, condenado capullo, así que, por eso se reía.

—Me da igual lo que creas saber, no tiene nada que ver con mi trabajo.

—Cierto, pero yo no creo saber, yo sé —afirma con esa seguridad que le caracteriza.

—¿Algo más? —Espero a que me dé permiso para irme, pero eso no ocurre—. ¿Qué quieres de mí?

—pregunto ya cansada de esta situación.

—Yo nada.

—Entonces... ¿por qué estoy aquí?

—Quiero invitarte a comer —antes de que diga nada levanta una mano y me manda callar, frunzo el ceño y espero a ver qué va a decir— tu hermana me ha pedido que te cuide hasta que estés bien y para ello tenemos que establecer unas normas, bueno, más bien una, no voy a hablar sobre mi vida personal.

—No necesito que me cuiden —me cruzo de brazos, a tozuda no me ganan ni los burros.

—Claro que sí, eres un desastre Victoria. Hoy al salir de trabajar nos vemos en el vestíbulo —me ordena muy serio— No intentes escaquearte.

Resoplo, me levanto y salgo del despacho, maldita sea, ¿por qué se mete mi hermana en mi vida? Regreso a mi mini oficina y me invento mil excusas para no ir a comer con mi jefe, pero todas son patéticas. Maldita sea mi suerte, llega la hora de salir y de mala gana recojo mis cosas, camino hasta el ascensor y ahí le veo, esperando para bajar. Adiós a mi última oportunidad de irme sin que me vea.

Le sigo por la calla hasta un restaurante cercano, donde entramos y nos guían a una mesa, después de sentarnos nos entregan la carta. Que me deja ensimismada, con los precios de la comida, con lo que cuesta uno de estos como yo toda la semana. Busco lo más barato y al llegar la camarera el capullo de Álvaro pide por los dos, y yo preocupada por elegir mi comida. Resoplo y murmuro.

—Odio los machos dominantes, sé decidir por mí misma.

—No sabes lo que estás diciendo.

Alzo una ceja y le veo sonreír, capullo. Me encojo de hombros y espero a que la camarera nos sirva las bebidas, cuando se aleja le miro.

—Tú dirás.

—No vas a ponérmelo fácil, ¿verdad? —pregunta con tono burlón.

—Claro que no, habla.

—Está bien, te recuerdo de la noche que pasé con unos amigos en la discoteca, ya sabes dónde te digo —asiento y espero que continúe— cuanto te vi en la oficina no caí en que eras la misma, hasta hace un mes ni se me habría pasado por la cabeza.

—¿Qué fue lo que pasó?

—Alex te vio.

—Oh... —una buena forma sí— solo fue una noche, no entiendo a qué viene todo esto... —sigue diciéndotelo a ti misma a ver si te lo crees— como si tú no te liaras con una diferente cada noche, no por ello las llevas a comer y les cuentas tu vida, ¿o sí?

—No se trata de mí, es Alex.

—Yo no le veo por ningún lado, cuando quiera hablar con él lo haré —aunque no sé cómo, no tengo la menor idea de cómo localizarle— no voy a darte explicaciones a ti.

—No pretendo eso.

—Lo parece —le miro mientras ambos estamos callados, parece que quiere decirme algo y no se atreve— ¿qué?

—Nada, solo quería darte esto —estira la mano sobre la mesa y me da un papel, lo abro y trato de disimular mi sorpresa, es el número de Alex— llámalo.

—Sí claro, hoy al llegar a casa lo hago —el tono sarcástico no le pasa desapercibida, me mira serio pero no dice nada— ¿le has dado mi número a él?

—No, ¿quieres que lo hago? —Mierdam ahí está la sonrisade nuevo, niego y su sonrisa se amplía— lo tendré en cuenta.

La camarera llega con la comida y el tema cambia rotundamente, no más Alex, gracias a Dios. Nos pasamos el resto de la comida hablando de mi hermana, de mi cuñado y mi sobrino. Al final tengo que admitir que sí que son amigos, parece saber todo sobre ellos.

Nos tomamos un café y cuando salimos del restaurante es de noche, el invierno y sus muy cortas tardes es lo que tienen. Insiste en llevarme a casa en coche y resignada asiento, caminamos hasta un garaje cercano a la oficina, ahí dentro guarda su BMW. No entiendo mucho de coches, pero este parece caro. Tiene los asientos de piel y está impecable, ¿cómo no? Es el coche de un obseso del control. Me siento y salimos a las atestadas calles de Madrid, y aún a pesar del caótico tráfico de la capital, en media hora después estoy entrando por la puerta de mi edificio.

Capítulo 10

Alex

Al entrar en casa lo primero que hago es guardar el número de Alex en mi móvil. Accedo al WhatsApp y le busco, indecisa de si escribirle o no, dejo el móvil sobre la barra de la cocina y voy a buscar a Fran a su cuarto, segura de que el podrá ayudarme.

Entro en su habitación sin llamar y me cubro la cara con las manos lo más rápido que puedo, esta escena no se borrará de mis retinas en mucho tiempo. No se ven todos los días a dos hombres sexys desnudos en la cama, y aunque ver a Fran es como ver a mi hermano, no estoy ciega y sé apreciar un buen espécimen cuando lo veo.

—Lo siento, no sabía que tenías compañía... yo... me voy —me disculpo abochornada.

Me doy la vuelta y salgo corriendo de ahí, de camino a mi dormitorio recojo mi móvil, cierro la puerta y me tumbo en la cama. No sé qué pensará el pobre Miguel de mí, pero la culpa es suya por dejar la puerta abierta, para eso están los pestillos. Cojo mi iPod y me pongo los auriculares, sin estar muy segura de lo que voy a hacer entro al WhatsApp y le escribo a Alex.

Vicky: Hola, soy Vicky, Álvaro me dio tu número

Alex: Que sorpresa, hola Vicky, ¿cómo estas?

Vicky: Bien, ¿y tú?

Alex: Deseando verte

Vaya, a eso le llamo yo ser directo, ¿que se supone que le digo ahora? Miro el móvil concentrada como si él tuviese todas las respuestas y suspiro.

Vicky: Si quieres nos vemos el viernes

Alex: Claro, dime donde

Vicky: Si no te importa conocer a mis amigos nos vemos en cocktail

Alex: Ese es la de las bolas ¿no?

Vicky: Ese mismo, ¿allí a las 12?

Alex: Perfecto, nos vemos allí, besos

Vicky: Hasta el viernes

Dejo el móvil cargando sobre la mesilla y giro sobre mi misma, selecciono lista de reproducción para dormir y cierro los ojos. La canción, otra vez la canción, es como una señal del destino, o lo sería si creyese en esas cosas. Cierro los ojos y me quedo dormida.

La semana va bien, noto a Álvaro amable, cierto que eso es raro, pero lo que no logre mi hermana... Por las noches intercambio algún mensaje con Alex, totalmente inofensivos y que no me aclaran nada, esquiva todas las preguntas de índole personal que le hago, pero aún así me hace pensar en él todo el día. Como si no lo hiciese igual...

Fran está completamente absorbido por Miguel y a mí me gusta verle tan contento. Hablamos todos los días, así como con Alba y Almudena, todos saben que el viernes van a ver a V perfecta, ya sé que no debería llamarle así, pero es que no puedo evitar recordar como estaba allí acostado... Vicky céntrate que te vas a las nubes.

Cuando por fin llega el viernes estoy tan nerviosa que no se ni qué ropa ponerme. Si me arreglo mucho parecerá que voy pidiendo guerra, si no lo hago parecerá que no me importa, por Dios... ¡Qué complicado es esto de las citas! Fran, como buen amigo que es acude en mi ayuda, saca de mi armario el

vestido negro, el que me regalaron mis hermanas, me guiña un ojo y lo deja sobre mi cama. Yo sonrío y me voy a la ducha, ¿qué haría yo sin él? Mientras me peino y maquillo no dejo de imaginarme a Alex, seguro que no está tan nervioso. ¿Los hombres se ponen nerviosos con las citas? Me obligo a mí misma a dejar de pensar en él y agarrada al brazo de Fran salimos a la calle. Esta va a ser una gran noche.

Llegamos al restaurante, hemos quedado allí, para no estar esperando en la calle con el frío que hace en enero. Alba y Almudena están acomodadas y nosotros ocupamos nuestros lugares. Durante la comida me acibillan a preguntas sobre Alex, la mayoría no se las puedo responder, pero espero que ellas mismas se las hagan a él y así de paso me entero yo.

Desvío el tema de conversación a Miguel, Fran ha quedado con él en el mismo sitio que yo con Alex, esta noche vamos a ser muchos por lo visto. Cenamos y vamos al Cocktail, ese local que nos gusta tanto y además, ahí me espera Alex.

Al entrar me quedo congelada, en una mesa hay dos hombre muy sexys, entre ellos reconozco a Alex, le recorro con la mirada y casi se me cae la baba. Lleva unos vaqueros desgastados y una camisa blanca con las mangas enrolladas que se le ajusta a sus perfectos músculos. Me muerdo el labio y le doy otro repaso, a su lado en el sofá veo su chaqueta de piel y me relamo sin dejar de mirarle ¿está para comérselo! Mi mirada va a su acompañante, lleva vaqueros también y una camisa negra, sus mangas enrolladas dejan entrever unos tatuajes, oh mierda... esos tatuajes me son conocidos. Le miro a la cara y cierro los ojos, seguro estoy teniendo visiones, vuelvo a abrirlos y ahí sigue, es mi jefe.

Alex y... Álvaro. ¿Qué he hecho yo para merecer esto? Bufo y camino hacia ellos, ambos se levantan y saludan a mis amigos, Alex se presenta y cuando viene hacia mí le sonrío, la sonrisa se queda congelada cuando sus labios se rozan con los míos, ¿acaba de besarme? Vaya... eso no me lo esperaba. Me lo quedo mirando, él gira la cabeza y me sonrío.

No sé cómo reaccionar, siento una mano que tira de mí, me giro y veo que Fran que me indica que me siente, y así lo hago y acabo sentada entre Fran y Alex. Mis amigas me miran sin disimular su sorpresa y yo no tengo forma de explicarme, agarro el móvil y escribo en nuestro grupo.

Vicky: ¿Me ha besado o lo he soñado?

Almudena: Claro que te besó, guarra mentirosa

Almudena siempre tan amable...

Vuelvo a guardar mi móvil y miro a mi jefe, ¿qué hace él aquí? Como si sintiera mi mirada, se gira y me guiña un ojo. Alucinada por la situación en la que me encuentro agacho la mirada y espero a que el camarero traiga las bebidas, que bien sabe Dios que me hace falta algo fuerte. Me quedo ensimismada cuando noto que alguien roza mi cuello para apartar mi pelo.

—¿Estás bien? —susurra su voz en mi oído.

—Claro —miro a Alex y noto el calor subir por mi cara, me acerco a él para que nadie nos escuche y le respondo al oído—. ¿Qué hace Álvaro aquí?

—Insistió en venir —mi cara debe de reflejar mi incredulidad que se apura a añadir— yo le invité.

—Aclárate, ¿le invitaste o se autoinvitó?

—Está bien, yo lo invité —reconoce.

—¿Por qué? —pregunto algo molesta.

—¿Por qué no?

—Vale, lo que sea...

—¿Te molesta?

—No, pero es mi jefe, se me hace raro —confieso bajo su atenta mirada.

—Ah —responde secamente— ¿no tendrías una relación con tu jefe?

—Nunca me lo he planteado, supongo que no —noto como su gesto se torna sombrío— ¿todo bien?

—Sí, todo perfecto —no suena muy creíble, pero lo dejo correr.

Nos tomamos un par de copas más y nos vamos a la misma discoteca donde seis meses antes conocí a Alex y donde yo había rechazado volver unas cien veces por lo menos. No es que tuviese miedo de encontrarle allí, es solo que... ¿por qué volver al lugar donde sufrí un ataque de locura transitoria?

Álvaro paga las entradas, para no perder costumbre él ordena y los demás obedecen, después de anunciar claramente que él paga con esa voz autoritaria que le caracteriza, nadie se atreve a llevarle la contraria. Entramos a la discoteca y nos vamos directos a la zona Vip, sí, eso es lo que pasa cuando vas con Álvaro Cuesta de fiesta, te tratan mejor. Nos acomodamos en unos sofás muy blandos, tras unos pocos minutos de charla, llegan las bebidas y todos brindamos. Alba y Almudena se llevan a Álvaro a bailar y Fran se va con Miguel a quien sabe dónde, así que, nos quedamos los dos solos.

Siento su mano en mi pierna, le miro y me muerdo el labio, él se toma eso como una invitación y se acerca a mí, noto sus labios calientes sobre los míos, la punta de su lengua roza mi labio inferior como pidiendo permiso, me acerco más a él y dejo que mi lengua salga a buscar la suya al mismo tiempo que rodeo su cuello con mis brazos. Se siente increíble estar así pegada a él, sus manos rodean mi cintura y me sientan en su regazo, asustada interrumpo el beso y le miro, sus ojos desprenden deseo, tanto que me hace sentir acalorada en el momento. Estiro mi brazo y agarro mi copa, de un trago la vacío y le vuelvo a besar.

Un carraspeo nos interrumpe, alzo la mirada y me encuentro la sonrisa socarrona de mi jefe, hago una mueca y de un salto regreso al sofá. Busco a mis amigas y al verlas tras Álvaro las agarro de la mano y me las llevo a bailar.

No volvemos a besarnos en toda la noche, cuando ya doy la cita por perdida el DJ pone una canción lenta, estaba bailando con mis amigas y ellas desaparecen. Resignada voy a volver al reservado cuando unas manos me agarran la cintura, doy un respingo y fulmino con la mirada a “manos largas” por encima de mi hombro, o esa era mi intención. Mi mirada se traba en la de Alex, me giro entre sus brazos y pegados bailamos *All of me de John Legend*.

Me pego a él mientras coloco mis manos en su nuca, enredo mis dedos en su pelo y me mezo al ritmo lento de la canción. Él me acerca más a su cuerpo, nuestros pechos se tocan, el roce hace que mis pezones se ericen, abochornada apoyo la cabeza en su hombro y espero que no lo note. Sus manos están apoyadas en mi cadera, me aprieta contra él y noto algo, ¿eso no será lo que yo creo que es? Sigo bailando y a cada roce lo noto más duro, definitivamente es lo que yo creo que es. Sonrío con suficiencia, no soy la única a la que le afecta esta cercanía. La canción termina y ambos salimos de la burbuja al mismo tiempo, nos miramos y sin importar nada más nos besamos. Con ganas, como si no hubiese un mañana, su lengua invade mi boca y yo me dejo llevar. Me aprieto contra él, descarada hago rodar mis caderas contra su erección, separa sus labios de los míos y sisea. Con mi mano derecha le rodeo la cintura y con la izquierda enredada en su pelo lo acerco a mí de nuevo, no quiero perder la oportunidad de revivir esto.

Sus ojos brillan de deseo contenido que nubla toda mi capacidad de pensar, agarra mi mano y tira de mí hacia el reservado, sin esperar a nadie agarra nuestras cosas y me saca de la discoteca, creo que no necesito avisar a nadie, mis amigas me dijeron que iba a acabar así, por más que yo lo negué, las muy brujas tenían razón. No puedo resistirme a Alex.

Capítulo 11

Juntos

En la salida de la discoteca para un taxi, le da una dirección y pegada a él veo las calles pasar por la ventanilla. Una sensación de *déjà vu* me invade, miro a Alex que está concentrado en su móvil, vuelvo a mirar por la ventana y un estremecimiento me recorre.

Alex tira de mí cuando el taxi se para, abre la puerta, salgo y le acompaño, esta vez no estamos en un hotel, miro el edificio y le miro a él.

—¿Dónde estamos? —pregunto extrañada.

—En mi casa.

Me quedo muda y le sigo al interior del edificio, subimos en el ascensor y le miro.

—¿Vives solo?

—No, con mi hermano.

—No sabía que tenías un hermano...

—Hay muchas cosas que no sabes de mí.

—No eres un asesino ¿verdad? —Inquieta me remuevo, no entiendo qué me pasa, yo quiero estar con él, se acerca a mí y pasa su pulgar por mis labios.

—Tranquila, no tengo intención de matarte, solo de dejarte inconsciente —confiesa con voz seductora.

Mis ojos se abren por la sorpresa y él sonrío, los hoyuelos invaden sus mejillas y me sonrojo, me pongo de puntillas, agarro su chaqueta y tiro de él hacia mí, nuestros labios casi se tocan, noto su aliento cálido sobre ellos y le susurro.

—¿No vas a besarme?

—Puedes hacerlo tú.

Tiene razón, saco la lengua y la deslizo despacio por su labio inferior, después por el superior y de nuevo la meto en mi boca.

—Mmm sabes bien —murmullo saboreando su sabor.

Noto que va a decir algo cuando las puertas del ascensor se abren y le interrumpen. Agarra mi mano y tira de mí hacia la única puerta que hay en esta planta, qué raro, me parecía un edificio grande. Todas mis dudas se aclaran al dar un paso dentro de su casa, esto no es un piso, es un campo de fútbol. Miro a mi alrededor y voy girando, tengo que estar soñando, no hay pisos así en Madrid, bueno, claro que los hay pero solo los tienen los ricos. Vuelvo a mirar a Alex y susurro.

—¿Quién eres tú? —pregunto extrañada llevada por la curiosidad.

—¿Realmente quieres que hablemos de eso ahora? —Niego con la cabeza y él vuelve a sonreír—, ¿quieres una copa?

—No, creo que ya he bebido bastante esta vez quiero acordarme de... —Me tapo la boca apurada por lo que acabo de decir y noto como me sonrojo— no quise decir... ¡¡oh mierda!! —exclamo abochornada.

—¿Me estás diciendo que no recuerdas lo que pasó entre nosotros? —Me siento incapaz de hablar, solo asiento y bajo la mirada— eso es un duro golpe para mi ego.

—Yo... había bebido mucho, no... esto es un desastre, mejor me voy.

Camino hacia la puerta decidida a dejar mi bochorno atrás y buscar un taxi que me lleve a casa. Cuando la voy a abrir unas manos que ya reconozco como las de Alex me agarran desde atrás.

—¿Dónde vas? —pregunta pegado a mi oído.

—Esto es muy embarazoso, yo no...

No puedo hablar más porque su boca me lo impide, se ha pegado a mí, haciéndome callar de la manera más dulce que existe. Nos besamos lento, nuestras lenguas se enredan y mis manos cobran vida, suben por sus brazos y acaban en su nuca de nuevo, agarrando ese pelo que tantas veces me imaginé enredado entre mis dedos. Detiene el beso y apoya su frente en la mía, me mira y sonrío.

—Quizás sería buena idea ir a mi habitación, no vaya a volver mi hermano y nos encuentre en el salón haciendo... —Coloco la mano sobre su boca y me río.

—Vamos —respondo con voz cargada de deseo.

Tira de mí y juntos entramos a un dormitorio totalmente masculino, se nota que un decorador es el responsable de tan exquisita demostración de buen gusto. Es un espacio tan impersonal que me desagrada, ¡decorador seguro! No me imagino a Alex combinando colores y texturas. No me da tiempo a fijarme en nada más, me guía hacia la enorme cama, se sienta y me coloca de pie entre sus piernas.

—Me encantas Vicky.

Yo me muerdo el labio al escuchar el deseo contenido en esas tres palabras. Alex levanta una mano y agarra el borde de mi vestido, cuela los dedos por debajo y acaricia mi muslo cubierto por las medias. Se aventura más arriba y sus ojos brillan al encontrar mi piel, acaba de descubrir mi ligero. Como no estaba segura de poder resistirme a él me vestí acorde a la situación. Sonrío y como no soy una mujer sumisa le empujo, Alex queda acostado en la cama y me mira deseando ver qué voy a hacer. Me separo de él, le guiño un ojo y le doy la espalda, como si nada me agacho a su lado y le susurro.

—Necesito ayuda con esto, ¿podrías bajarla? —Le pido con voz seductora.

Sus dedos rozan mi espalda y el aire acaricia mi piel, la piel que él va descubriendo. Cuando la cremallera está abierta me incorporo y me separo de él. Con una mano sujeto mi vestido para que no se caiga y le encaro. Su mirada arde, sé que está deseando asumir el control de la situación, pero eso no va a pasar, le lanzo un beso y casualmente dejo caer mi vestido, me quedo ante él con mis zapatos de tacón, el sujetador, el tanga y el ligero. Su mirada se hace aún más intensa, camino hasta donde está sentado y me siento a horcajadas sobre él.

—¿Te gusta lo que ves?

—No, no me gusta, me encanta.

Sonriendo agarro sus mejillas y muerdo su labio inferior, su mirada dorada me hace sentir mucho calor y estoy deseando que me recorra con algo más que con ella. Como si entendiera lo que necesito sus manos pasean por mis muslos, llegan a las finas tiras de mi tanga y enreda los dedos en él. Meneo las caderas y me rozo contra esa dureza, que a ambos nos hace gemir y volvemos a besarnos.

Mis manos recorren su pecho y al encontrar el borde de su camiseta la agarro y se la saco por la cabeza, así estamos piel contra piel. Subo mis curiosas manos por su pecho y atrapo sus pezones entre mis dedos índice y pulgar y tiro de los dos a la vez. Ese gemido me encanta y para demostrárselo vuelvo a rotar las caderas. Alex interrumpe el beso y me mira como si llevase una semana sin comer y yo fuese su plato favorito, hace alarde de su fuerza y nos gira en la cama, acabo yo debajo y él, entre mis piernas, encima.

Vuelvo a enredar mi mano en su pelo y acerco su boca a la mía, nos devoramos, nuestras lenguas se pelean y se reconcilian mientras nosotros sentimos el mayor placer que uno puede dar al otro. Bajo mis manos por su espalda y al llegar a la cintura del pantalón gruño, se ríe y se incorpora. Delante de mí se desabrocha el cinturón, se abre el pantalón y se lo baja. Mi cerebro no procesa que se ha quedado en bóxers, estoy obnubilada con esa V perfecta que yo tan bien recordaba. Como en un sueño estiro la mano y recorro esos músculos, los acaricio de arriba a abajo y al volver a subir lo raspo con mis uñas, escucho

un gemido y estoy segura de que ese no ha sido mío. Alzo la mirada y me dejo caer hacia atrás, con el dedo le hago señas para que se una a mí y así lo hace.

Sus manos ascienden desde mis tobillos, pasan por mis rodillas y continúan por mis muslos mientras siento cómo se me eriza la piel a su paso. Un ligero tirón en cada pierna avisa que las ligas han sido liberadas y sigue subiendo. Al llegar a mi ropa interior engancha sus dedos y tira hacia abajo, deslizando el diminuto trozo de satén por mis piernas. Repite las caricias ascendentes y esta vez cuele un dedo bajo las medias y hace círculos. Como todo un experto baja la fina seda poco a poco y la va enrollando. El tacto de sus dedos combinados con la seda hace que me remueva, su mano en mi cadera me lo impide.

Le miro y sonrío como un pirata, se agacha y deja un camino de besos por mi muslo. Me muerdo el labio para no gemir y observo como retira el ligero de mi cuerpo. Coloca sus manos en mis tobillos y me obliga a abrir las piernas, me sonrojo al ser consciente de la vista que eso le va a proporcionar pero no me quejo. Lo veo relamerse y vuelvo a removerme. Gimo y me mira. Sus ojos dorados descienden hasta mi sujetador, la única prenda que sigue cubriendo mi piel. Se acerca lentamente a mí y se queda suspendido sobre mi cara, alza una ceja y sonrío, quiere que sea yo quien le bese y eso hago. Me incorporo sobre mis antebrazos y me elevo para besarle, pero cuál es mi sorpresa al sentir su mano en mi espalda y que mi sujetador ha sido abierto. Gimo al sentir sus manos deslizarse por mis brazos para retirar la prenda, me dejo caer y le complazco.

Ya me tiene como quería desde un principio, desnuda y en su cama. Le observo ponerse de pie y deslizar su bóxer por sus piernas, trago saliva al ver su erección y aparto la mirada. Lo siento sobre mí, asciende rozando su cuerpo con el mío y cubriéndolo por completo. Le observo y me dejo hacer. Encaja sus caderas contra las mías, su pecho sobre el mío y sus manos agarran las mías. No puedo evitar gemir al sentirme tan unida a él.

Me besa, lentamente y sus manos se pasean por todo mi cuerpo, noto que abre mis piernas y se encaja mejor entre ellas. Gimo y me retuerzo, ya debería estar dentro de mí y todo lo que hace es acariciarme y acariciarme.

—¿Qué estás esperando? —Le suplico deseosa de él.

No me responde y vuelvo a removerme, su erección roza mi clítoris y me estremezco. Lo necesito ya, pero no parece dispuesto a tomar la iniciativa. ¿Qué puedo decir? Intenté ser buena. Pillándole por sorpresa intercambio nuestras posiciones, estoy a horcajadas sobre el hombre más sexy que jamás he visto. Sonrío y voy acercándome a su boca.

—Demasiado lento, ahora me toca a mí.

Ahoga un gemido al sentir el roce de nuestros sexos y yo sonrío. Me inclino para besarle, cuando ya rozo sus labios me desvío y muerdo el lóbulo de su oreja, desciendo dejando un camino de besos desde su cuello, atrapo un pezón entre mis dientes y tiro de él, me voy al otro y lo lamo. Continúo bajando por sus abdominales, están como los recordaba, marcados pero no en exceso. Me relamo antes de pasar mi lengua entre las onzas de su tableta ligeramente definida, desciendo hasta su ombligo e introduzco la lengua en él. Escucharle gemir me hace sentir bien, inconscientemente murmuro sobre su piel.

—A por mi V perfecta.

Lo escucho reír y lo ignoro, muerdo ligeramente sus oblicuos y deslizo la lengua por esa V que marca el camino a la felicidad. Antes de que pueda llegar allí me encuentro otra vez sobre mi espalda con Alex a un suspiro de mis labios.

—¿Qué has dicho de mi V? —pregunta sonriendo.

Me sonrojo y niego, agarro su nuca y atrapo sus labios con un beso que nos hace olvidar todo a los dos. Enrosco mis piernas en sus caderas y me froto contra su miembro, dice algo que no logro entender entre beso y beso, me separo y espero a que lo repita.

—Protección.

Lo suelto para que vaya a ponerse el preservativo y le observo mientras lo hace, ¡madre mía! Eso no lo vi aquella noche, o quizá si lo hice pero no lo recuerdo. Ya está de regreso, se coloca entre mis piernas y sin darme tiempo a volver a sentir su calor, lo siento dentro de mí, muy dentro y de una sola estocada. Gimo y clavo mis uñas en sus hombros, le acerco y atrapo sus labios con los míos. Nuestras lenguas se enredan en una batalla que imita los movimientos de nuestras caderas. Me separo ligeramente de él para respirar y aprovecha para levantar una de mis piernas y ponerla sobre su hombro. Al sentirle más adentro grito, sus caderas no se detienen ante nada, mantienen un ritmo castigador al que las mías corresponden.

Noto que Alex aprieta la mandíbula y acelera sus embestidas, la mano que agarra mi pierna se desliza hacia abajo y acaba sobre mi clítoris. Un simple roce me lleva al borde del orgasmo, grito su nombre y repite el movimiento, mis músculos internos aprietan su miembro y le escucho gemir. Mi orgasmo es brutal, noto que se hunde con fuerza una vez más, hasta el fondo, y se deja caer sobre mi cuerpo. Su respiración acelerada contrasta con la mía, ambos estamos impresionados por lo que acaba de pasar. Sale de mi cuerpo, saca el preservativo y se tumba a mi lado, me abraza y me siento totalmente laxa entre sus brazos. No sé cómo ocurre, pero me quedo dormida, ¡¡¡otra vez!!!

Capítulo 12

La realidad

Un ruido me despierta, ¿qué es eso? Me estiro en la cama y la noto fría, se está bien aquí y no quiero levantarme. Me doy la vuelta y ese ruido vuelve a molestarme, parece un móvil, dado que el mío no suena así ni me molesto. Escucho pasos y el ruido sigue, puede que sea el de Miguel, seguro está con Fran. Gruño y entreabro los ojos. ¿Dónde estoy?

Me incorporo en la cama y los recuerdos de la noche llegan a mí en avalancha, me dejo caer de nuevo y me abrazo a la almohada de Alex, mmm que bien huele. Escucho de nuevo el ruido y espero en el más absoluto silencio, Alex acaba de contestar al teléfono y yo intento escuchar, por si me entero de algo.

—Hola cariño —una pausa, es obvio que Alex está hablando por teléfono— he pasado la noche en el piso, por eso no estoy ahí —eso suena a dar explicaciones, despacio me levanto y me acerco a la puerta — no pequeña, todavía no voy, te veo a mediodía y comemos juntos —ostras, se quiere deshacer de mí, me separo de la puerta y empiezo a vestirme, me voy antes de que me eche— claro que te echo de menos, siempre te extraño, ya lo sabes —será cabrón, niego y sin hacer ruido me cierro la cremallera del vestido, parezco malabarista, que mal se me dan estas cosas— ¿quieres que te lleve un regalo? —El silencio se prolonga y yo con los zapatos en la mano le miro desde la puerta, está sentado en el sofá, cojo aire y tras divisar mi chaqueta al lado de la puerta salgo— pide una sola cosa, ¿los bombones o el peluche? —Me despido con la mano y llego a la puerta, su mirada se estrecha sobre mí y sin dejar entrever mi malestar la abro— tengo que hacer una cosa urgente, te veo dentro de unas horas, te quiero.

Me apuro a salir, cerrar la puerta y llamar al ascensor. Esas dos últimas palabras se me han clavado como una espina. Me muerdo el labio y alterno mi mirada de la puerta del piso a las puertas del ascensor.

—Ábrete por favor, ábrete —murmuro suplicando a las puertas.

Como si escuchara mis ruegos las puertas se abren y me lanzo a su interior, pulso el botón de la planta baja al mismo tiempo que escucho abrirse la del piso. Pulso repetidas veces el botón y las puertas se cierran en el momento exacto que Alex aparece delante de mí, solo me da tiempo a decir adiós. Me apoyo en la pared espejada del ascensor y en mi cabeza da vueltas la conversación que acabo de escuchar. Me niego a llorar, es solo un polvo de una noche, no me afecta. Venga ya, no me voy a mentir a mí misma, me cabrea que me haya utilizado, pero nunca pregunté si tenía novia, me lo tengo merecido.

Las puertas se abren y salgo sin mirar a la vez que alguien entra, choco con el duro pecho de alguien, alzo la mirada y me quedo muda, ¿este hombre me está acosando o que narices pasa?

—Perdón, estaba distraída.

—Ya lo veo, buenos días Vicky.

Mis ojos se abren mucho y le miro sin entender en que momento nuestra relación ha cambiado, ¿mi jefe acaba de llamarme Vicky?

—Tranquila Victoria, solo quería probar como suena, ¿te vas?

Asiento muda y salgo del ascensor, mejor me pongo en movimiento, no vaya a ser que Alex decida bajar por las escaleras e inventarse alguna excusa.

—Parece que no estás muy habladora por las mañanas, ¿será que no te han dejado satisfecha?

Mi cara se pone de todos los colores y yo lo veo en el espejo del ascensor, ¿qué le pasa a este hombre? ¿Por qué me dice estas cosas? Aturrullada empiezo a retroceder y sin pararme más, no está bien tentar al destino con estas cosas, me despido con la mano y me voy corriendo. La cara de Álvaro me

desconcierta, pero más lo hace su presencia.

En el metro de camino a casa no dejo de darle vueltas, ¿qué hace mi jefe en la casa de mi... lo que sea? Bueno, son amigos, quizá fue a visitarlo. No, no creo, Álvaro sabía que yo estaba ahí... No dejo de machacarme con esto, si por un momento desvío mi atención a la conversación que escuché en el piso, me desmoronaré. No quiero llorar, es más, no voy a llorar. Yo por ese tío no siento nada, nada de nada. Vale que está muy bueno, que tiene unos ojos preciosos, que me encanta como baila, como besa me lleva al paraíso y... ¡¡Que no!! Que no puede gustarme, que tiene novia.

Llego a casa y como un rayo me voy a la ducha, necesito quitarme todo rastro de su olor, de sus manos... no quiero nada que me recuerde a él en mi cuerpo. Abro el agua, y aunque sale fría pero no me importa, solo quiero lavarme este desengaño que cubre mi piel. El agua me da en la cara y se mezcla con unas gotas que salen de mis ojos, no estoy llorando, es que se me ha metido algo en el ojo. Sí, es champú, bueno champú no que aún no me he enjabonado, pero es algo que se ha metido en los ojos. No estoy llorando por ese desgraciado, que tiene novia y no se lo merece. O quizá si lo haga... Apoyo la cabeza contra la pared de azulejos y dejo que mi malestar corra por mi cara y que el agua de la ducha se lo lleve. Solo me permitiré hacer esto hoy. ¡¡¡Nunca más!!!

Media hora después salgo del cuarto de baño enrollada en una toalla y me voy a mi cuarto, me visto y voy a buscar a Fran. Por precaución llamo a la puerta, con una vez de verles en todo su esplendor fue suficiente, me dan permiso para entrar y me los encuentro a los dos sentados en la cama, tienen toda la pinta de acabar de darse los buenos días. Sonrío forzada y me acerco a ellos, me siento en la cama y le hago un puchero a Fran, al verme abre los brazos y me lanzo a ellos necesitada. Le cuento todo, o casi todo, no le voy a dar detalles de lo que hice ayer. Su mano acaricia mi espalda y no dice nada, parece que la noticia lo ha dejado tan impactado con a mí, ¿quién iba a imaginar que tenía novia? Me obligo a ser una mujer y dejar de comportarme como una niña. Doy un beso a Fran y otro a Miguel, que el pobre ha tenido que aguantar mi neurosis bien que se lo merece, me despido de ellos y me voy al salón, se acabó V perfecta. Para siempre.

Mi móvil que no está para nada de acuerdo conmigo, suena, lo miro sobre la mesita del salón y lo ignoro, es la quinta llamada de Alex, además de los mensajes que me ha enviado y que ni he mirado. Sigo concentrada en la película, o al menos lo intento, hace poco escuché risas de nuevo en el cuarto de Fran, parece ser que hoy Miguel se va a quedar con nosotros.

Pasada una hora sale la parejita, ambos llevan ropa de Fran, les miro y sonrío. Ellos me ven y caminan hasta el sofá, me incorporo y les dejo sitio. Entre los tres decidimos pedir algo de comer al chino y descansar.

Pasan dos horas y llegan las chicas, es sábado y toca sesión de cine. Les cuento la conversación que escuché de Alex y su novia, Almudena amenaza con arrancarle sus partes nobles y no puedo evitar sonreír, ¿qué haría yo sin mis amigas? Alba dice que los hombres perfectos no existen y que este lo parecía, que deberíamos de haber desconfiado. Ponemos las películas y nos abstraemos de todo.

Por la noche, antes de pedir la pizza para la cena, suena el timbre. Miro a Fran, Miguel, Alba y Almudena.

—¿Esperas a alguien Fran? —Él niega y frunzo el ceño— ve a ver quién es y si es para mí no estoy.

Fran se levanta y camina hasta el telefonillo que no deja de atronar en el silencioso piso, lo levanta y sin dejar de mirarme responde.

—¿Quién es?

No escucho la respuesta pero la intuyo al ver su cara, Alex está aquí. Niego para reafirmarme en mi decisión de no verle y el asiente.

—Vicky no está, no sé cuándo va a volver —le veo apretar los dientes y me preocupo— claro que no

puedes subir, estoy con mi pareja y a no ser que quieras hacer un trío, no eres bienvenido.

Mis amigas se cubren la boca para que sus risas no se escuchen y Miguel se sonroja hasta la raíz del pelo, que tierno se ve. Yo me muerdo el labio y espero a que lo despache para intentar hacer de nuevo como que no me importa.

—Ya te he dicho que no está, si no te contesta el teléfono será que está ocupada. Llámala mañana. Y si me disculpas, tengo que volver a mi cama, donde me espera un hombre muy sexy. Ya nos veremos.

Le ha dejado con la palabra en la boca. Ahogo una carcajada al imaginarme su cara, me muerdo al labio y sonrío ampliamente, lo que no se le ocurra a mi amigo, no se le ocurre a nadie. Intento no reírme por la situación, pero es inevitable, mis amigas están rodando por el suelo agarrándose el estómago de tanto reír y acabo uniéndome a ellas. El pobre Miguel ahora está aún más rojo y Fran camina orgulloso hasta él, le planta un beso y se sienta como si nada.

—¿Seguimos con la peli? —pregunta como si no hubiera pasado nada.

Todos estallamos en carcajadas, hemos aplazado el encuentro, pero no sé porque me da que sólo he ganado tiempo. El sábado acaba y el domingo vuela, mis amigos no me dejan ni a sol ni a sombra, parece que piensan que me voy a romper. Maldita sea, no estoy enamorada de ese idiota. Solo nos acostamos una noche, bueno dos, pero eso no quiere decir que sienta nada por él. Me molesta que tenga novia, claro que sí, me ha utilizado para ponerle los cuernos a la pobre chica, pero no le quiero. Me niego a hacer tal cosa.

Pero la sorpresa llega el domingo por la noche antes de irse mis amigas, Almudena deja caer una bomba tan grande que todos la miramos confundidos e intrigados.

—¿Te has acostado con mi jefe? No me lo puedo creer, si es Don soy el amo y tu limpias mis zapatos —pregunto incrédula.

—No seas exagerada Vicky, es un poco mandón, pero no veas como se mueve —alza ambas cejas varias veces y yo me congelo— y esa voz mientras está... —Le tapo la boca.

—Demasiada información. ¡¡¡¡Es mi jefe!!!!

—¿Y qué? Los jefes también follan y si encima lo hace bien, mejor que mejor.

—¿Quién eres tú y qué has hecho con mi amiga?

Todos se ríen, miro a Alba que se encoge de hombros. Esto no puede estar pasando, mañana cuando le vea la cara a mi jefe voy a recordar esta conversación y va a ser de lo más bochornoso. La voz de Fran interrumpe mis pensamientos.

—¿Es tan mandón en la cama como fuera? —pregunta riendo.

Me cubro los oídos y niego, si con imaginarme a mi hermana y mi cuñado jugando con esposas no era suficiente ahora he de imaginarme a mi amiga y mi jefe.

—Más —responde escuetamente.

Una sola palabra y ya me he traumatizado, miro a Almudena sin creerme lo que escucho y espero a que se explique. Sé que lo hará aunque no deseo saberlo, mis amigos si quieren y ella les va a complacer, seguro.

—Está bien— empieza a enumerar con los dedos a la vez que habla y yo me sonrojo un poco más con cada palabra— me ató las manos, me cubrió los ojos, me dio algún que otro azote y acabamos follando como conejos. Claro está, sin que yo le tocara a él, esto de los amos no está tan mal. Nunca había tenido tantos orgasmos en una misma noche.

—¿En serio? —Mi cara debe de ser un poema pues todos me miran y se ríen— es mi jefe, ¿cómo hago para mirarle mañana a la cara y no recordar esta conversación?

Todos me miran de nuevo y vuelven a reírse, resoplo indignada al ser consciente que se ríen de mí y me voy a mi cuarto. Mañana va a ser un día muy largo.

Capítulo 13

Mi otro jefe

Llega el temido lunes, ha habido un retraso en el metro y llego tarde al trabajo, espero que nadie se dé cuenta. Entro corriendo al vestíbulo y me cuelo en el ascensor lleno de gente, al llegar a la planta de la oficina salgo y camino hacia mi mini mesa, veo a todos los empleados revolucionados pero no hago caso, tengo que llevarle el café a Álvaro pronto o se dará cuenta que he llegado tarde. Corriendo dejo las cosas y voy a prepararlo, llego unos minutos más tarde de la hora habitual a su despacho, toco a la puerta y cruzo los dedos para que no me sermonee. Ante su orden de entrar paso y le dejo la bandeja sobre la mesa.

—Buenos días Álvaro —como está solo no le hablo de usted, que se le sube a la cabeza, me mira y enarca una ceja— ¿necesitas algo más?

—Llegas tarde —oh venga ya, ¿cómo puede saberlo? Solo son unos minutos— ¿todo bien?

—Sí, problemas en el metro, si no necesitas nada me voy a hacer mi trabajo.

—Espera —se levanta y camina hasta donde estoy, se apoya en la mesa y se cruza de brazos, esta postura es de soy el jefe y tienes que obedecerme, pongo los ojos en blanco y espero que hable—. Esta mañana a primera hora hubo una reunión de personal, yo la convoqué para presentar a mi socio. Él no venía mucho por aquí antes, pero eso va a cambiar. Ha decidido retomar su vida y con ello va a asumir sus responsabilidades en la empresa.

—Perfecto —no entiendo porqué me explica esto, dudo que a los demás le diese tanta información.

—Su oficina es la que está al lado de la mía, la que está siempre cerrada —asiento, se cual dice, todos se preguntaban por qué nunca la usaban, ahora seguro que ya lo han entendido, me obligo a prestar atención a lo que me dice— cuando me traigas café a mí, se lo llevas también a él. Hoy no, solo estuvo por la mañana para conocer al personal, ya se ha ido, lo harás a partir de mañana.

—Bien, ¿alguna otra cosa? —Al mirarle a la cara me viene un flash de la conversación con Almudena y me sonrojo, oh mierda, si ya sabía yo que esto iba a pasar, tartamudeo— ¿o pu...pu... puedo irme ya?

Me mira con esa sonrisa de nuevo y casi me atrevo a pensar que se está regodeando. Entrecierra los ojos y habla con esa voz que me eriza la piel, esa de soy el amo que tanto ha gustado a mi amiga y a mí me da escalofríos.

—¿Todo bien Victoria?

—Si claro, todo perfecto —noto que me sonrojo y retrocedo un paso— me voy ya, me alegro de verte bien, es decir... no importa, me voy.

Salgo de su oficina con el sonido de su risa de fondo, el muy capullo se estaba riendo de mí. Regreso a mi mini mesa y tras clasificar el correo voy a donde Marga que me da las tareas para el día. Muerta de curiosidad le pregunto por el otro jefe.

—¿Cómo es el nuevo Marga? —pregunto muerta de la curiosidad.

—Parece un niño —sonríe y me mira— debe de tener tu edad, va despeinado, y si yo tuviese treinta años menos me lo tiraría.

Oh, eso ha sido raro, asiento y me despido con la mano, me ha dejado muda, y yo que pensaba que Marga era algo así como una ameba, asexual completamente. Voy a lavarme los oídos con lejía, no voy a recuperarme jamás de imaginarme a Marga en esa situación. Me estremezco y regreso a mi trabajo.

Se me va la mañana entre informes y para cuando miro el reloj es hora de irme a casa, así que, recojo

mis cosas y salgo de la oficina.

Cuando llego al ascensor me encuentro a Álvaro, le saludo y por no hablar con él reviso mi móvil, sigo sin leer los mensajes de Alex, mejor así, escribo en el grupo de mis amigas que tengo otro jefe y que mañana le conoceré, nadie responde y me guardo el móvil. Al alzar la vista me encuentro con el gesto serio de mi jefe.

—Pensaba que se te había estropeado el móvil —agrega algo molesto.

—¿Por qué ibas a pensar algo así?

—Como no respondes a las llamadas —me sonrojo y miro el indicador de los pisos, con la mirada lo amenazo para que vaya más rápido— ¿todo bien Victoria?

—Claro, todo perfecto —no pienso dejar que me avergüence, le miro a la cara y sonrío maliciosa— ¿cómo fue tú viernes? —Disfruto de ese momento de desconcierto en sus ojos y vuelvo a respirar al escuchar el pitido que avisa que se abren las puertas—. Nos vemos mañana.

—Hasta mañana.

Salgo del edificio y me dirijo a la parada del metro, la sonrisa en mi cara no se ha borrado, he desconcertado a Álvaro. Tengo ganas de ponerme a bailar para celebrarlo, pero dudo mucho que los demás pasajeros del metro lo supieran apreciar. Llego a casa y me paso la tarde obligándome a no pensar en Alex.

Llego corriendo a la oficina una vez más, en todo el tiempo que llevo trabajando aquí nunca he llegado tarde y esta semana van dos malditos días seguidos. Miro el reloj, por lo menos hoy no llego tan tarde, son solo unos minutos. El ascensor se abre y como una exhalación entro, al llegar a la oficina me bajo y corro hasta mi mini mesa. Bien, solo llego cinco minutos tarde, no pasa nada.

—Victoria —es la voz de Marga— el jefe te llama a su oficina.

—Ya voy —respondo frenética.

Salgo corriendo a la oficina de Álvaro y toco a la puerta nerviosa y entro, me paro frente a su mesa, me mira curioso y espero. Alza una ceja y yo sigo esperando. Una llamada en la puerta nos interrumpe, es Marga.

—No te llama este jefe Victoria, es el nuevo.

—Ah, perdón Don Álvaro, no me acostumbro a tener dos jefes.

La sonrisa socarrona de Álvaro me da miedo, más aún cuando se levanta y me acompaña a la puerta, despide a Marga con un gesto y llama a la puerta de la oficina del otro jefe. Desconfiada le miro pero no digo nada, un murmullo nos da permiso para entrar y mirando de reojo a Álvaro abro la puerta. Miro al frente y me quedo congelada, no puede ser. Miro a mi jefe y de nuevo al nuevo jefe, esto tiene que ser una broma. La sonrisa de Álvaro me confirma que estoy viendo bien y que mi nuevo jefe no es otro que Alex.

Un Alex serio y vestido de traje nos mira desde una silla enorme detrás de una mesa más grande aún. Oh rayos, le queda bien ese traje negro con la camisa blanca, me muerdo el labio al ver su pelo recogido en una coleta. Está para comérselo. ¿Cómo puede estar tan bueno?

Resignada cojo aire y me acerco a la mesa, ignoro la presencia de Álvaro que pasa a mi lado y se sienta en una de las sillas. Sus ojos dorados me devuelven la mirada, serios, me obligo a mí misma a hablar y sobre todo a no dejar entrever mi incomodidad.

—Buenos días, ¿en qué puedo ayudarle?

—Buenos días —saluda serio— quiero que recojas tus cosas, tienes una hora. Cuando hayas acabado vuelves aquí.

Asiento y retrocedo despacio. ¿Acaba de despedirme? Me muerdo el labio y me obligo a no llorar, camino hasta mi mesa y ahí encima hay una caja. Mierda, lo tenía todo planeado, ¿qué se supone que voy

a hacer ahora? Guardo las pocas cosas que tengo en mi mini mesa en la caja, me siento en la silla y me quedo ensimismada mirando la pared. Minutos después agarro mi chaqueta y mi bolso, los pongo dentro de la misma caja y miro el reloj. Me sobra media hora, me doy la vuelta y corro hacia el servicio. Me encierro y dejo a las lágrimas correr, ¡¡me ha despedido!!

Paso unos minutos procesando lo que esto significa para mí, tengo ahorros, puedo pasar algunos meses sin trabajar. Mañana mismo iré a llevar mi curriculum por todo Madrid, esto no es el fin del mundo. Me echo agua en la cara para borrar los rastros de las lágrimas y me seco despacio. Vuelvo a mi mini mesa recordando los buenos momentos que pasé en la oficina, voy a extrañar a mis compañeros y aunque ni yo misma me lo creo, también a Álvaro. Cargo con la caja con mis cosas y regreso a la oficina de mi nuevo jefe, toco a la puerta.

—Pase —escucho desde dentro, y armándome de valor, entro.

—Ya está todo —agrego mirando la caja que cargo entre las manos— ¿qué quieres? —Estamos solos y técnicamente ya no es mi jefe, acaba de despedirme, a la mierda tratarlo de usted.

—Deja la caja y siéntate —me ordena serio.

—Eso no va a pasar, habla rápido o me voy —respondo rezando por contener las lágrimas.

—He dicho que dejes la caja y te sientes, soy tu jefe, procura no olvidarlo.

Rechino los dientes y dejo la caja en una silla, me dejo caer en la otra y le fulmino con la mirada. Como si pudiese olvidar que es mi jefe, será capullo, lo está disfrutando.

—A partir de hoy serás mi secretaria.

—¿Qué has dicho? —pregunto incrédula removiéndome en la silla— ¿no vas a despedirme?

—¿Por qué tendría que despedirte? Si no quieres tener nada conmigo fuera el trabajo puedo entenderlo aunque no esté de acuerdo, no voy a despedirte por eso.

—Oh... —confundida escucho en lo que consistirá mi trabajo a partir de hoy, voy a ser como su sombra, joder esto va a ser una tortura— bien, ¿dónde dejo mis cosas?

—En la entrada, hay una puerta que da a otra oficina que no se usa, es la tuya.

Asiento y vuelvo a cargar con la caja, estoy tan confundida que mi cerebro aún no ha procesado esto, acaban de ascenderme a secretaria de dirección. ¡No me lo puedo creer! Salgo de la oficina y entro a la mía, me encanta, tiene ventana y la mesa no es una miniatura. Dejo la caja y me pongo a bailar alrededor de la mesa, estoy tan distraída que cuando la puerta se abre no me entero. Un carraspeo me avisa que tengo compañía. Me paro y me aliso la ropa lo mejor que puedo.

—Disculpa Álvaro, no te esperaba, ¿puedo hacer algo por ti? —pregunto avergonzada.

—Quiero mi café todas las mañanas, nadie lo prepara como tú. —Me pide educadamente.

—Sin problema —y yo que pensaba que le molestaba que le echase azúcar.

No dice nada más, sale de mi oficina y yo cierro la puerta, no bailo de nuevo por si me vuelven a pillar, pero voy corriendo a por mí móvil, entro al grupo y les cuento las novedades a mis amigos. Mi vida acaba de cambiar, espero que sea para bien.

Capítulo 14

Más sorpresas

La primera semana es de adaptación, el cambio en mis responsabilidades así como la presencia continua de Alex me tiene un poco desquiciada, pero logro llegar al viernes sin incidentes. El fin de semana es un borrón y ni cuenta me doy de cómo, pero es lunes de nuevo.

Entro a la oficina y voy directa a mi despacho, no me creo como ha cambiado mi situación laboral. El ascenso incluye una nómina bastante más inflada y muchas más responsabilidades, es como un reconocimiento por mi trabajo, aunque en el fondo sé que este puesto lo tengo por haberme acostado con mi jefe, me gusta decirme a mí misma que es porque valoran mi trabajo.

La mañana está siendo más tranquila de lo normal, hoy Alex tiene varias reuniones fuera de la empresa y no le he visto todavía. Llega la hora del café y voy a preparárselo a Álvaro, ahora que lo veo más parece que nos entendemos mejor. Ya no sé qué pensar de nada, esta empresa es un caos desde que Alex llegó, se pasa las horas gritando a todos, gruñe y protesta por todo, pobres de los subordinados que creíamos que Álvaro era un mal jefe. Con la cara de niño bueno que tiene Alex y es peor que él. Ahora sabemos que las cosas siempre pueden empeorar.

Llamo a la puerta y entro con la bandeja, la dejo sobre su mesa y espero. Desde que soy la secretaria de Alex, cuando le traigo el café nos pasamos unos minutos hablando. Es raro, lo sé, pero de no haber sido por la comprensión de Álvaro, y me repito al decir que ya sé que esto es raro, creo que ya le habría lanzado algo a la cabeza a Alex. Me trata con indiferencia, no me mira cuando me habla y la mayoría de las veces no me contesta a las preguntas. Así es que, acudo a Álvaro con mis dudas o a su secretaria, Eva es muy maja y me ayuda en todo.

—¿Aún no ha llegado? —Niego, no es necesario que me diga el nombre, me señala la silla y me siento— ¿quieres un café?

—No gracias —vaya, esto es nuevo, nunca me invita a que tome café con él.

—¿Cómo lo llevas?

—Hoy bien, aún no le he visto por lo que no me ha echado la bronca por nada.

—No lo tomes como algo personal, es muy perfeccionista —veo la sonrisa en su cara y niego, hay cosas que no cambian.

—¿Lo conoces bien? —Su mirada se clava en la mía y me hace remover inquieta— deja, no respondas, es curiosidad.

—De toda la vida.

—Oh... Él parece más joven que tú... —¿Por qué he dicho eso? Me cubro la cara con las manos avergonzada— no me hagas caso, debería irme.

—Es diez años más joven que yo.

Me quedo pensando, eso da las cuentas que yo eché, uno treinta y el otro cuarenta, más o menos. No sé la edad de ninguno, nunca se me ocurrió preguntar eso a Alex. Realmente no sé casi nada de él, cuando le hacía una pregunta personal la esquivaba. Debí haber desconfiado. Voy a hablar cuando la puerta se abre, doy un respingo al ver a mí otro jefe en la puerta, tiene cara de pocos amigos y me está mirando a mí. Trago saliva y me levanto, pongo mi mejor cara de disculpa a Álvaro y salgo de su despacho hacia el mío. Alex me sigue, entra detrás mi y después de cerrar la puerta cierra la puerta, me encara y muy serio me gruñe.

—¿Desde cuando eres tan amiguita de mi hermano? —pregunta molesto.

Me quedo congelada ¿ha dicho hermano? ¿Eso significa que Álvaro es su hermano? La vida de este hombre es una maldita incógnita para mí. Mi mente va a la mañana que me encontré a Álvaro al salir del ascensor, por eso estaba allí, es su casa. No dejo de dar vueltas a todas las conversaciones que he tenido con ambos, nunca ninguno mencionó que eran hermanos. Seguro entendí mal y no es él. Otro gruñido me saca de mi mutismo.

—Te he hecho una pregunta —insiste aún más cabreado.

—¿Quién es tu hermano? —pregunto haciéndome la despistada.

Me mira como si me hubiesen salido cuernos y tuviese la cara verde, me encojo de hombros y espero la respuesta.

—Álvaro es mi hermano mayor, creí que lo sabías.

—Sí claro, es que soy adivina, no te fastidia. ¿Por qué tendría que saber eso? Tú nunca lo has mencionado y desde luego él tampoco.

—Responde a mi pregunta.

—¿Qué quieres que te diga? Desde que tú no haces más que gritar y gruñir por todo, él me parece el jefe bueno.

Su cara me dice que no entiende de qué le hablo, miro al cielo pidiendo paciencia y me pongo las manos en las caderas.

—¿Necesita algo jefe o puedo volver a mi trabajo? —Y de paso asimilar que eres el hermano de mi otro jefe.

—Yo no te grito y menos aún te gruño —acaba la frase casi gruñendo.

—¿Y cómo se llama eso que acabas de hacer? —Enarco una ceja al más puro estilo Álvaro y espero.

—No me provoques Vicky...

Ha dicho mi nombre, desde que soy su secretaria nunca me ha llamado por mi nombre. Me muerdo el labio y le recorro con la mirada, se me acaba de pasar todo el cabreo. Está guapísimo. Lleva un traje gris antracita que le queda como un guante y la camisa blanca con dos botones abiertos, mi mirada va a ese trozo de piel y trago saliva. Es una tentación con patas este hombre. Decidida a no sucumbir a ella, me armo de valor y respondo.

—Yo no te provocho, si no quieres nada más, por favor, déjame sola.

No dice nada, da media vuelta y se va. El portazo resuena en toda la planta, pero no me importa. Camino hasta mi silla y me despatarro en ella, lo que hay que aguantar. Agarro mi móvil y les suelto la bomba a mis amigos, las caras de susto llenan la pantalla de mi iPhone. Mi vida es una acumulación de sorpresas.

Trabajo lo que queda de mañana y cuando llega la hora de irme camino hasta la oficina de Álvaro, toco a la puerta y me da permiso para entrar. Voy hasta donde está, metiendo las cosas en su maletín y miro alrededor. No hay moros en la costa.

—¿Te importaría si comemos juntos? Hay algo de lo que quiero hablar contigo.

—Claro, vamos.

Juntos caminamos hasta el ascensor y en silencio bajamos hasta el vestíbulo, vamos al mismo restaurante de la otra vez, no me ha preguntado, solo ha caminado hacia allí y yo le he seguido. Nos asignan la misma mesa que la otra vez, curioso detalle, sonrío a la camarera y ya ni me molesto en mirar la carta, sé que va a pedir por los dos. Cuando estamos solos le miro.

—¿Por qué no me dijiste que sois hermanos? —pregunto algo molesta.

—No sabía que tenía que darte explicaciones de mi vida personal.

—No seas exagerado, no se trata de eso... pudiste habérmelo dicho una de las mil veces que me

hablaste de él. ¿Por qué no lo hiciste?

Se me queda mirando y cuando abre la boca para responder un gruñido a mi espalda le hace callar, me estremezco al reconocerlo. Me giro en la silla y al ver a Alex detrás de mi suspiro.

—¿Cuánto tiempo llevas ahí? —De reojo miro a Álvaro y él levanta las manos como disculpándose.

—No mucho, había quedado con mi hermano para comer, la pregunta es ¿qué haces tú aquí?

Me giro de nuevo en la silla y pido paciencia a quien sea que la reparte, alterno mi mirada de uno a otro y resoplo.

—Yo mejor me voy —muevo la silla y hago intento de levantarme, hasta que una mano en mi hombro me lo impide.

—Tú te quedas —la voz de Alex en mi oído hace que se me erice la piel— ¿qué está pasando hermano?

—Nada, ella quería hablar conmigo y la invité a comer. ¿No puedo? —El tono de Álvaro me dice que aquí pasa algo que yo no sé.

—Habías quedado conmigo —noto que se tensa y su mirada es dura y fría— pero ya me voy y os dejo solos, no quiero molestar.

—No seas estúpido y siéntate, he pedido para los tres —¡Lo mato! ¡A este yo lo mato! Será desgraciado... ¡Que esto es una encerrona!

—Se me ha quitado el hambre —me apresuro a intentar levantarme y la mano vuelve a impedirlo— y las ganas de hablar, mejor me voy.

—De aquí no se va nadie —Álvaro y su tono de mando me dan miedo, de mala gana asiento y me quedo quieta.

La tensión se puede cortar con un cuchillo, estamos los tres mirándonos como depredadores a sus presas. Alex se sienta en medio de los dos y así nos quedamos los tres, callados y esperando la comida. Los minutos pasan y nadie dice nada. La camarera llega con los platos, al irse agarro mi tenedor y remuevo mis macarrones sin probarlos. Alex ni siquiera agarra el tenedor, tiene la mandíbula tan apretada que me da miedo que se le rompa. Álvaro resopla y empieza a comer, nos mira y ordena.

—Comed, se va a enfriar —los dos le miramos mal y nos ignora— dejad de comportaros como niños, que ya no lo sois.

Avergonzada por sus palabras empiezo a picotear de mi plato, un macarrón tras otro voy haciendo más grande el nudo que tengo en mi estómago, solo espero no vomitar. Poco a poco el ambiente parece que se va relajando y Álvaro me mira.

—Ahora voy a responder a tu pregunta —asiento y dejo el tenedor en la mesa—. Él me pidió que no lo hiciera —señala a su hermano y yo le fulmino con la mirada.

—Y yo que pensaba que las ordenes las dabas tú —un amago de sonrisa parece en su cara y ambos miramos a Alex— ¿me puedes explicar por qué no me lo habías dicho?

—Dijiste que no tendrías nada con tu jefe —se encoge de hombros— supongo que ya da igual.

—Serás... —estúpido, egoísta, desgraciado, capullo— manipulador... todo este tiempo has estado viéndome la cara de tonta. Y yo... —Me callo y los miro a los dos, ni loca dejo entrever el daño que esto me hace— espero que haya merecido la pena, no quiero volver a saber nada de ninguno de los dos, mañana presentaré mi renuncia.

No les doy tiempo a decir nada, me levanto y salgo del restaurante. Corriendo voy a la parada del metro, me subo al primero que viene y tras un transbordo por equivocarme de tren llego a mi casa.

Capítulo 15

Confesiones

En cuanto Fran entra por la puerta me abalanzo sobre él, le cuento lo sucedido y le explico que he renunciado a mi trabajo. No dice nada, solo me abraza y como siempre me apoya, está siendo un día complicado y no creo que vaya a mejorar. Mi teléfono ha sonado unas veinte veces, llamadas de Alex y Álvaro, ¿quién me iba a decir a mí que los hermanos Cuesta insistirían para hablar conmigo? Sobre la mesa el teléfono vuelve a sonar y veo la cara de Silvia en la pantalla, resoplo y de mala gana contesto.

—Hola hermanita, ¿cómo te va?

—Hola Vicky, ¿todo bien?

—Claro, ¿por qué lo dices? —En el fondo sé que esta llamada es cosa de Álvaro, a ver cuánto tarda en descubrirse.

—Por nada —empieza a contarme cosas de Santi y sonrío al saber de sus nuevas travesuras, llevamos diez minutos al teléfono y ella sigue enrollándose, cansada resoplo y la paro.

—¿Vas a decirme para que me has llamado o te cuelgo? —Suelto ya cuando mi paciencia se ha agotado.

—Está bien, no hace falta que te pongas así. Álvaro acaba de hablar con Carlos, está preocupado por ti.

—Sí claro —me da la risa al escucharla, seguro no sabe de la misa la mitad— ¿qué te ha contado?

—Que has dejado el trabajo.

—¿Nada más? —Será capullo, encima voy a quedar como una desagradecida...

—No, ¿hay más? —pregunta inquieta.

—No, solo diferencias irreconciliables, no voy a volver a trabajar para él.

—Deberías volver —ambas nos quedamos calladas—. ¿Es por Alex? —pregunta de sopetón.

—¿Qué pasa con él?

—Es tu jefe también, ¿has tenido problemas con él?

—Silvia... ¿tú sabías que son hermanos?

—Por supuesto, ambos estuvieron en nuestra boda, son amigos de Carlos.

—Claro, se me había olvidado. Si me disculpas Silvia, mañana hablamos, tengo muchas cosas que hacer.

Corto la llamada y me tumbo sobre la cama. La indignación se me sale por los poros. Ahora resulta que yo soy la única que no sabía que estos dos son hermanos, cabreada me pongo el pijama y me meto en la cama. Mañana tengo que ir a la oficina por última vez.

Llego temprano como tenía planeado y aún no han llegado ninguno de los dos. Perfecto, esa era mi intención. Enciendo mi ordenador y redacto mi renuncia. Se la envío a los dos a sus correos y apago el ordenador. Busco la caja que hace poco usé para traer mis cosas aquí y que guardé en una de las puertas del armario y la lleno con mis cosas por segunda vez. Escucho pasos apresurados y deduzco que son los hermanitos. Los ignoro y acabo de recoger mis cosas, dejo la caja sobre la mesa y voy a hablar con Álvaro.

Llego a su puerta y los gritos me dejan inmóvil, nunca les había escuchado discutir. Llamo a la puerta y el silencio invade la oficina, escucho un gruñido y entro. Ambos me miran, cierro la puerta y me apoyo en ella.

—Vengo a despedirme. Acabo de enviar mi renuncia, a los dos —abren la boca para empezar a hablar y levanto una mano— no voy a cambiar de opinión.

—Si no quieres ser mi secretaria puedes volver a tu antiguo puesto, lo que sea, pero no te vayas.

Asesino a Alex con la mirada y niego, es demasiado tarde. Los miro a ambos y al verlos juntos puedo apreciar el parecido, siempre tuve la verdad delante de mí y no la quise ver.

—Victoria, piénsalo bien. Recuerda la promesa que le hice a tu hermana, no me hagas faltar a mi palabra.

La mirada de Alex va de su hermano a mí y vuelve a él. Se le ve desconcertado, en momentos así me recuerda al Alex que tanto me gusta, ese al que no puedo evitar mirar y querer besar. Agito la cabeza para sacudir la estupidez supina que me invade y me encojo de hombros.

—Ya te dije en su momento que no necesito que me cuides. Silvia puede pensar lo que quiera. Por cierto, te agradecería que no le des reporte de cada paso que doy —me quedo callada y le miro decidida— aunque a partir de hoy no vas a tener nada que contar, porque no vas a volver a verme.

—¿Silvia te llamó? —pregunta confundido.

—Ayer por la noche —parece sorprendido— no hagas como que no sabías nada, ya vale de mentiras.

Alex mira de uno al otro aún más confundido que antes. Casi podría jurar que no está entendiendo nada. Me cruzo de brazos y le miro.

—Aquí tu hermanito pasó Fin de Año en casa de mi hermana, desde entonces entrega reporte de todo lo que hago a mi familia. Ya no digamos desde el accidente... Cuando regresé a la empresa tenía protector y yo ni lo sabía —el sarcasmo se hace más fuerte con cada palabra de mi discurso— ¿o estoy mintiendo queridísimo Álvaro?

—No exageres, yo solo hice lo que Carlos me pidió, cuidar a su cuñada.

Alex se planta en medio de los dos, nos mira confundido y gruñe. Oh Dios, ese sonido ha sonado tan erótico que pierdo el hilo de mis pensamientos.

—¿Por qué no empezamos desde el principio? ¿Eres hermana de Silvia?

—Sí —ruedo los ojos— ¿no te lo había contado tu hermanito?

—No, él solo me envió fotos tuyas con un vestido rojo, en ningún momento me dijo quién eras.

Me quedo mirándolos a los dos, estoy tan alucinada que no doy crédito. El muy capullo me sacó fotos y se las envió a su hermano. Me lo cargo.

—¿Quién coño te crees para enviar fotos mías a nadie?

—Ya está bien —Álvaro interviene y señala las sillas— tomad asiento y hablemos como personas civilizadas.

Ambos obedecemos de mala gana, separo la silla de la suya al máximo y me siento. Los dos le miramos a la espera de que nos explique muchas cosas. Él con aire cansado se pasa las manos por el pelo y se recuesta en su silla.

—Desde el principio, que así sea. Hace ocho meses, cuando os fuisteis juntos de la discoteca nadie dio mayor importancia a ese hecho, para mí era lo más normal, pero no, mi hermanito se puso como loco porque la chica se le escapó —clava su mirada en mí y me sonrojo—. No teníamos forma de localizarla y lo único que podíamos hacer era volver a esa discoteca como dos imbéciles, pero tú nunca apareciste.

Hace una pausa y nos deja a ambos asimilar sus palabras, no voy a confirmar sus sospechas de que no volví por no encontrarlo. Ni muerta admitiría eso.

—Hace dos meses te reconoció, salimos del ascensor y tú entrabas, casi le tuve que arrastrar para que no se dejase a sí mismo en ridículo.

Casi sonrío al ver las mejillas de Alex coloradas, casi, me niego a sonreír después de todo lo que ha pasado. Me cruzo de brazos y espero a que continúe.

—Ese día tramamos la mejor forma para el reencuentro, por eso te cité en mi oficina, pero nada salió como esperaba —frunce el ceño y me mira mal— después llego la Navidad y tú desapareciste.

—No desaparecí, estaba de vacaciones.

—Lo que sea, te fuiste y para mi desgracia te encontré en casa de Carlos. Menudos días me hiciste pasar... —Sonríe al recordar y yo hago un mohín.

—Peor lo pasé yo, no me esperaba tener a mi jefe en las vacaciones con la familia y menos que seas tan amiguito de mi cuñado.

Los dos se ríen al escucharme y yo frunzo el ceño. No le veo la gracia. Los fulmino con la mirada y me ignoran.

—Cuando bajaste las escaleras con aquel vestido no pude evitar hacer rabiar a mi hermano, te saqué una foto y se la envíe. Para su desgracia ignoré mi teléfono por el resto de la noche. Al día siguiente cuando por fin me digné en responder a sus insistentes preguntas llegaste tú y te sentaste en el sofá.

—Oh recuerdo eso, me extrañé de que sonrieras, nunca lo haces, excepto cuando me veías a mí... y ahora entiendo la razón —me muerdo de ganas de levantarme y darle una patada en la entrepierna pero me muerdo el labio y espero que siga.

—Le envíe otra foto, no le dije nada más. Ese día desapareciste y no volví a verte hasta el día siguiente antes de irme, por cierto, ¿estabas bailando en la cocina, sin música y en pijama?

Noto como se me sonrojan las mejillas y asiento, me muerdo el labio y le miro, sé que esto no le va a gustar.

—Estaba celebrado que te ibas —respondo sonriendo.

La risa de Alex irrumpe en la oficina y los dos le miramos, es el primer sonido que emite, ya casi parecía que estábamos solos. Mirarle es un error, tiene los hoyuelos marcados, me mira con curiosidad y un acaloramiento me recorre. Me clavo las uñas en las palmas de las manos y me obligo a apartar la mirada.

—Lo que vino después, ya lo sabes, os visteis. El atropello y posterior convalecencia, el inútil de mi hermano en su visita no fue capaz de adelantar nada. Así que, al final tuve que intervenir. Lo demás es historia.

—Hay algo que no entiendo, ¿en qué momento decidisteis que ocultar que erais hermanos era una buena idea?

—Cuando me dijiste que no saldrías con tu jefe —Alex interviene por fin y es para callarme la boca, pongo los ojos en blanco y refunfuño.

—Te dije muy claro que nunca me lo había planteado, mi jefe aquí presente —señalo a Álvaro— es mandón y yo detesto que me den órdenes, ¿cómo crees que se me iba a ocurrir siquiera tener una relación o lo que sea con él?

Ambos me miran sonriendo y ruedo los ojos. Como ya está todo aclarado me levanto y empiezo a separarme de la mesa.

—¿Dónde vas? —Ruge Álvaro.

—Me voy, está todo claro pero mi decisión no ha cambiado.

—Vuelve a sentarte Victoria, no me obligues a perseguirte —ese maldito tono hace que se me erice la piel y de mala gana regreso a mi silla — ahora explícame tú, ¿por qué tanta prisa por huir de mi casa aquella mañana?

—Esto... —Me he vuelto a sonrojar, me miro los pies y pienso alguna excusa, pero no se me ocurre nada, a mi lado Alex carraspea y me obligo a levantar la cabeza—. Escuché una conversación telefónica y me sentí mal, decidí irme.

Álvaro se levanta y nos mira a los dos, pasa al lado de su hermano y le suelta un pescozón.

—Arréglalo —es todo lo que dice antes de dejarnos solos.

Capítulo 16

Clara

Alex gira su silla de forma que quede enfrente de la mía, está serio, siento que lo que va a decir va a cambiarlo todo. Le miro a los ojos y cometo el mayor error de mi vida, están tristes, desolados. Todo ese calor que me transmiten siempre, hoy ha desaparecido, extiendo mi mano y agarro la suya. Es una forma de animarlo a que hable.

—Hace poco más de tres años viví el mejor y el peor día de mi vida —se detiene para coger aire y yo espero sin soltar su mano—. Soy padre de una niña preciosa, Clara. Ella nació el mismo día que su madre murió.

Siento un nudo en la garganta, quiero decirle que no hace falta que me explique nada, pero no quiero más secretos.

—Nunca hablo a nadie de ella, es mi niña, no un juguete para que las tías que pasan por mi cama jueguen a ser mamás.

Me lo quedo mirando y algo en su tono, o quizá sus palabras, me hace retirar la mano de la suya, es como si me estuviese diciendo que eso sería lo que yo haría. Me pongo serio y él lo nota, pero no hace nada por remediarlo.

—No es como si hubiese muchas mujeres, después de la muerte de Sonia no quise tener nada serio con nadie.

—¿Cómo... Cómo murió?

—Accidente de coche, esa tarde discutimos y ella salió alterada, no se fijó en un cruce y otro coche la golpeó, le dio de lleno. Ingresó en el hospital casi al borde de la muerte, los médicos lograron sacar a Clara, aún era pronto pero logró sobrevivir, solo tenía treinta semanas de gestación, pasó muchos días en la incubadora y ganó la pelea.

—Lo siento. No quería hacerte recordar momentos difíciles —respondo turbada por su confesión.

—No te preocupes, no es algo fácil de olvidar.

Asiento y los dos nos quedamos callados por un buen rato.

—¿Hablabas con ella? Me refiero... esa mañana, ¿era Clara?

Alex asiente y yo me siento la mujer más idiota del mundo. Sus ojos dorados buscan los míos, hay tristeza en ellos.

—Yo... Creí que tenías novia —me muerdo el labio y vuelvo a mirarme los pies.

—Vicky —me quedo quieta a la espera de que hable— Vicky mírame —me muerdo el labio y despacio alzo la mirada—. ¿Esa es la razón por la que te fuiste?

—Sí, yo no... no quería ser la otra.

Algo golpea al suelo, siento que unos brazos me rodean y me levantan, chilló y me agarro a su cuello.

—Alex bájame, me voy a caer.

—Nunca —acerca sus labios a los míos y susurra sobre mi boca—, Vicky no te voy a soltar nunca.

Me besa despacio, sus labios rozan los míos con destreza, su lengua da ligeros toques en mi labio inferior y se retira cuando salgo a su encuentro con la mía. Me pego a él todo lo que esta postura tan rara me lo permite, estoy flotando y no solo por sus besos. Con mi mano busco su pelo y enredo los dedos en él, me encanta la sensación, es tan suave...

Un ruido me sobresalta, nos separamos y miro hacia la puerta. Álvaro nos mira sonriendo, cruzado de

brazos y apoyado en el marco de la puerta.

—Ya era hora.

Me sonrojo y escondo mi cara en el cuello de Alex, él se ríe y le indica con la cabeza a Álvaro que entre. Me baja lentamente rozando nuestros cuerpos hasta el final y me guiña un ojo antes de sentarse. Estamos los tres de nuevo sentados, empiezan a hablar pero yo espero a que me vuelva a funcionar el cerebro, seamos realistas, esos besos me funden las neuronas, así no hay quien piense. Están hablando algo de mi renuncia, de que no la aceptan o algo así, a saber. Oh espera, mi renuncia.

—Alto los dos —me miran y achico los ojos— mi renuncia sigue en pie.

—¡¡De eso nada!! —grita Alex.

—¡¡Ni hablar!! —Le imita su hermano.

Los dos hablan a la vez y no entiendo nada de lo que dicen, solo que no me van a dejar renunciar. Resoplo y ellos me miran serios, uy que mal rollo. Con una mirada de mando era más que suficiente, ahora hay dos. Un escalofrío me recorre y aprieto las manos en puños, así no hay quien se imponga. No me dejan replicar, los dos tiene claro que no van a dejar que me vaya. Me encojo de hombros y me levanto.

—Si es lo que queréis... Volveré a dejar las cosas en mi oficina. Eso si —estrecho los ojos al mirarlos— no más mentiras.

Los dos asienten y yo me voy a mi mesa. Parece que vuelvo a tener trabajo. El resto de la mañana me lo paso ordenando de nuevo mis cosas y al llegar la hora me escabullo, necesito pensar y con estos dos cerca es imposible.

Llego a casa y mi móvil suena, antes de mirar ya se que es Alex, lo cojo y al escuchar su voz lo confirmo. Me siento en el sofá y contesto.

—*Hola.*

—*¿Te has escaqueado?*

—*Sí*

—*¿Y la razón es?*

—*Necesito pensar. Hoy has revolucionado mi vida, todo lo creía que sabía estaba equivocada, déjame al menos que lo procese.*

—*Está bien, mañana hablamos.*

—*Claro, hasta mañana.*

Dejo el iPhone sobre la mesita y me acurruco en el sofá. Mi mente divaga, tiene una hija, no sé bien si es viudo o no, pero entiendo que sí. Ahora mismo siento que he estado perdiendo el tiempo. Alex es poco mayor que yo y tiene su vida totalmente encauzada.

Cuando llega Fran procedo a contarle todo, su cara seguro es muy parecida a la mía cuando lo supe. Desconcertados los dos nos dedicamos a buscar explicación a todos esos detalles que antes no entendíamos y ahora vemos tan claros.

Siempre me encontraba a Alex cerca de Álvaro, sabiendo que es su hermano y su socio, no me sorprende, al menos ahora no. Aquellas malditas sonrisas eran porque él sabía todo y se lo estaba callando, que ganas tengo de darle una patada en las joyas de la corona. La noche que quedé con Alex su hermano le acompañó y yo pensé que mi jefe quería fastidiarme. Tengo que dejar de creer que todo gira en torno a mí, estos golpes de la vida ya debería haberlos aceptado hace tiempo.

Por la noche en mi cama llego a una conclusión, si quiero a Alex en mi vida su hija va a tener que estar también. No hay problema con eso, es solo que me pone un poco nerviosa que la niña me odie o algo por el estilo, aunque si no me conoce no puede odiarme, ¿o quizá sí? Mi intención es robarle a su padre... No, yo no voy a robarle nada, en todo caso compartirlo, eso, compartir a Alex... Divagando me

quedo dormida.

Cuando llego a la oficina Alex ya está ahí, nerviosa dejo las cosas en mi mesa y con el iPad en la mano para apuntar las tareas de hoy entro a su despacho. Su mirada cálida me recorre, parece que le gusta mi uniforme de oficinista, siempre llevo falda lápiz negra y camisa blanca, esta es la primera vez que me siento sexy con el uniforme. Le sonrío y me siento enfrente de él.

—Hay algo que quiero pedirte —digo rompiendo el silencio.

—Buenos días a ti también Vicky, ¿qué necesitas?

—Nada y buenos días. Es algo personal —me remuevo en la silla y le miro a los ojos— me gustaría conocer a tu hija.

—¿En serio? —Me mira confuso y no sé qué decir, ayer por la noche esto sonaba de lo más convincente, ahora mismo no sé—, ¿por qué?

—Bueno... Yo creo que para que tú y yo podamos llegar a algo, ya sea a largo plazo o no, ella necesita saber que no voy a robarle a su padre. No sé si me estoy explicando bien... No es mi intención que te sientas obligado, es solo que creo que ella se merece saber con quién está su padre —me muerdo el labio con saña, mierda acabo de divagar y a Alex parece divertirlo, está sonriendo, con hoyuelos— ¿te parece gracioso?

—No, me parece acertado. ¿Te va bien este sábado?

—Oh —ha aceptado, acaba de acceder a que conozca a su niña— siempre que no me hagas madrugar, está perfecto.

—¿Para comer te parece bien?

—Perfecto y ahora a trabajar.

Tomo nota de las tareas para hoy y me retiro a mi oficina. Como cualquier otro día llevo café a ambos y la mañana se va. De regreso en casa, otra vez me he escaqueado, reviso mi cámara y la preparo para el sábado, espero poder sacarle alguna foto a Clara.

La semana pasa, Alex no se sorprende cuando al acabar mi jornada laboral me voy sin decirle nada, la cita del sábado es la prueba de fuego, si la niña no me acepta no hay nada más que decir.

Capítulo 17

Prueba de fuego

El viernes por la noche voy a cenar con las chicas. Vamos a comer sushi y nos pasamos la comida entera hablando de Álvaro, Miguel y Alex. Al salir de cenar me vuelvo a casa, estoy nerviosa por lo que va a pasar mañana, inquieta reviso todas mis cosas y me meto a la cama, lo dejo todo listo para recoger el bolso y salir. Aunque sigo sin saber qué me voy a poner, imaginando combinaciones apropiadas para la cita me quedo dormida.

Por fin es sábado, en media hora pasará Alex por mi casa, vamos a ir a comer con la niña. Si es como mi sobrino querrá comer pizza o algo por el estilo. Acabo de salir de la ducha, con la toalla alrededor de mi cuerpo miro el interior del armario. No es tan difícil Vicky, coge unos vaqueros y una camiseta y vamos, que sea para hoy. Indecisa cojo unos y los dejo sobre la cama, vuelvo al armario y saco otros, resoplo y grito.

—Fran, necesito ayuda.

A los cinco minutos llega un recién levantado y sexy hombre a ayudarme a elegir mi ropa. Le abrazo y me siento en la cama.

—Buenos días amigo, tengo un problema. Tú sabes que yo no soy la más presumida de las féminas, pero tampoco voy a ir a la cita más importante de mi vida hecha un adefesio —pongo cara de niña buena y junto las manos— ayúdame porfa.

—¿Qué vais a hacer?

—Mmm no lo sé, pero con una niña de tres años dudo que nos vayamos al cine.

—Está bien —mete la cabeza en mi armario y tras remover todo saca unos pitillos negros que me levantan el culo y una camiseta roja con una muñeca gótica en el frente— ponte esto —se agacha y rebusca entre mis zapatos, coge unos botines negros planos y me los deja al lado de los pies— así vas perfecta, ponte la chaqueta y lista.

Lo abrazo de nuevo y le lleno la cara de besos, harto de mí, me separa de él y camina hasta la puerta.

—Que vaya todo bien, ahora me regreso a la cama con mi novio, iba a darme los buenos días antes de que gritaras.

—Ups, lo siento, transmite mis disculpas a Miguel —le beso la mejilla antes de que salga y murmuro—. Intentaré ser la amiga perfecta, así como lo hago con Santi, esperemos que funcione.

Sale del cuarto y me deja sola. Me visto y me doy un toque de maquillaje, cuando estoy acabando suena el timbre. Apurada corro por el pasillo, agarro mi bolso, la bufanda y la chaqueta de la barra de la cocina, y dejo a la pareja feliz sola.

Al llegar abajo veo a Alex apoyado en un coche que grita caro por todas las esquinas, se parece mucho al de Álvaro. Me acerco a él y le saludo con la mano, no muy conforme tira de mí y me da un beso de esos lentos que son únicos de Alex. Me quedo entre sus brazos atontada mirándole.

—Buenos días a ti también.

Sonríe y me abre la puerta, la cierra y se va al lado del conductor. Mis neuronas aún no han vuelto del mundo de ensueño donde las envía Alex, añade a la ecuación que me ha abierto la puerta como todo un caballero y ni así llegará nadie a entender cuan embobada estoy. Al escuchar que me hablan doy un salto en mi asiento y me echo la mano al pecho, a eso le llamo yo reventar la burbuja.

—Hola yo soy Clara, ¿eres la amiga de mi papá? —dice una tímida vocecita detrás mía.

—Hola Clara, yo soy Vicky y sí, soy la amiga de tu papá.

Alex entra en el coche y ambos empiezan a hablar, no intervengo en la conversación porque me he quedado tonta mirando a la niña, es preciosa. Tiene unos tirabuzones rubios encantadores, la piel blanquita y unos ojos azules muy dulces. No soy capaz de apartar la mirada de ella. Debe de hacerle gracia porque empieza a mover su mano delante de mi cara, abochornada le sonrío y me giro, seguro que me acabo de poner colorada. Maldita piel blanca que por nada me pongo como un tomate. Padre e hija bromean todo el camino, en algún momento meto baza pero prefiero verlos juntos, son tan tiernos que me dan envidia, pero de la sana.

Tal como yo me esperaba vamos a comer a un parque de juegos con pizzería. Es lo más normal al ir con niños, nos sentamos en una mesa y Clara sale corriendo al parque de las bolas, la veo irse y sonrío, parece emocionada.

—Es una niña muy espabilada para su edad y muy guapa.

—Gracias, se parece mucho a su madre.

Eso me ha dolido, si cada vez que la ve recuerda a su madre poco podemos hacer las demás mujeres del mundo. Yo he visto el amor en sus ojos cuando la mira.

—Tengo una duda, ¿estabas casado?

—No —responde seco y distante.

—Vale, cambio de tema, lo pillo.

Miramos la carta y encargamos las pizzas, cada poco tiempo Clara viene a dar un abrazo o un beso a su padre, eso me hace admirarle más. Ser padre soltero y ser un buen padre no es algo de lo que muchos puedan presumir. Me los quedo mirando y por un momento regreso a mi infancia, mi padre nunca fue muy cariñoso. A él no se le daban besos o abrazos, se le enseñaban las notas y si no eran buenas te castigaba. Si lo eran no pasaba nada, esa era nuestra obligación. Alex me zarandea y regreso del pasado.

—Perdona, estaba pensando en mi padre.

—Nunca hablas de él, ¿no es buena la relación?

—Digamos que no hay relación.

—¿Quieres hablar de ello?

—No mucho, si te soy sincera no es mi tema favorito.

Se queda mirándome, creo que quiere preguntarme algo pero al final respeta mi intimidad, como yo respeté la suya, y hablamos de lo que haremos después. Llegan las pizzas y viene Clara corriendo, comemos entre risas y al acabar nos vamos al Retiro, menos mal que metí mi cámara en mi bolso, allí puedo sacar buenas fotos.

En el coche Clara se duerme y para que descansen decidimos aparcar y tumbarla en el asiento trasero. Alex tiene la maleta con la merienda preparada para llevar y la deja al lado de mi bolso. Sonriendo lo señala.

—¿Qué tienes ahí? —pregunta posando su mirada en mi bolsa.

—Mi cámara, había pensado sacarle alguna foto a Clara, si me lo permites claro.

—Por mí no hay problema, eso depende de ella, no es muy amiga de las fotos. No sabía que te interesaba la fotografía.

—Hay muchas cosas que no sabes de mí —alzo las cejas juguetona.

Reímos y nos apoyamos en el capó del coche a esperar que la niña se despierte. Como pasatiempo Alex cree que será entretenido besarme y me coloca entre sus piernas. Yo rodeo su cuello con mis brazos y me pego a él. Juntamos nuestros labios y nos besamos, primero lento, disfrutado del sabor del otro, poco a poco aumenta la intensidad y los besos se hacen urgentes, desesperados. Las manos de Alex están en mi culo y me tiene apretada contra su más que evidente erección. Ambos nos congelamos al escuchar

la palabra mágica.

—¿Papá? —dice la voz tímida de Clara desde el coche.

—Ya voy.

Alex se separa de mí, estira su ropa y hace una mueca, suelto una risita al adivinar porque. Niega y camina hacia la parte trasera del coche, ambos estamos alterados, con la respiración acelerada y con evidentes signos de haber estado besándonos. Menos mal que Clara es demasiado pequeña para verlos. Apurada me estiro la ropa y hago el mismo camino que Alex.

Clara ya está totalmente despierta y nos vamos al parque. Agarrada de la mano de su padre camina feliz por la calle. Yo cargo mi cámara y Alex la merienda de su hija. Entramos en el Retiro y caminamos hacia la charca esa que llaman lago, allí están los patos que seguro van a encantar a Clara. Y no me equivoco, saco la cámara y capto la primera imagen de la cara de emoción de la pequeña. Al ver los patos corre hacia ellos y salen corriendo ellos también, me hace gracia y saco una foto también de esa imagen. Así nos pasamos un buen rato, Clara espanta a los patos y yo le saco fotos. Alex nos observa, muy callado y sin perder detalle de nada. Cuando es la hora de la merienda llama a su hija y le entrega un bocata, la botella de agua la deja en el banco, le pide que se siente y coma. Lo mejor de todo es que le hace caso. Será que estoy acostumbrada a que mi sobrino pase por completo de mi hermana, pero pensé que no iba a obedecer. Sorprendida me siento a su lado y les veo interactuar, cuando menos se lo esperan les saco una foto a los dos juntos y, como la tentación es un perra, alguna que otra a él solo.

La tarde está siendo entretenida, creí que la niña sería menos cercana, pero me ha sorprendido totalmente. Cuando decidimos regresar en vez de agarrar la mano de su padre agarra la mía, busco aterrada la mirada de Alex que se ríe. Me dan ganas de abofetearlo, pero nunca haría eso delante de su hija, cuando no esté me vengaré. Oh si... una dulce venganza. Algo debe de ver en mi mirada, me guiña un ojo y se coloca al otro lado de Clara y agarra su otra mano. Juntos caminamos los tres de regreso al coche, para los que no nos conozcan parecemos una verdadera familia y eso me da terror y al mismo tiempo me encanta.

No estoy muy segura, pero casi me atrevería a decir que he pasado la prueba. Al llegar a la puerta de mi casa Clara lloriquea para que no me vaya y se me hace un nudo en el estómago. La bajo del coche y le doy un abrazo, cuando su padre no mira le susurró al oído.

—La próxima vez que te vea te llevaré un regalillo —le prometo para que se vaya más tranquila.

La niña sonrío feliz y vuelve a abrazarme, la llegada de Alex acaba con nuestro momento, mete a Clara de vuelta al coche y cierra la puerta. Se gira hacia mí y camina hasta que me alcanza, agarra mi nuca con su mano y me da un beso abrasador. Sin decir nada se separa y se va. Me quedo como una tonta ahí parada mirando el coche partir, subo la mano a mis labios y sonrío, me ha dejado temblando. No, yo no tiemblo porque me esté enamorando, eso se lo dejo a las protagonistas de las novelas románticas. Esta sensación no es más que deseo, un grande e intenso deseo. Me muero por estar con él pero nada más. Recuérdalo Vicky, eres una mujer soltera, independiente. Nada de enamorarte, me reafirmo a mí misma antes de entrar en el portal de mi casa.

Capítulo 18

San Valentín

Las cosas con Alex marchan bien, tranquilas pero bien. Nos vemos solo en el trabajo y alguna tarde que quedamos para comer después. Los fines de semana siguen siendo para mis amigos. Almudena ha vuelto a quedar con Álvaro y eso me asusta y a la vez me alegra. No sabía que le iba ese estilo de vida y me asusta hasta donde será capaz de llegar, pero si ella es feliz yo también. Aún no he vuelto a ver a Clara, han pasado tres semanas desde que quedamos para ir al Retiro y la verdad es que me apetece volver a verla. Alba ha estado distante estos días, sus padres han venido a Madrid a visitarla, llevan una semana aquí y eso la absorbe por completo por tanto ni responde al teléfono.

Hoy es trece de Febrero, mañana es San Valentín. Esta tarde he quedado con Almudena para ir a comprar algo para Alex, aprovecharé para curiosear como le va con Álvaro. Se nos pasa la mañana volando, a la hora de irme paso por el despacho de Alex, le doy un beso y me voy corriendo. Su risa me acompaña hasta el ascensor. En el vestíbulo me espera Almudena, nos abrazamos y salimos a la calle.

Vamos a comer a un italiano, hablamos de todo un poco hasta que con el postre ya no me aguanto y le pregunto por Álvaro. Ella se ríe y se encoge de hombros.

Ya sabes cómo es, nos lo pasamos bien, pero no hay nada serio.

—¿Seguro? No acostumbras a repetir.

Se vuelve a reír y se acerca a mí para que nadie nos escuche, me aparta el pelo de la oreja y me susurra.

—Tú también repetirías, es un buen espécimen y no te haces una idea de cómo se mueve —se abanica para dar más credibilidad a sus palabras y yo me sonrojo.

—¿En serio? Almu, no será para tanto.

—Es para eso y mucho más, puedes creerme.

Cambiamos de tema pero mi mente divaga por unos minutos, a saber qué tiene ese hombre entre las piernas que tiene a mi amiga tan alhelada. Pagamos la cuenta y nos vamos de tiendas. Vamos de una a otra y no encuentro nada que me pegue con su personalidad, tenía idea de comprarle un marco chulo y poner una de las fotos que le hice en el Retiro con Clara. Ya las revelé y las tengo en casa, quizá también pueda buscar un álbum y poner varias para hacer como una especie de historia conjunta. Sí, me gusta la idea...

Voy distraída hablando con Almudena cuando me parece ver mi padre, ¿qué hace mi padre de nuevo en Madrid? La agarro del brazo y se para, me mira confundida y yo le señalo entre la gente a una pareja que entra en una tienda. Ella no me entiende, ninguna ha visto nunca a mi padre, solo Fran le conoce, pero asiente y juntas vamos a la tienda.

Al entrar descubro que puedo matar dos pájaros de un tiro, hay marcos para fotos. Me escabullo por detrás de una estantería y arrastro a mi amiga. Me paro delante de los marcos pero no los miro, me pongo de puntillas y busco a mi padre, lo encuentro al lado de una mujer rubia, se la ve mayor, pero es bastante guapa. Los observo y en un momento él la besa, acabo de conocer a una de las amantes de papá, que gran día.

Rebusco entre los marcos mientras le explico a Almudena que es mi padre y esa una de sus muchas mujeres. Ella se sorprende por mi explicación puesto que yo nunca hablo de mis padres. Elijo un marco de plata con unas letras gravadas, me gusta porque pone —eres mi vida— y creo que eso es Clara para Alex. Cambio de pasillo y me lanzo al de los álbumes, aquí es más fácil, cojo uno malva con corazones

blancos, muy ñoño pero es para una niña, tiene que ser así.

Cargada con el marco y el álbum, acompañada de Almudena y con un cabreo de tres pares de narices, llego al mostrador para que me cobren. Mi padre sigue allí y al verme se pone pálido, yo sonrío falsamente y dejo mi carga para que me cobren. El dependiente está ocupado con otro cliente y yo aprovecho para conversar con mi padre.

—Hola papá.

La señora me mira y no parpadea, anonadada mira a mi padre y a mí de nuevo. A mi lado está Almudena que me agarra la mano para darme fuerza que buena falta me hace.

—Hola hija —su tono es tan seco que anima a salir corriendo— te presento a Carmen, una amiga de aquí de Madrid.

—Encantada, mi nombre es Victoria, supongo que mi padre le habrá hablado de mi —ella niega y suspiro— entonces tampoco conocerá a mis hermanas, somos tres y yo soy la pequeña.

Soy un poco perra por hacer esto, lo sé, pero llevo toda mi vida escuchando de las muchas amantes de papá, espero que la pobre mujer sea inteligente y eche a correr. Porque con un energúmeno como él no tendrá más que sufrimientos.

—No es necesario que le cuentes nuestra vida Victoria —noto que aprieta los dientes y en mi mente me aplaudo a mí misma, un hurra para Vicky la perra— creo que no conozco a tu acompañante.

—¡Oh, perdón! Ella es mi amiga Almudena, mi padre Antonio y su amiga Carmen.

Se saludan muy cortésmente, noto las ganas de mi padre de escapar y las de Almudena de sacarme a rastras de aquí, pero eso no lo voy a permitir. De aquí no me muevo ni loca.

—¿Qué haces en Madrid papá? Y lo más importante, ¿por qué nunca me avisas cuando vienes?

—Fue una decisión de última hora, vine a pasar unos días y ya pasado mañana me voy.

—Que afortunada Carmen, va a pasar San Valentín contigo —noto que Almudena me aprieta la mano y me callo, puede que eso fuera ir demasiado lejos— bueno, espero que la próxima vez que vengas tengas tiempo para visitar a tu hija.

Me giro hacia el dependiente de la tienda que me está llamando, le doy mi tarjeta, me cobra y sin más salgo de la tienda con Almudena pegada a mí y mirándome con cara de horror.

—No digas nada, sé que me pasé. No pude evitarlo, él nunca pasaba fechas importantes con mi madre, ese fue uno de los motivos por los que ella le dejó.

—Tranquila, no me preocupa él por mi puede perderse, solo me preocupas tú. ¿Estás bien amiga?

—Sí. No. No lo sé —me paro en medio de la calle y me muerdo el labio— quizá debería irme a casa.

—Es una buena idea, descansas y mañana empiezas el día con energía.

Doy un abrazo a Almudena y juntas nos vamos a la parada del metro, nos despedimos y cada una a su casa.

Me paso el resto de la tarde preparando el regalo para Alex, puede que meter una foto en un marco no sea mucho trabajo, pero le escribí una nota muy sentimental y además, también estoy preparando el álbum para Clara. Cuando llega Fran se los enseño y le encantan. Empaqueto ambos y los meto en una bolsita, mañana me los llevo a la oficina.

Cuando suena el despertador me cuesta levantarme, miro mi móvil de reojo y hay un mensaje, lo abro y al ver que es de Alex me emociono, pero me dura poco la emoción.

Buenos días, cuando leas esto estaré de camino a Sevilla, ha surgido algo y me tengo que llevar a Clara, en cuanto regrese hablamos.

Vaya, esta sí que es una forma romántica de empezar San Valentín. Me levanto de la cama y de mala gana me preparo para ir a trabajar, antes de salir dudo si coger la bolsa o no, al final decido llevarla, si Alex no aparece la dejo en mi despacho para cuando vuelva.

Llego a la oficina y con la ausencia de Alex tengo poco que hacer, por ello a la hora del café voy más que feliz a hablar con Álvaro. Está en su despacho solo y al verme entrar me señala la silla, tras dejar la bandeja me acomodo.

—¿Cómo te va Álvaro? —Me mira socarrón y sonrío— vale, esa no es la pregunta adecuada, mejor esta, ¿qué le has hecho a mi amiga?

—¿Yo? —Ambos estallamos en carcajadas— di mejor qué me hizo ella a mí.

—¿Co-co cómo? —Me quedo patidifusa al escucharle decir eso— explícate Álvaro que no me entero.

—No hay nada que explicar, mejor dime ¿crees que debería regalarle algo hoy?

Me lo quedo mirando aún más alucinada. Está hablando de regalarle algo a mi amiga por San Valentín ¡Oh Dios mío! El señor hago lo que quiero porque puedo quiere algo más con mi amiga. No me lo puedo creer. Nota que me fui a otro lugar porque chasquea los dedos delante de mi cara.

—Regresa Vicky —para mi absoluto bochorno sonrío socarrón y se reclina en su asiento— ¿qué pasa por esa loca cabecita tuya?

—No es nada —me apuro a responder y él enarca una ceja, resoplo y hago un mohín— oh está bien, estoy sorprendida, ¿contento? No creí que vería al día en que tú, Álvaro Cuesta, el más mandón de Madrid me preguntaría a mí —me señalo y repito— a mí, si enviar un regalo a una mujer por San Valentín, compréndeme.

—No me has respondido —vuelve a sonreír y yo me dejo caer para atrás en mi silla— tú la conoces mejor, ¿crees que le gustaría?

—Es mi amiga, pero no estoy en su cabeza. Sé que ahora mismo te tiene idealizado, perdona que te lo diga, pero no entiendo que te ve. Así es que sí, deberías enviarle algo.

Él asiente y al momento contacta con su secretaria. Lo miro mal y frunce el ceño, niego al intuir que va a encargar el regalo a otros y resopla, deja el teléfono de nuevo en su sitio y me mira.

—¿Qué sugieres?

—Sorpréndela, ella no es de flores —su sorpresa me hace gracia, que obvios son los hombres— no lo niegues, ibas a pedir a Eva que las encargara, ¿o me equivoco?

—No, pero no sé cómo sorprender a una mujer fuera de la cama —me tapo los oídos y se echa a reír.

—Invítala a cenar o llévala al teatro, a ella eso le gusta —me quedo callada un momento, creo que había un espectáculo que ella quería ver, ¿cómo diantres se llamaba? Me devano los sesos y lo recuerdo —espera ¡¡ya lo tengo!! Si consigues entradas para el espectáculo del Circo del Sol, la harás muy feliz.

—Eso está hecho —se pone buscar en el ordenador y yo le miro sonriendo, ¿quién lo diría? Álvaro Cuesta haciendo algo por una mujer que no le retribuya un polvo... ¡vivir para ver! Aunque casi seguro si obtendrá uno así es que, en su línea— ¿y tú qué?

—¿Yo qué de qué? —Alza una ceja y le hago un mohín— Alex no está, me dijo que se iba a Sevilla con Clara —su mirada se encuentra con la mía y se ha esfumado la diversión.

—¿No ha venido a trabajar? —Niego y él suelta un taco de lo más grosero— debería haber imaginado que lo haría.

—Hola, estoy aquí —braceo delante de él rezando para que deje de maldecir como un bucanero— ¿recuerdas que sigo aquí no? Si te molesto me voy y puedes seguir recitando el diccionario de las palabras malsonantes de la RAE.

—Perdona Victoria, no es culpa tuya —ruedo los ojos y me levanto—, ¿le has llamado?

—No, me dijo que él lo haría, respeto su espacio. Consigue esas entradas y haz feliz a mi amiga con algo más que muchos orgasmos.

Su sonrisa me acompaña a la puerta y me despido antes de salir. Al llegar a mi despacho me encierro

y empiezo a dar vueltas al a reacción de Álvaro cuando le dije que se había ido a Sevilla. No sé bien cuál es la parte importante, que se fuese o que se llevase a la niña.

El día acaba sin noticias de Alex, me voy a la cama y antes de dormirme le envío un mensaje.

¿Estás bien? No me has llamado, espero que todo ok, nos vemos cuando vuelvas.

Capítulo 19

Distancia

Ha pasado una semana desde San Valentín y sigo sin saber nada de Alex. Al principio le disculpaba, me dije que podía ser que su móvil no tuviese batería, que quizá Clara demandaba atención a su padre y que por ello no me respondía y mil excusas más, pero ahora creo que simplemente me ha estado ignorando.

En la oficina no tengo mucho que hacer, al menos los dos primeros días, después Álvaro se encarga de que Eva comparta su trabajo conmigo.

Dice que no le gusta verme ociosa, si será capullo, lo que yo quiero que me diga no me lo dice pero bien que me vacila. Tengo la sensación que cada vez que le pregunto por su hermano se cierra en banda, como si supiese algo y no fuese a decirlo. Ca-pu-llo.

He tomado la resolución de no llamarle más, ni escribirle más mensajes y sobretodo no pensarle más. Ya está bien de este quiero y no puedo. Cuando Alex regrese, si sus explicaciones me convencen, pensaré qué hacer. Ahora mismo lo único que quiero es dormir una noche entera, porque desde que el muy insufrible se fue me despierto a cada hora para mirar mi móvil. Es como si me faltara mi dosis diaria de Alex y tuviese el mono, me niego a depender tanto de él. Pasando de Alex, ya.

Ayer conseguí hablar con Alba, resulta que su padre ha estado teniendo ligeros problemas de salud. Están en Madrid para que le realicen unas pruebas en un hospital muy finolis, la pobre suena preocupada y me quedo con el runrún de que hay más de lo que me ha contado. Espero que todo se aclare y que pronto vuelva a ser la de siempre.

Fran sigue igual de enamorado de su Miguel, por lo visto el moreno tiene algo que ha seducido por completo a mi amigo. Me encanta verles juntos, se complementan de una forma que muchas parejas heterosexuales desearían. Son todo un espectáculo, ñoño, pero espectáculo al fin.

Obviamente las cosas entre Álvaro y mi amiga Almudena marchan viento en popa, el día después de San Valentín ella me llamó y me resumió su cita. Estaba como una niña con zapatos nuevos, me describió todas las partes del show, el cual vio desde primera fila gracias a un folla-amigo rico y con ganas de satisfacerla. Lo que pasó después preferí no saberlo, tampoco es necesario ser muy listo para intuir que acabaron retozando ansiosos. Esta es una relación por la que nadie apostaría ni un euro, pero que se consolida día a día. ¿quién iba a pensar que acabarían juntos? Él es doce años mayor que Almudena y eso no les separa, todo lo contrario, los ha unido más. Mi jefe está a un paso de besar los pies de mi amiga y yo estaré en primera fila para verlo y disfrutarlo.

Hoy por la mañana he recibido un mensaje de Silvia, vienen a Madrid los tres y se traen a Paula. Se van a quedar en casa de Álvaro los cuatro, tengo que acostumbrarme a esa amistad pronto, procesar que mi cuñado es el colega de mi jefe y asumirlo. Desde Navidad lo más que he hecho es oír hablar a unos de los otros, ahora volverán a estar juntos y se me atasca de nuevo.

Llegan el viernes, se quedaran el fin de semana y el domingo por la noche se van. Ya han acordado todos los detalles entre ellos, yo todo lo que tengo que hacer es ir a casa de Álvaro, que ya es bastante.

No he vuelto a ese piso desde el día que salí huyendo de Alex, espero que mi mente pervertida no me recuerde lo que allí viví con mi familia presente o será un fin de semana muy largo. Otra vez estoy pensando en Alex, no entiendo porqué no me ha llamado, espero que no le haya pasado nada, ay Dios ¿y si está herido? ¿O ha tenido un accidente? Ya vale Vicky, nada de pensar en el señor V perfecta, cuando

vuelva dudas aclaradas.

Fran va a acompañarme a la reunión familiar, espero que estos dos días pasen más rápidos que los siete que llevo esperando un maldito mensaje de ese espécimen, si así mejor, nada de alusión a su cuerpo, ni sus ojos, ni su pelo que me encanta, ni a esa sexy V que lleva a... Mierda, otra vez me desvié del tema.

Acabo de salir de trabajar y camino desganada hacia el metro, me quedo en shock al divisar a mi padre de nuevo, no entiendo porqué este hombre viene tanto a Madrid. Juraría que nunca mencionó tener negocios aquí, por lo que las visitas tienen que ser de índole personal. Decidida a averiguar de una vez que pasa cruzo la calle y le sigo. Como una tonta voy escondiéndome tras las papeleras, si alguien conocido me ve creerá que me he vuelto más loca de lo que ya estoy. Le veo pararse en un edificio, llamar al timbre y esperar. Sorprendida miro a la rubia de hace una semana, está acompañada por una niña qué curioso detalle, aunque parece más distante con él que aquel día.

Los sigo a distancia, van hacia un parque, están jugando con la niña y se los ve felices a los tres juntos. Me muerdo el labio y una oleada de rabia me recorre. Con esa niña está siendo la clase de padre que yo quería para mí y que nunca tuve. Una lágrima traidora corre por mi mejilla y la seco de un manotazo, no voy a llorar por algo que no tiene arreglo. Saco una foto a los tres, la niña sale de espaldas, pero no importa, yo quiero tener la prueba de lo que estoy viendo, así me torturaré a gusto en casa. Espero sin perderles de vista y la tarde se acaba, en un momento la niña se me hace conocida, como si la hubiese visto antes. Me concentro en ella y por más que lo intento no logro reconocerla, estoy demasiado lejos.

Abandonan el parque y yo me meto en la primera parada de metro que encuentro, ya vale de jugar a los espías por hoy. Llego a casa y encuentro una nota de Fran, se va a cenar con Miguel y no vendrá a dormir, bueno ya se lo contaré mañana.

Acostada en la cama no dejo de darle vueltas a la imagen de la niña, la acerco y por más que lo pienso no soy capaz de ubicarla. Resoplo y dejo el móvil sobre la mesilla, mañana es otro día y esperemos que sea mejor que hoy.

Desganada llego a la oficina, mañana llega mi familia y aún no sé muy bien como tomarme la visita, ellos nunca vienen a verme. Le he dado muchas vueltas y estoy segura que tienen algo importante que contarme. Sin energías me dejo caer en mi silla y empiezo a trabajar, a la hora del café entro al despacho de Álvaro y me quedo congelada, Alex está aquí.

Nuestras miradas se encuentran y la aparto, no quiero que note lo que me duele que no me haya llamado. Recorro su cuerpo en un vistazo rápido y por sus vaqueros me doy cuenta que no está trabajando, seguro vino a hablar con su hermano. Dejo la bandeja sobre la mesa y sin decir nada salgo de ahí, corro hasta mi despacho y me encierro. No quiero verlo, ni hablar con él y menos aún escuchar excusas tontas. Si está bien, con las dos manos y la cabeza en su sitio, quiere decir que no me llamo porque no quiso y yo ahora no quiero hablar con él.

Como esperaba, llama a mi puerta y yo hago como que no le escucho. Insiste, no deja de golpear la puerta y para no escucharle busco mi iPod en el bolso. Sonriendo malvada me pongo los auriculares y le doy al play. Para la próxima que se lo piense antes de pasar de mí. Me llega un mail de Eva con nuevos informes que preparar y me pongo a ello, al acabar miro el reloj y ya se ha pasado la hora de salir, perfecto, me voy a casa.

Salgo de puntillas para no hacer ruido, la oficina parece vacía pero no me confío. Llamo al ascensor y me apresuro a entrar cuando las puertas se están cerrando una mano se cuelga. Mierda. Miro a su dueño y respiro tranquila, es Álvaro. Me arrimo a una esquina y espero a que entre.

—¿Cómo estás Victoria?

—Genial, ¿no me ves? —Me señalo y le lanzo un beso— ¿por qué preguntas?

—No finjas conmigo, no me lo trago.

—No te entiendo jefe, o hablas claro o te callas —me muerdo el labio suplicando mentalmente que lo deje estar— ¿preparado para la visita de mi familia?

—No me cambies el tema, ¿qué pasa con Alex?

—No creo que tenga que darte explicaciones de mi vida personal —disfruto al lanzarle sus palabras a la cara y por su sonrisa creo que recuerda haberme dicho eso mismo él a mí— y no estaba desviando el tema, tengo curiosidad por su visita y quería ver si tú sabes algo.

—Solo sé que quieren ir a cenar en familia mañana, nada más.

—Oh... —eso tampoco lo sabía— ¿has reservado tú? —Asiente y las puertas del ascensor se abren—. Nos vemos mañana jefe.

Salgo corriendo y a lo lejos escucho su despedida. Al llegar a la parada del metro miro por donde vi a mi padre ya dos veces y no está, suspiro y me voy a casa. En toda esta situación hay algo que se me escapa y no logro averiguar qué es.

¡¡Por fin es viernes!!

Hoy llega mi familia, va a recogerlos Álvaro al aeropuerto, por eso no está en la oficina. Alex tampoco ha venido y eso me hace la mañana muy poco interesante. Se me pasan las horas lentas, me tomo cuatro cafés y me pongo al día de todos los cotilleos de la oficina. El que más gracia me hace es el de que el señor Cuesta se ha echado novia, si esta panda de cotillas supieran que es mi amiga, ja, buena se liaría. Con una sonrisa salgo de la oficina y corro al metro. Me voy a casa a quitarme este ridículo uniforme y a casa de Álvaro.

Por fin estoy parada frente a la puerta del edificio donde me espera mi familia. No recordaba bien la dirección y me confundí de parada en el metro, al final tuve que retroceder a pie, pero ya llegué. Entro y el portero me pregunta mi nombre, mira una lista y asintiendo me acompaña al ascensor, en mi vida me había sentido tan importante. El ascensor se para y camino hasta la puerta, me estremezco al recordar la otra vez que estuve aquí y me obligo a dejar de pensar en ello, decidida toco el timbre y espero.

La puerta se abre y desde abajo me miran unos preciosos ojos azules, oh mierda Alex está aquí. Rearmo mis defensas y doy un beso a la pequeña, cierro la puerta tras de mí y corro hasta mis hermanas que vienen hacia mí.

—Os he echado mucho de menos —abrazadas escucho que me preguntan cómo estoy y donde está Fran, sonrío y me separo un poco de ellas— estoy genial como podréis comprobar y Fran vendrá dentro de tres horas, por cierto, voy a enviarle la ubicación de este sitio, con una que se pierda llega —les guiño un ojo y mientras ellas ríen saco mi móvil.

SOS Alex está aquí, te envío la ubicación, ven lo más pronto que puedas, te necesito.

Mis hermanas me arrastran con ellas al sofá y empiezan el interrogatorio, ignoro a todos los demás y hablo con ellas sin parar. Mi sobrino viene corriendo hasta nosotras y se para delante de mí. Lo siento a mi lado en el sofá, lo abrazo y le doy besos ruidosos en las mejillas mientras no dejo de hablar con mis hermanas. Al otro lado del enorme salón están los tres hombres, ¿dónde se ha metido Clara?

Pasan las horas y llega Fran, lo abrazo fuerte y me arrimo a él como si fuese mi salvavidas. Lo guío a donde estábamos sentadas y se sienta a mi lado. Noto la mirada de Alex en mí y le ignoro por completo, debido al ruido parece que hemos despertado a la pequeña que aparece frotándose los ojos. En vez de ir donde su padre camina hasta mí y todos me miran atentos, les ignoro y me la pongo en el regazo. Se recuesta en mi pecho y yo sonrío, esta niña ya es dueña de mi corazón, no tengo porqué disimular.

Llega la hora de ir a cenar y nos dividimos en dos coches para ir al restaurante. Parece que no va a ser una cena tan familiar al final, los hermanos Cuesta también van. Resignada me meto en el coche de

Alex, no porque él me lo pida, lo hace su hija y no soy capaz de negarme. Con nosotros vienen Paula y Fran. Los demás van con Álvaro.

Capítulo 20

Secretos

Entramos en un restaurante que se ve sofisticado, o lo que es lo mismo, caro. Sabiendo que lo ha elegido Álvaro no me extraña. La mano de Clara agarra la mía con fuerza, como si temiera que si la suelto no volverá a pillarme, no va muy desencaminada por cierto. Entramos detrás de mis hermanas y con Alex a la zaga, su mirada se clava en mi espalda y la ignoro totalmente. Nos vamos sentando y para complacer a Clara me siento a su lado, con su papá a su otro lado. Si no fuera porque dudo que una niña tan pequeña sea tan manipuladora, pensaría que nos está haciendo de celestina. Niego y reviso la mesa, una gran mesa redonda para ocho personas. Alex está enfrente de Carlos que, junto con mi hermana, rodea a Santi. Paula y Fran están a mi lado, como siempre mi amigo a mi vera para apoyarme, y Álvaro está al lado de Silvia.

Nos traen las cartas y miro de reojo a Álvaro, se muere por pedir por todos, me está mirando y le saco la lengua. Clara me ve y me imita, los tres nos echamos a reír. Todos nos miran sin entender y mirando a la niña me coloco un dedo sobre los labios. Su sonrisa es tan grande que acabamos riéndonos los tres de nuevo. No me pasa desapercibido el gesto sombrío de Alex, si pensó que no iba a disfrutar de la comida por estar él, va de culo y marcha atrás. Pedimos la comida y las conversaciones empiezan, el camarero nos trae el primer plato entre charlas de trabajo. El segundo plato toca temas más delicados, como la reciente relación de Álvaro con Almudena y la de Fran con Miguel. Al llegar al postre el vino ha hecho que las lenguas de los presentes se suelten, excepto la de Silvia que no ha tocado el vino, un curioso detalle teniendo en cuenta lo mucho que le gusta. Aparto eso de mi mente y escucho atenta lo que hablan, al entender por donde va la cosa me sonrojo, miro abochornada a mi hermana y le tapo las orejas a Clara con las manos.

—¿Por qué no hablamos de eso cuando no haya niños delante? Además, pensar en vosotros dos haciéndolo no es que me asegure una buena digestión precisamente. Y menos si recuerdo todos esos juguetitos que seguro guardáis en el armario —me estremezco y todos estallan en carcajadas.

—Relájate Vicky, llevas toda la noche muy tensa, ¿hay algo que quieras contarnos?

Apurada niego, retiro las manos de la cabecita de Clara y vacío de un trago mi copa de vino. Miro el plato con la tarta de queso y sin ganas empiezo a comerlo, ni de broma voy a desviar el tema de conversación hacia mí. Alex, que también ha estado muy callado durante toda la cena, suelta por fin la pregunta que yo llevo toda la noche queriendo hacer.

—¿Por qué nos has reunido a todos aquí Silvia? Esto es idea tuya así es que explícate.

—Pues... está bien.

Silvia nos mira a todos, después ancla su mirada con la de Carlos y ambos se levantan, se colocan tras la silla de Santi y le susurran algo al oído, el niño saca pecho y se pone de rodillas en la silla.

—Voy a tener un hermanito, papá y mamá han escrito una carta a la cigüeña y en cinco meses lo traerá.

Todos nos miramos felices por la noticia y nos levantamos a abrazarles, yo me quedo la última y al tener a mi hermana arrimada le susurró al oído.

—Tanto practicar tenía que acabar en bebé, ya me extrañaba a mí no tener más sobrinos.

Las dos nos echamos a reír y volvemos a nuestros asientos. Acabamos la cena y como yo esperaba Álvaro paga, así es él y sus manías de controlar todo no han cambiado. Nos vamos a los coches y de ahí de regreso al piso de los hermanos Cuesta. En el coche Clara se ha quedado dormida, con cuidado la

saco de su silla y con ella en brazos entro al ascensor. Alex me abre la puerta de su casa y me guía hasta el sofá, confundida dejo allí a Clara y me separo de él, si no quiere que la lleve a la cama por mí no hay problema. Me voy hacia Fran que está hablando por teléfono con Miguel, espero a que mi hermana acueste a Santi sin separarme de él.

Cuando los niños duermen nos juntamos los seis en el salón, procurando no hacer mucho ruido para no despertar a la pequeña que duerme todavía en el sofá. Agarro los brazos de mis hermanas y me las llevo a una esquina, resoplo y me preparo para contarles todo lo que vi.

—Hace dos días vi a papá con una mujer y una niña. También le vi antes de San Valentín y el día de mi accidente.

—Lo sabemos —las miro sin entender, Paula agarra mi mano y me conduce hacia la mesa, cada una se sienta en una silla a mi alrededor y espero el cubo de agua fría que seguro va a caer, esto no me gusta — él nos dijo que te vio en San Valentín.

—¿Cuándo os lo dijo?

Silvia mira a Paula y asienten las dos, oh mierda, me cabrea esa mirada, siempre acaba en desastre. Achico los ojos y me cruzo de brazos, es la única forma que se me ocurre para defenderme de lo que viene, porque sé que no me va a gustar nada.

—¿Recuerdas cuando papá y mamá se separaron? —Asiento—. Entonces también recordarás las razones ¿no? —Vuelvo a asentir— las cosas no fueron como mamá nos las contó Vicky, hay más.

—¿Cómo que hay más? —Sin ser consciente he gritado y todos están ahora mirándome, hago una mueca— perdón, cosas de familia —vuelvo a mirar a mis hermanas cabreada—. Ya podéis empezar a hablar, de aquí no se mueve nadie hasta que yo sepa toda la verdad.

—Como quieras, no creo que te vaya a gustar saberlo —Paula como siempre tan optimista— pero estás en todo tu derecho.

—Por favor Vicky, no te enfades con nosotras.

—Si no hablas de una vez me enfadaré y mucho —arqueo una ceja y espero— toda la verdad, no os dejéis nada hermanitas.

Ambas cogen aire con fuerza y eso me asusta más aún. Estoy por decirles que no necesito saber nada, que mejor no me lo digan cuando Silvia extiende una mano y Paula la otra, acaban de agarrar las mías y con mucha fuerza. No sé si está dándome fuerzas o agarrándome para que no escape.

—Mamá dejó a papá porque descubrió que había otra mujer, no otras Vicky, era una. Siempre era la misma mujer y tú la conociste.

—¿Cómo? —Silvia traga saliva y se prepara para seguir pero Paula decide intervenir.

—¿No te pareció muy raro que el día que te atropellaron papá estuviese en Madrid? ¿ni te extrañó verle hace poco? No eres tonta Vicky, ata cabos.

—Yo... —rememoro esos momentos y sí, me pareció muy raro, pero no entiendo que me quieren decir— sí, me extrañó, claro que lo hizo. Papá siempre decía que en Madrid no se le perdía nada, que era una ciudad para la perdición. Ahora acabad de hablar.

—Verás... —Silvia aprieta mi mano y habla muy bajo— papá tenía otra familia en Madrid, mamá lo descubrió y le echó de casa. Ella nunca nos lo explicó pero un día les escuchamos discutir y nos enteramos. Tenemos una hermana, medio hermana para ser exactos.

Estoy alucinando. Esto no puede ser cierto. Tiro de mis manos pero no me las sueltan, me miran con lágrimas en los ojos y ahogo un sollozo, no voy a llorar. Me machaco el labio con los dientes y me obligo a respirar con tranquilidad.

—¿Cómo se llama? —pregunto apenas sin voz.

—Sonia —responde Paula.

Paula respondió. Las miro a ambas y asiento. Perfecto, tengo otra hermana a la que no conozco y con la que solo comparto la mitad de mis genes. Gracias papá por ir regando tus hijos por España.

—Soltadme por favor, tengo que irme a casa. Prometo que mañana regreso y hablamos —me machaco el labio y tiro de mis manos para que me suelten—. Por favor chicas, necesito asimilarlo.

—Está bien —la voz de la experiencia al habla, mi hermana mayor me mira con sus ojos brillantes— pero si no vienes voy a ir a buscarte y no te va a gustar lo que va a pasar.

Asiento y me levanto. Tengo un nudo en la garganta que me impide hablar, llego a donde Fran y agarro su mano, al mirarme a los ojos se levanta y me abraza, me quedo tiesa y le susurró al oído.

—Llévame a casa —ruego.

Con mi mano fuertemente apretada entre las suyas se despide de todos y me arrastra hasta el ascensor. Noto la confusión en Álvaro y Alex, así como el entendimiento de Carlos, mi cuñado ya lo sabía. Me dejo llevar y Fran me mete en un taxi, da nuestra dirección y me abraza. Así llegamos a nuestro piso.

Al entrar me lleva directa a mi cuarto, me ayuda a sacarme la ropa y ponerme el pijama. No he vuelto a hablar desde que le pedí que me trajese a casa y está respetando mi silencio, aunque no se por cuánto tiempo más lo hará. Me arroja y sale hacia la cocina, escucho ruido de cacharros y al poco tiempo regresa con una taza, es una tila. Debo de tener una pinta horrible si mi amigo que odia hervir agua me ha preparado una infusión. Se sienta a mi lado en la cama y vuelve a abrazarme. Suspiro y empiezo a explicarle lo ocurrido. No dice nada hasta que me callo.

—¿Te molesta que tenga otra familia o que te hayan engañado? —Me lo pienso.

—Las dos cosas —me acurruco contra él— yo les vi, lo vi con ella y parecía feliz. También le vi con una niña pequeña, ¿crees que será su nieta?

—No lo sé —me besa en la frente— pero ¿qué si lo es?

Me encojo de hombros, no sé qué pensar sobre todo esto, tener una medio hermana es una cosa, tener una medio sobrina es otra. El teléfono vibra en la mesilla, es la quinta vez que lo hace y la cuarta que lo ignoro, la primera vez vi que llamaba Alex y me negué a responder. No se me ha olvidado que ha estado ignorándome por completo. Ahora tiene una poca de su propia medicina. Ni puedo ni quiero hablar con nadie.

Me bebo la tila a lentos sorbos, me siento protegida con Fran. En momentos como estos en que mi vida se desmorona siempre es él quien recoge los trozos y me ayuda a volver a juntarlos. Lloro por las injusticias de la vida, lloro por todo lo que me ha pasado y lo que ha pasado mi madre. Aunque sigo sin entender que la tomara con nosotras después de echar a mi padre, aun así lloro por ella. Lloro por mis hermanas que han guardado este secreto por no dañarme y lloro por Alex, porque le estoy perdiendo y ambos lo sabemos. Lloro hasta cansarme y entre los brazos de mi gran amigo me duermo como una muñeca rota.

Capítulo 21

Reconciliación

La mañana llega y con ella la sensación de pérdida regresa. No sé muy bien cuando se fue Fran a su cama, pero lo hizo porque ya no está conmigo. Me desperezo y voy a buscarle, quiero agradecerle por ser tan buen amigo, decido prepararle el desayuno y darle una sorpresa. Bandeja en mano entro a su dormitorio, está dormido pero al escucharme abre un ojo, me sonrío y se incorpora en la cama.

—Buenos días. ¿Cómo está el mejor amigo del mundo?

—Buenos días, bien ¿y tú?

—Más o menos —hago un puchero y le entrego la bandeja —te he preparado el desayuno, ¿listo para otro día con la familia Salinas?

—Siempre, hoy también van Miguel y Almudena, seguro que lo pasaremos mejor.

—Ojalá, date prisa que vamos a llegar tarde.

Me levanto de la cama y me voy a mi cuarto, toca ponerse guapa y hoy va a ser tarea complicada. Me miro al espejo y bufo, tengo unas ojeras tan marcadas que parezco un oso panda. De mala gana me dirijo a la ducha y en una hora estoy lo más presentable posible. Suena el timbre y Fran corre a responder, es Miguel que nos espera abajo en su coche, así que, cogemos los abrigos y salimos de casa.

Al llegar al piso de los hermanos Cuesta me sorprende no encontrar a Alex, no digo nada, a nadie le interesa si estoy pendiente o no de lo que ese desagradecido hace o deja de hacer. La que si está es Almudena, al verla corro a abrazarla, se la ve radiante. El simple hecho de estar aquí es un gran paso para su relación con Álvaro. Verlos juntos me distrae de mis malos pensamientos, si no fuera porque sé que le va el rollo dominación, creería que es ella la que manda. Anda como loco de aquí para allá para satisfacer todos sus caprichos. Qué injusta es la vida, unos tantos y otros tan poco. Suelto una carcajada al ver a mi hermana Paula con Santi colgado de su espalda como un mono y tirándole de los pelos, a saber qué les pasó a esos dos. Sigo rodando la mirada por el salón y unos muy empalagosos Carlos y Silvia entran en mi enfoque, sí que tiene las manos largas mi cuñadito. Niego y me voy hacia Fran que está presentando a Miguel, Paula les sonrío a ambos y sigue en su pelea con Santi. La armonía de la situación se quiebra cuando suena el timbre.

Busco la mirada de Álvaro, es su casa así es que si alguien sabe quién viene ese tiene que ser él. En efecto camina hasta la puerta y entra Clara corriendo, me preparo para agarrarla ya que viene directa a por mí y evito mirar a su padre que acaba de entrar y saluda a todos. Alzo a la niña y le doy una vuelta en el aire, ella se ríe y yo decido olvidarme de que su padre es un imbécil.

Salimos todos hacia el restaurante y volvemos a repartirnos en los dos coches, con la diferencia de que hoy somos diez. La comida la paso distraída por esos dos niños hermosos, han decidido que soy la más divertida y tengo a uno de cada lado. Lejos de molestarme me paso la comida riendo y haciéndoles reír a ellos. Cuando salimos del restaurante deciden ir al Retiro a pasear, con el frío que hace no es lo mejor, pero yo me callo. Mis razones para no querer ir nada tienen que ver con si hace frío o no, eso es solo una excusa.

Pasamos de largo el estanque de los patos y los dos niños van corriendo de un lado para otro, que pena que hoy no traje mi cámara, sacaría unas buenas instantáneas de los dos. Se me acercan mis hermanas y cada una agarra uno de mis brazos, suspiramos las tres a la vez y acabamos riendo. Ellas no tienen la culpa de lo que pasó entre mis padres, creyeron que ocultarlo era lo mejor y ahora creen que ya

no lo es. Sin más.

—Estoy bien, dejad de preocuparos. Hay Vicky para rato.

—Más te vale —Silvia se para y sigue hablando— hay algo más que deberías saber

—¿Más? Por Dios, no quiero saber que soy adoptada.

Las tres nos reímos y parte de la tensión del momento se va, Paula vuelve a caminar mientras habla y nos arrastra con ella.

—Supongo que desconfiabas de esta visita, es la primera vez que venimos todos juntos a verte desde que estás aquí —asiento— lo que sucede es que papá nos pidió que te mantengas alejada de su familia.

—¿QUÉ? —Me detengo y ellas agachan la mirada— si quiere que yo haga algo que me lo diga a mí. Y ni así, no voy a obedecer a un mentiroso. Si me apetece acercarme lo haré, creo que tenemos una sobrina, medio sobrina o como se diga

—Tranquila Vicky, no íbamos a pedírtelo —Silvia me sonrío, sabe que aunque lo haga acabaré haciendo lo que me dé la gana— nuestra intención era advertirte de lo que pasa para que no sea una sorpresa —se pega a mí y susurra— si averiguas algo háznoslo saber.

—Ya lo habéis hecho y os lo agradezco, ahora vamos a disfrutar de estar juntas y que le den mucho a papá —las tres nos miramos— si descubro algo os llamo.

Las tres nos reímos y corremos para alcanzar a los demás, nos hemos quedado rezagadas.

La tarde transcurre entre carreras y risas, juego al escondite con los niños y bromeo con mis amigos. Cuando la tarde se acaba todos nos vamos a los coches y a casa de Álvaro.

Alex me mira desde el otro lado del salón, sé que quiere que hablemos, lo ha intentado varias veces esta tarde, ahora soy yo la que no quiero. Voy al cuarto de baño, entro y cuando voy a cerrar la puerta algo me lo impide, miro que hay en medio y es Alex, su pie para ser exactos. Me ha seguido, el muy capullo ha buscado la forma de pillarme a solas, no parece importarle que me esté meando. Frunzo el ceño, cruzo los brazos sobre mi pecho y le miro.

—¿Qué quieres?

—Tenemos que hablar, por favor Vicky déjame explicarte...

—No hay nada que explicar, tu y yo no somos nada —noto un brillo diferente en sus ojos y me recorre un escalofrío, ¿será que si somos algo? No, claro que no, me ha ignorado— estábamos intentando empezar algo y tú te largaste, me dejaste esperándote como una tonta y ¿sabes algo? Yo no permito que nadie me trate así —yo nunca voy a ser como mi madre, jamás.

—No es lo que crees.

—No te atrevas a decirme lo que pienso —me acerco a él con la furia reflejada en mi cara— no tienes ni idea de lo que pasa por mi cabeza así es que haz el favor de no asumir lo que no te consta.

—Vicky, puedo explicarlo...

—No quiero que me lo expliques, llegas con una semana y media de retraso —no soy como mi madre, no voy a pasar por alto que me traten como un estorbo— si tan importante era para ti lo que estábamos empezando haberme respondido a los mensajes, porque los leíste y no te dignaste ni a decirme cómo estabas, así que, si eso es todo lo que tienes que decir —señalo la puerta—, largo.

—Vicky, calla y escucha.

—No me des ordenes, aquí no eres mi jefe así es que fuera, ¡¡ya!!

—No me voy —se apoya en la puerta y la cierra, oh mierda ¿ha estado abierta todo el tiempo?— Me fui a Sevilla con la madre de Sonia, tuvo un encuentro desagradable con alguien y estaba muy afectada, quería ir a la tumba de su hija y yo la llevé.

Me quedo muda, esa no es la explicación estúpida que yo me esperaba, eso seguro. Enarco una ceja y le espeto.

—En Sevilla también hay cobertura, no me sirve. Sal.

—No era eso, cada vez que voy a Sevilla me acuerdo de Sonia. —Noto que hincha el pecho—. Ella quería irse de Madrid, nos compramos una casa en Sevilla para criar allí a Clara. A ella le encantaba el sur, su gente, el clima, todo... Allí fue donde sucedió.

—Oh... —ahora me siento como una mierda, ¿pero qué estoy pensando? Pudo responderme como mínimo un mensaje para que me quedase tranquila y no lo hizo—. Te respeto que fue un momento difícil, pero pasó una semana no un día Alex, una maldita semana, ya te escuché, haz el favor de salir —señalo la puerta—, ahora.

—No —se cruza de brazos imitando mi gesto, somos un par de cabezotas— necesito que me digas que todo está bien entre los dos.

—¿Tú has bebido? Claro que no estamos bien —sus ojos me están recorriendo cálidos, reflejan determinación y pasión, uy pero que no. Me dan ganas de patear, nada de ablandarte Vicky— solo somos jefe y secretaria, es todo lo que tú y yo tenemos que hablar.

—Vicky... —¿Acaba de usar tono amo conmigo?— No me toques los cojones y dime lo que quiero oír.

Mis ojos se abren mucho y atontada dejo caer mis brazos, ese tono no me gusta ni un pelo. ¿Quién se cree este que es?

—Sal de aquí, ahora.

—No, te dije que nunca te iba a soltar y lo pienso cumplir.

Se abalanza sobre mí, con una mano rodea mi cuello y con la otra mi cintura, me pega a su cuerpo y susurra sobre mis labios.

—Me vuelves loco, sabía que ibas a ser difícil, pero esto supera mis límites.

Su boca toma la mía con ansia, como un depredador muerde mi labio y me obliga a abrirme para él. Su lengua aprovecha el momento y se zambulle en mi boca, se enreda con la mía y libran una batalla por el control del beso. Una batalla que está perdida, él lo controla todo y eso me da mucho miedo. Gimo y subo mis manos a su cuello, le agarro del pelo y tiro, nuestras bocas se separan y él sonrío, ¿por qué sonrío?

—No deberíamos hacer esto —muerdo su labio y paso la lengua por el lugar que acabo de marcar— hay mucha gente al otro lado de la puerta, tu hija está ahí.

—No busques excusas nena, de hoy no pasa —me separo más de él sin soltar su pelo— tengo mucha hambre y solo quiero comerte a ti.

—Oh Dios mío —me separo de todo de él y le indico la puerta— vete ahora, después hablamos. Ni loca voy a hacer esto con mi familia ahí escuchando.

—No aceptaré un no por respuesta, mejor que estés preparada.

Asiento y le veo salir, sofocada me siento en el wáter y me doy aire con las manos, ¿qué acaba de pasar aquí? Me levanto y me echo agua a la cara. Ni loca podré resistir otro asalto de estos, esto es Alex en estado puro y muy cachondo. Me vuelvo a echar agua a la cara, ya que estoy me pongo agua en la nuca, las muñecas y de nuevo la cara. Me noto acalorada y preparada para lo que Alex tiene en mente. Mi sentido común desaparece cuando Alex aparece, no puedo evitarlo. Hago lo que vine a hacer al baño y, tras humedecerme de nuevo la cara, la nuca y las muñecas, salgo del cuarto de baño.

Capítulo 22

El amor

Regreso al salón donde están todos, intento pasar desapercibida pero las miradas de todos me dicen que es imposible. Voy hasta Almudena que está al lado de Álvaro y que para mí desgracia luce esa maldita sonrisa, con ganas le daba una bofetada, así que, la agarro de la mano y la separo del grupo.

—¿Cuánto has escuchado?

—Todo, cuando Alex regresó todos volvimos a hablar, estábamos demasiado entretenidos escuchando.

—¿Qué? —Ahogo un gemido y me cubro la cara con las manos— esto no puede estar pasando.

—Asúmelo amiga, estás enamorada.

—¿Yo? Por supuesto que no.

Contrariada doy un paso atrás. Yo no estoy enamorada ¿o sí? ¿Cómo se sabe si se está enamorada? Esto es una mierda, fulmino con la mirada a mi amiga y me voy donde Fran. Seguro que él es más comprensivo. Según me voy acercando noto como cuchichea con Miguel y frunzo el ceño, esto no me gusta.

—¿Qué tal por aquí? —saludo a los dos.

—No mejor que tú, que te has dado un homenaje en el servicio ¿verdad?

—¿Pero qué dices? Claro que no —casi, pero casi no cuenta— solo estábamos hablando.

—No te creo, su mirada y otras partes de su cuerpo me dan la razón. Parecía un animal en celo cuando salió ha salido.

—Eso no tiene nada que ver, puede que él quisiera —noto como el calor sube a mi cara, ¿por qué estoy dando explicaciones de lo que ha pasado? —Pero yo no. Y deja de mirarme así.

—¿Así como? ¿Cómo alguien que te conoce de toda la vida y sabe lo que estás sintiendo por el desconocido que ya no es tal cosa?

—Que pesados todos, que yo no siento nada por él —me sale como un gruñido y me cuesta creermis mis propias palabras, ay Dios, ¿será que me he enamorado de este hombre insufrible? —Me voy con mis hermanas, seguro que ellas no son tan metomentodo.

Con la cabeza bien alta voy hacia Silvia y Paula, algo me dice que la cosa no va a mejorar, pero no me detengo. Para ovarios los míos.

—Herманas, ¿vais a salir esta noche?

—No tengo con quién dejar a Santi así es que no —sonríe— ¿y tú tienes planes para hoy?

—Mis planes este fin de semana son estar con vosotras, así es que no, ningún plan —pongo mi mejor cara de póker a ver si cuela— ¿mañana comemos juntas?

—¿Estás segura? —Jodida Paula, ¿para qué habla?— Hace un rato me pareció entender que tenías un encuentro muy especial.

—Pero... —Me vuelvo a sonrojar—. ¿Es que nadie tenía nada mejor que espiar detrás de la puerta?

—No, fue algo realmente divertido —apunta Paula de nuevo.

—Ya lo creo, si hasta Carlos se reía —y lo remata Silvia, estas dos me odian.

—Madre mía... me largo, que os den a las dos.

No sé qué pensar, todos los que están en esta casa nos han escuchado escucharon, ¡¡serán cabrones!! Ya me vengaré, esto no se va a quedar así.

Voy hacia los niños pero al ver a Alex me quedo parada, no, ni de broma me acerco a él. No voy a dar más carnada a esta panda de cotillas. Resoplo y me voy a por una bebida, ahí está Álvaro con esa sonrisa en la cara, parece muy contento hoy, lástima que no pueda compartir su alegría, el bochorno ha arrasado con todo. Ya ni ganas de pillar a Alex y hacerle hombre tengo, bueno, quizá aún prevalezca alguna. Sigo caminado y agarro un vaso, le pongo hielo y lo dejo delante de mi jefe.

—Sé bueno por una vez en tu vida y ponme algo fuerte, lo necesito.

—Marchando — sé que se quiere reír pero no lo hace, prepara la copa y me la da, estoy dando el primer trago cuando dice muy bajito— ¿todo bien cuñada?

En el momento la bebida sale volando de mi boca y le mojo la cara, la camisa chorrea y algo ha llegado a sus pantalones. Pues sí que había dado un buen trago me digo al observarle empapado. Pongo mala cara cuando llega Almudena y se lo lleva al dormitorio, o lo que yo deduzco que lo es. Todos me miran y agotada los ignoro, con el vaso en la mano me dejo caer en el sofá, vaya día llevo...

Álvaro regresa con una camisa limpia poco después, una muy sonrojada Almudena le acompaña. Tal parece que los hermanos están calenturientos hoy. Me río yo sola y dejo el vaso vacío sobre la mesa, a saber qué me sirvió el jefe, pero ya se acabó y yo me siento genial.

Voy hasta Fran que me hace señas y me cuenta que se va con Miguel. Me siento tan bien que no me importa que me dejen tirada, los animo a que echen un buen polvo y me despido de ellos. La mar de feliz me acerco a Alex, me mira confuso y yo sigo sonriendo.

—Me voy a mi casa, sola. Hoy voy a rescatar a mi Manolo, que lo tengo muy abandonado desde que tú apareciste.

—¿De quién estás hablando? —Su voz intimida, pero será por esta sensación de calorcito que me recorre o porque soy una valiente, no le hago ni caso.

—Eso, mi querido V perfecta, no es de tu incumbencia.

—¿Cómo me has llamado? —Noto la sonrisa de su cara y resoplo— tu y yo quedamos en algo, no lo olvides.

—Yo no quedé en nada, tú lo hiciste, yo solo quiero irme a mi casa.

Pongo un mohín de lo más infantil y espero su réplica, sé que esto no se va a quedar así. Me acerco más a él para que los cotillas que nos rodean no nos escuchen y sus ojos dorados resplandecen.

—Yo te llevo.

—Vale, pero no vas a subir, no quiero que subas —alzo la cabeza para poder mirarle a los ojos, al estar tan cerca se me complica porque él es demasiado alto— bueno, querer si que quiero, pero no te voy a dar lo que quieres, vas a tener que currártelo.

Me cubro la boca con las manos y él sonrío confiado. Me deja con los niños y va junto a su hermano, no sé qué le dice, pero enseguida regresa, agarra mi mano y me saca del piso.

Estamos en el coche de Alex y vamos a mi casa. Le miro de reojo y suspiro, pero que guapo es el condenado. Tiene ese pelo que me da una ganas locas de tocar, sentir lo suave que es y enredar mis dedos en él. Esos ojos dorados, como oro fundido si está excitado y fríos como bronce si se enfada, que me excitan con solo una mirada. Esos labios definidos que cuando me besa me llevan al cielo. Y ya no hablemos de sus hoyuelos, eso es poesía, no hay descripción para ellos. Bajo la mirada por su cuello, a su pecho, sus abdominales y me relamo sin ser consciente, un gruñido me hace reaccionar y aparto la mirada.

—Si vuelves a mirarme así paro el coche y te hago mía aquí mismo, ¿está claro?

Trago saliva y asiento, madre mía como me han puesto sus palabras. Me muerdo el labio y miro por la ventana, quizá debería abrirla y que el aire frío me devuelva la cordura, porque tal como estoy ahora la tentación de decirle que lo haga es demasiado alta.

Llegamos a mi casa y me bajo de coche, veo que me acompaña y achico los ojos. Tiene intención de subir, ¿qué hago para evitarlo? Piensa Vicky. Llegamos al portal y saco la llave, no atino a la cerradura y me la quita de las manos, parece ansioso por subir, quizá no debería impedirlo. Yo también necesito lo que él quiere darme. Me callo y entro al ascensor, subimos y abre la puerta del piso también. Una vez dentro lo encaro y espero a que tome la iniciativa, sé que lo está deseando.

Se acerca a mi como un obús, me aprieta contra la puerta y se abalanza sobre mi boca, sin pausa recorre mi cuerpo con sus manos. Ansioso tira de mi ropa, la camiseta sale volando tras la chaqueta que ya adorna el suelo, se agacha delante de mí y arrasa con mis pantalones y mi tanga. Pues sí que tiene ganas, desde arriba le lanzo una mirada que yo creo seductora y parece que lo es. Vuelve a abalanzarse sobre mí, se abre los pantalones y sin más agarra mis muslos, los enrosca a sus caderas y se adentra en mí.

Dios, qué bien se siente esto, se mueve como un pistón bien engrasado, sus caderas y las mías bailan juntas, nuestras lenguas imitan el movimiento de las caderas y nuestras manos buscan la piel del otro desesperadas. Sus movimientos y las ganas que tenía acumuladas me lanzan al orgasmo en cuestión de minutos, él también se corre y juntos resbalamos por la puerta hasta acabar sentados en el suelo.

Mucho después se me ha dormido una pierna, intento moverme y no puedo, Alex se compadece de mí y se aparta, al ponerme de pie siento que algo corre por mi pierna, me pongo nerviosa en el acto y le grito.

—¡No hemos usado protección!

Su cara no se altera lo más mínimo y eso me cabrea más. Corro al baño y tras limpiarme me voy a mi cuarto a buscar algo con lo que cubrir mi cuerpo. Alex ya está ahí, sentado en la cama mientras recorre mi cuerpo con su mirada, Sonríe me recorre con la mirada, furiosa paso por delante de él a coger mi pijama. Una mano agarra mi brazo y me lanza sobre la cama, él se coloca sobre mí y su nariz roza la mía.

—Te quiero Vicky, yo busco algo serio contigo, no te enfades.

—¿Qué has dicho? —Estoy sonriendo, tengo la sonrisa de tonta plantada en mi cara y no sé porqué, ¿me quiere? Vale, yo a él no, ¿o sí?—. No puedes quererme.

—Por supuesto que puedo —acaricia mi mejilla con su nariz y me estremezco— te quiero.

—Oh Dios, yo... no sé si te quiero —eso no ha sonado muy bien— es decir... Fran dice que te quiero, Almudena insiste en que estoy enamorada de ti, su...

Un beso acaba de callar mi discurso, con lo bien que iba, ¿de que estábamos hablando? A saber. Que bien besa este hombre, lo hago rodar sobre la cama y me quedo arriba.

—Vamos a sacar toda esta ropa para que pueda ver esa V que tan cachonda me pone.

—¿Acabas de ordenarme que me desnude?

—No finjas que te parece mal, lo estás deseando —le guiño un ojo a la vez que meto mi mano bajo su camiseta y recorro sus oblicuos.

—No lo hace, pero hay algo que quiero saber —fija su mirada en la mía— ¿quién es ese tal Manolo?

Estiro el brazo y abro el cajón de mi mesilla, agarro el vibrador y se lo enseño. Se ríe pero me complace, entre los dos sacamos su ropa y acabamos acurrucados en la cama tras un maratón sexual como nunca antes había tenido, Manolo incluido.

Capítulo 23

¿Y qué más?

Hoy es uno de Mayo, hace más de dos meses que Alex y yo nos reconciliamos. Desde entonces mi vida ha dado un giro radical. Todos los sábados salgo con Alex y Clara, al parque, pizzerías, parques de juegos, todo lo que pueda gustar a la niña se lo concedemos. Ahora sé que Alex no vive en el piso que comparte con Álvaro. Tiene una casita, que yo considero una casa bastante grande dada la descripción, en a las afueras de la ciudad. Mañana me va a llevar a conocerla y de paso a conocer a la familia de Clara.

Álvaro y Almudena siguen con su romance, ahora ya admiten que son exclusivos, o lo que es lo mismo, que son pareja. Fran y Miguel tuvieron una bronca de las gordas hace poco, estuvieron una semana separados. Por lo que me ha cotilleado Fran, a Miguel le tira la caña un compañero del trabajo y no supo pararle los pies. Nada importante pero en su momento creí que lo iban a dejar. La que peor lo lleva es Alba. Se ha mudado a Valencia, sus padres la necesitan y se fue con ellos. Al padre le encontraron un tumor y por lo visto no hay cura. La Su madre está hecha polvo y ella intenta ayudar en todo. La llamo siempre que puedo e intento animarla, pero es una situación complicada.

No he vuelto a tener noticias de mi padre, ni le he vuelto a ver por Madrid, no voy a decir que me parece mal no verle, pero tenía curiosidad por mi media hermana y su hija. He seguido el avance del embarazo de mi hermana Silvia, tengo un montón de fotos en el móvil de su barriga y las ecos. Santi se está portando como el mejor hermano mayor y eso que aún no ha nacido el bebé, miedo me da lo que hará después. Mi madre me llamó unos días después que la familia regresó a Santiago, por lo que me dijo Paula le pidió que lo hiciera. Ahora resulta que mis padres nunca estuvieron casados, que el matrimonio no fue válido porque papá ya tenía esposa de antes. No me gustó saberlo, pero al menos ahora sé la verdad.

Hace poco me atreví a darle a Alex su regalo de San Valentín, como le dije en su momento, tenía que merecerlo. Le encantó la imagen, ahora está en la mesa de su despacho, donde la ve con solo apartar los ojos de la pantalla del ordenador. El álbum de Clara ha aumentado mucho, cada día que la veo le saco una foto por lo menos y poco a poco le vamos añadiendo acontecimientos.

Todo es alegría a mi alrededor, casi todo, Alba no está bien. Esta noche por primera vez desde que estoy en Madrid no voy a cenar con mis amigos en viernes, todos tienen otros planes y no me molesta para nada. Alex va a pasar la noche conmigo en mi casa para mañana irnos juntos a su casa. Esta noche se quedan los abuelos de Clara allí con ella, mañana los conoceré. Estoy un poco nerviosa por eso, pero estoy segura de que irá bien.

Suena el timbre y me despierto de mis pensamientos. Corro a abrir, ya se que es Alex, puntual como siempre. Entra con la cena en una bolsa, la deja en la encimera y me da un beso de película. ¡¡Qué feliz soy!!

Es por la mañana y Alex me tiene apretada contra su pecho, nuestras pieles están en contacto y esa sensación me gusta. Me remuevo contra su erección mañanera y lo escucho gemir.

—Buenos días, me voy a la ducha.

Escapo de la cama y lo escucho maldecir, me sigue por el piso y acabamos los dos bajo el agua dándonos los buenos días al estilo Alex, es decir, él enterrado en mi cuerpo. Nos vestimos y salimos a la calle, ya en el coche y de camino a su casa me entran los nervios, una especie de premonición me recorre

y empiezo a apretarme las manos. Todo va a ir bien, seguro. Me obligo a ser positiva y agarro la mano de Alex, me la aprieta y sonriendo conduce hacia nuestro destino.

Con el coche estacionado caminamos hacia la casa, es una monada, el lugar perfecto para criar a una niña. Tiene un jardín alrededor que con la llegada de la primavera está increíble, lleno de flores de todos los colores. Es una casa de dos pisos, con un porche en la entrada, se ve una galería en la parte superior y es de piedra. Una pasada vamos. A saber lo que cuesta una casa así.

Llamamos a la puerta y Alex saca sus llaves, entramos y un remolino de pelo rubio se abalanza sobre nosotros. Primero saluda a su papi y después se agarra de mi mano, tirando de mi hacia la cocina donde me dice que están sus abuelos. La sigo y al entrar a la cocina el mundo se me cae, ¿esto es una broma?

Alex entra detrás de mí y al verme ahí parada me da un azote en el culo, no reacciono. Teniendo en cuenta que odio que haga eso, es para preocuparse. Se para a mi lado y carraspea, las otras dos personas de la cocina se giran y sus caras al ver el brazo de Alex sobre mi hombro son muy parecidas a la mía. Alex está flipando, mira a todos y no entiende nada. cabreado pregunta.

—¿Qué coño pasa aquí? —pregunta cabreado.

El silencio le responde y eso lo hace enfadarse más aún, pone su mirada de soy el jefe que ha perfeccionado mucho últimamente y usa esa voz que asusta.

—Explicadme qué pasa aquí ¡ahora!

—Yo... —trago saliva— él... es mi padre —respondo apenas sin voz.

—¿Qué? —Pregunta incrédulo—. No me jodas Vicky, ¿cómo va a ser tu padre el padre de Sonia?

—¿Cómo? —Ahora soy yo la alucinada— ¿él es... ella es, era mi media hermana? Papá habla, no entiendo nada.

—¿Qué tú no entiendes nada? —Divaga Alex mientras pasa su mirada de mi padre a mí— ahora mismo vamos a aclarar esto, al salón todos, ya. —Con lo que me gusta que se ponga serio y lo hace justo ahora, que ni siento ni padezco, asiento y le sigo al salón. Me abstraigo y no me entero cuando sacan a Clara del salón, solo sé que ya no está al espabilarme.

—Te juro que no lo sabía... —Los dos se sientan lo más lejos posible de nosotros, aún no han abierto la boca, cabreada miro a mi padre— ¿no tienes nada que decir?

—No me hables en ese tono, respeta a tu padre Victoria.

—¿Tú me pides respeto? —Me inclino amenazadora y bajo el tono— eso no se pide papá, hay que ganarlo y tú no lo has hecho. Cada día que pasa me decepcionas más.

—No te atrevas a hablarme en ese tono o te saco de aquí —la voz de mi padre es interrumpida por Alex.

—Tú no eres nadie para echar a mi novia de mi casa, ¿queda claro? —Mi padre asiente de mala gana y yo me cubro la cara con las manos—. Tranquilos todos, vamos a poner un poco de coherencia a esta historia porque yo no entiendo una mierda.

Todos nos miramos pero nadie parece querer hablar. Mi padre está tenso, como si deseara estar en cualquier otra parte del mundo. Carmen tiene los ojos brillantes, como si fuera a llorar pero mantiene el tipo. Alex está sentado a mi lado con cara de jefe malo, dejando claro que quiere una explicación y ninguno parecemos muy dispuesto a dársela. Nerviosa e incómoda por la situación me remuevo inquieta en el sofá, él me mira y me hace un gesto con las cejas animándome a que hable. Niengo incapaz de ser yo quien rompa el tenso silencio.

—Yo te lo explico... —Es la voz de Carmen, suena triste y resignada—, llevábamos muchos años juntos, a mí me costó mucho concebir a Sonia, no creímos que fuese a pasar. Eso nos distanció y por cosas de trabajo se fue a Santiago, allí conoció a la madre de Vicky, ¿así me dijiste que te llamabas no? —Asiento y escucho su historia, para variar mi padre calla, es un maldito cobarde—. Él viajaba mucho

por trabajo y así inició una relación con ella, yo no lo sabía y deduzco que tu madre tampoco —niego y le lanzo una mirada asesina a mi padre—. Cuando me quedé embarazada él empezó a viajar menos, pasaba cada vez más tiempo en casa y estaba más pendiente de mí. Nació Sonia y todo iba bien, o eso creía yo. Cuando ella no era más que una adolescente, a Antonio se le quedó el móvil en casa. Lo escuché sonar y respondí, resultó ser la otra esposa. Tuvimos muchos problemas, le dejé y tu madre también lo hizo. Estuvimos separados durante años, nos volvió a unir la muerte de Sonia.

Todos nos quedamos mudos al escuchar la historia de Carmen, esta mujer ha sufrido mucho. La pérdida de su hija, así como la decepciones con su marido, ahora y hace años, la han dejado muy tocada emocionalmente.

—Yo... siento su pérdida señora, nunca pretendí faltarle al respeto. Aquel día en la tienda... —Me sonrojo al recordarlo— yo no lo sabía. La verdad me la contaron mis hermanas hace poco, porque mi querido padre aquí presente, les pidió que me informaran para que dejara de molestarle.

Alex suelta un gruñido y creo que si las miradas mataran la cabeza de mi padre estaría rodando por el suelo. Carmen le mira enfadada, se levanta y le da una sonora bofetada. No le aplaudo porque me da vergüenza alegrarme del mal ajeno, pero se lo merece. Ha perdido a una hija y ni así valora a las que seguimos vivas, por mi puede pudrirse.

Suspiro sin saber qué decir o hacer, miro a Carmen que camina hasta la ventana alejándose del padre de su hija. Las manos de Alex toman mis mejillas y busco su mirada con la mía, gira mi cara hacia él y me susurra.

—¿Eso fue lo que te puso tan mal en la visita de tus hermanas?

—Sí, ellas vinieron de pie hecho a darme el recado de mi padre. Por lo visto soy un estorbo...

Alex me besa muy despacio, ese simple roce de labios me hace sentir querida, aceptada y valorada. Se pone de pie y se acerca a Antonio. Murmuran los dos durante unos minutos, no sé qué hablan y prefiero no saberlo, porque por las caras no es nada bueno. Cuando Alex alza la voz, Carmen y yo nos miramos alteradas, esto se está complicando por minutos.

—Te quiero fuera de mi casa ya. No te prohíbo ver a tu nieta por respeto a Sonia, pero ni se te ocurra volver por aquí, no eres bienvenido.

Carmen niega pero no interviene, me mira y vuelve a negar, dejándome claro que yo tampoco lo haga. La voz de mi padre me alerta de que las cosas se van a poner aún más difíciles.

—Como quieras, te vas a arrepentir de cambiar a mí Sonia por esta maleducada —se calla porque Alex acaba de darle un puñetazo. Dios... ¡A mi padre le está sangrando la nariz! Me mira mal y se levanta— te vas a arrepentir de esto Alejandro Cuesta.

—Ni se te ocurra amenazarme maldito, aún te puedo meter a la cárcel por bigamo. Te recuerdo que yo no soy economista como tu hija, soy abogado. Y ahora sal de aquí antes de que haga algo de lo que me pueda arrepentir.

La mirada de odio de mi padre, mientras abandona el salón seguido por Alex, me duele hasta el alma. Siempre supe que no me quería, pero comprobarlo me escuece. Ahora sé que nunca estuve a la altura. Él solo tenía ojos para Sonia y ella está muerta. Que injusta es la vida... Tuve una hermana a la que no conocí, de mi misma edad y que pasó por lo mismo que yo. Seguro que las dos nos habríamos llevado bien de habernos conocido, pero ya no puede ser. Hay que ver las vueltas que da la vida... Sin planearlo he acabado cocinando a la otra familia de papá y formando parte de ella.

Alex vuelve al salón y me abraza, me acurruco contra su pecho e inhalo su olor. Eso hace que me tranquilice, por un momento creí que mi gran historia de amor se iba a acabar. Al ver a mi padre pensé que se había acabado mi buena suerte, tengo que confiar más en lo que Alex siente por mí. Me ama de verdad, casi tanto como yo a él. Suspiro y le susurró al oído.

—Te amo, eres lo mejor que me ha pasado en la vida —confieso mientras le susurró al oído.

—Yo también te amo —me besa los labios con ternura— joder, ya era hora de que lo admitieras, empezaba a preocuparme.

Los dos estallamos en carcajadas y así logramos aligerar el ambiente. Mis ojos continúan húmedos, pero me niego a seguir triste por alguien que no lo merece. Nos abrazamos y nos besamos, demostrándonos ese amor que los dos sentimos y que nos tiene las hormonas revolucionadas.

Clara al escucharnos reír entra al salón y se lanza sobre nosotros. La abrazamos los dos y cada uno le besa una mejilla. Es un milagro, mi sobrina, que no sabía ni que tenía, es algo así como mi hija adoptiva.

Carmen entra al salón, su cara tiene un rastro triste pero sonrío al vernos a los tres. No soy consciente en que momento nos dejó solos, ni el tiempo que ha pasado desde que hemos llegado o nos hemos estado besando.

—Me alegra que seas tú quien cuide de mi nieta, sé que lo harás bien. Has luchado y sobrevivido, ahora es el momento de ser feliz. ¡Bienvenida a la familia!

Mis ojos se llenan de lágrimas y solo puedo sonreír a esa mujer que, pese al dolor de su pérdida, lucha cada día por salir adelante. Abrazo más fuerte a Alex y la niña y los suelto, me levanto y, antes de que se escape, abrazo a Carmen.

—Gracias, sé que no me porté bien contigo, pero la rabia por lo que mi padre hizo... —trago saliva y me obligo a dejar el pasado atrás, si ella lo intenta, yo también— ya no importa, solo gracias por aceptarme.

Me devuelve el abrazo y me hace sentir bien, esto debe de ser el abrazo de una madre. Ya que la mía quedó muy afectada por la separación, no nos demostró mucho cariño después que Antonio se fue. Sonriendo al sentirme cómoda y aceptada la suelto. Me giro para volver con Alex y me choco con algo, miro al suelo y le veo a él, con una rodilla en el suelo y una caja con un anillo delante de mí.

¿Alex va a pedirme que me case con él? ¡Ay Dios, Alex va a pedirme que me case con él! No me llega la sangre al cerebro, está toda en mi cara, me acabo de poner como un tomate. Mi corazón bombea a un ritmo desenfrenado, creo que me va a dar un infarto. Me coloco la mano en el corazón y le miro.

—Vicky amor, ¿quieres casarte conmigo?

Me quedo muda, miro a todos los presentes y de nuevo a Alex. Esto es una locura, pero... ¿Qué demonios? Emocionada grito.

—¡¡Sí, claro que sí!!

Me abalanzo sobre él y lo lleno de besos, de lejos escucho los aplausos de Carmen y Clara pero yo solo tengo ojos para mi futuro marido. Me encanta como suena, Alex, mi futuro marido. Lo abrazo con fuerza y le meto la lengua en la boca, este día no lo voy a olvidar nunca. Nos besamos desesperados, cuando soy consciente de dónde y con quién estoy, me separo y sonriendo susurro sobre sus labios.

—Te quiero mucho.

—Y yo a ti —me da un beso tierno— no me cansaré nunca de oírtelo decir.

—Ni yo de repetirlo.

Epilogo

Hoy es el día de mi boda, ha pasado un año desde que Alex me pidió que me casara con él. Estoy encerrada en el coche de mi cuñado, en Santiago, con mi amigo Fran agarrando mi mano. En unos minutos entraré a la catedral donde Alex me espera rodeado de toda la familia. Han pasado muchas cosas en este año, vamos desde el principio.

Llamé a mis hermanas para ponerlas al día de mi boda y de que nuestra sobrina no era otra que Clara, las dos se pusieron muy felices. Como dice Silvia, ahora los hermanos Cuesta son de la familia, Clara se tomó muy bien que su mamá resultara ser nuestra hermana y cada vez que puedo hago una vídeo-llamada para que todas hablemos y la niña conozca también a su primo Santi.

Silvia dio a luz a un niño arrugado y feo, que todos vemos con ojos de familiar y lo vemos precioso, le han llamado Daniel y por ahora todo lo que hace es comer y dormir. Mi hermana me ha confesado que pronto lo intentarán de nuevo, a ver si viene la niña. Como dije en momentos anteriores no será difícil, son como dos lapas esos dos.

Almudena y Álvaro están embarazados, yo aluciné al enterarme, Según mi amiga son demasiado efusivos para los preservativos, anda que no habrá métodos... Lo estaban buscando sin siquiera ser conscientes, Alex dice que su hermano está muy mayor para esperar. Lo importante es que los dos están felices, llevan tres meses viviendo juntos y aún no se han matado. Esa es buena señal.

Fran y Miguel se irán a vivir juntos a partir de mañana. Se han comprado un piso cerca de donde ambos vivíamos y en cuanto vaciemos nuestra actual vivienda, los dos empezaremos de cero en otro lugar. Es un momento feliz y triste a la vez, tantos recuerdos que se quedan en ese piso del barrio del Pilar. Pero la vida sigue...

Alba no está muy bien. Hace dos meses que su padre murió, convenció a su madre y las dos regresaron a Madrid. El piso que antes compartía con Almudena lo dejaron y se compraron otro más acorde a su estatus, lo que significa que viven cerca de Álvaro. Ha regresado a su trabajo y poco a poco retoma su vida. Está feliz porque va a ser tía, así nos hacemos llamar los tres del bebé de Almudena y más aún si mi jefe está cerca, como le fastidia que digamos que lo vamos a malcriar... su vena dominante no soporta la desobediencia, uy que pena me da.

Carmen ha aceptado mi relación con Alex, ha conocido a mis hermanas y mi sobrino e incluso fue a visitar a mi madre. No sé de qué hablaron, ninguna lo ha dicho, pero desde entonces se llevan bien. Mamá ha recuperado su alegría y está algo más receptiva, no cariñosa, pero algo es algo. Carmen es la abuela de Clara y será la del bebé de Álvaro. Alex me contó que sus padres murieron en un accidente de avión, es algo raro pero que pasa. Con el dinero de la indemnización montaron la empresa y les ha ido bien. Ambos quieren a Carmen como a una madre porque ella los trata a ellos como tal.

Regreso al presente, tengo que entrar a la catedral. Estoy vestida con mi vestido de Rosa Clará blanco roto que me ha costado un ojo de la cara, unas sandalias blancas y el regalo de mi hermana oculto bajo el vestido. Paula dice que con ese conjunto de ropa interior dejaré en coma a Alex, lo único que lamenta es no poder verlo. Es un poco pervertida, ahora creo que es cosa de familia. Silvia está casada con un amo, yo voy a casarme con un insaciable y ella se dedica a catar cuanto pescado cae a la red, lo dicho... las Salinas somos de armas tomar.

Cojo aire y me bajo del coche, ha llegado la hora del espectáculo. Agarrada del brazo de Fran entro a la catedral, mi mirada va de un lado a otro, reconozco a mi familia, mis amigas y mis adoradas hermanas.

Una sonrisa de tontorrón me adorna la cara al ver a mis sobrinos que caminan unos pasos por delante de nosotros. Alzo la mirada y ahí está Alex, casi se me cae la baba al verlo, está impresionante de chaqué. Nuestras miradas se encuentran y lo demás deja de existir.

Horas después...

Alex y yo estamos abrazados, acabamos de consumir el matrimonio y yo me armo de valor para hacer una pregunta que me acosa desde hace dos años. Me remuevo entre sus brazos y me quedo mirando sus preciosos ojos, bajo la mirada y susurro.

—Alex... —Con mi dedo hago dibujos en su pecho remolona —me gustaría preguntarte algo.

—Dime nena, sabes que vivo para complacerte.

—Esto... —continúo con los dibujos sobre su piel sin atreverme a mirarle— ¿qué pasó aquella noche que me llevaste al hotel?

Rápidamente escondo mi cara en su cuello para que no vea mi sonrojo, siento su pecho moverse antes de escuchar su risa, desconcertada alzo la mirada y se está riendo a mandíbula batiente.

—¿Me explicas el chiste? Porque no le veo la gracia.

—Joder nena, ¿no lo sabes?

—No sé ¿qué?

—Te quedaste dormida —lo veo aguantar la risa— en cuanto tu espalda tocó la cama te dormiste Vicky, no pasó nada.

—No me lo puedo creer...

Los dos acabamos riendo como tontos y disfrutando de los placeres del matrimonio.

UN ADELANTO DE LO QUE ESTÁ POR VENIR...

LOS LÍOS DE ALMUDENA

—¡¡Suéltame!! ¡¡Socorro!! ¡Que alguien me ayude!

—Cállate zorra o en vez de asustarte haré algo más.

Cierro la boca al instante. Su olor a sudor, alcohol y a saber que más me da arcadas pero me esfuerzo por no decir nada.

Por dios Álvaro, ¿dónde estás?

—Escúchame bien. El jefe dice que dejéis de investigar o acabaréis mal. Díselo a tu compañero. Si no hacéis caso de las notas las amenazas irán empeorando y esto será solo un adelanto de lo que puede pasar.

Me da una bofetada que hace que una gota de sangre corra desde mi labio inferior. Automáticamente me rodeo la cintura con los brazos más fuerte. Lo más importante es defender a mi bebé. A él no puede pasarle nada. Me encojo y ese fulano me agarra del pelo obligándome a mirarlo. Me estremezco y él sonríe.

—Haces bien en tenerme miedo. Ahora ve a decirle a ese periodista que o deja de meter las narices donde no debe o a la próxima no saldrás tan bien parada.

Asustada asiento y me dejo caer al suelo cuando él se aleja. No sé el tiempo que paso ahí tirada, las manos de alguien me levantan y busco al dueño con la mirada. Al reconocer sus ojos azules me lanzo a sus brazos y rompo a llorar.

Al entrar en el piso va corriendo al baño y no tarda mucho en regresar. Me guía hasta allí y empieza quitarme la ropa, o lo que queda de ella. Su mirada se desvía hacia mi cara y varias veces lo veo apretar los dientes. Le está costando controlarse y es totalmente comprensible. Ya desnuda me ayuda a meterme en la bañera, que está mediada, y se arrodilla en el suelo a mi lado. Echa jabón en la esponja y despacio

la desliza por mi cuerpo, lavando los restos del olor de ese tipo, la suciedad del callejón y la que yo siento que me cubre y nadie puede ver. Me estremezco y él me mira serio. Mudo acaba de bañarme, me envuelve en una toalla y, tras sentarme en el retrete, de cuclillas frente a mí empieza a curar mi labio, que ha vuelto a sangrar. Me duele, pero no voy a quejarme. Esta vez las amenazas han ido más allá. Estoy asustada pero no me voy a dejar amedrentar.

—Ya está —me tranquiliza con voz dulce.

Se levanta y a mí con él. Despacio me lleva hasta la cama, donde me acuesta. Despacio se sienta a mi lado y me rodea con su brazo. Me recuesto en su cuerpo y escondo mi cara en su pecho.

—Ahora vas a decirme qué ha pasado.

—Álvaro...

—Sin excusas Almudena.

—Él... Ellos... Me dijo que avise a Jorge que deje la investigación o la próxima vez será peor. Pero no es cierto... —Su mirada me calla.

—¿No es cierto?

Se levanta de la cama y me mira furioso. Empieza a pasear de un lado al otro del dormitorio sin dejar de mirarme.

—Dices que no es cierto. Explícame entonces cómo has pasado de recibir amenazas en el trabajo a recibirlas en casa. Y de eso... a esto —ofuscado señala mi cara y yo me encojo.

—Álvaro no te enfades. Hay que hablar con la policía...

—¡¡Que le den a la policía!! En un mes no han hecho una mierda. Si te vuelven a atacar y la cosa se le va de las manos podrías morir. ¿No lo entiendes verdad? ¡¡Estás arriesgando la vida de mi hijo!!

—¿Tu hijo? Eso es todo lo que te preocupa ¿no?

—No, me preocupáis los dos. Esto se está poniendo muy peligroso nena. Quiero que te alejes. Que lo dejes.

Rápida me levanto de la cama y lo fulmino con la mirada. Furibunda niego y camino hacia él. En ese momento la rabia regresa y la dejo salir, no es el culpable pero si va a ser quien pague.

—Ni lo sueñes. Es mi trabajo y no lo voy a dejar. ¡Ni por ti ni por nadie!

—¡¡No es por mí, maldita cabezota!! Es por ti, por nosotros y sobretodo... Por nuestro hijo. ¿Es que estás buscando que le pase algo? ¿Es eso? Porque lo parece... estás arriesgando tu vida y la suya de una forma muy egoísta.

—¿Yo soy egoísta? ¡¡¡¡Te has vuelto totalmente loco!!!! —grito fuera de mí—. Escúchame bien, ¡no voy a dejarlo! Es mi trabajo, ¡mi sueño! Si no puedes con eso será mejor que me vaya.

—¡¡Pues lárgate!! No pienso ir detrás. Pero si le pasa algo a mi hijo por tu insensatez me vas a conocer Almudena.

—¡¡No me amenaces maldito controlador!!

—Mis amenazas si te molestan pero las de los que de verdad quieren hacerte daño no. Me largo... haz lo que quieras, pero ojo... nunca doy segundas oportunidades. ¡A nadie! Si te vas, atente a las consecuencias.

Su mirada me hiela por dentro. Sé que no está bromeando, pero no puedo quedarme. Si lo hago tengo que ceder a sus demandas y no quiero hacerlo. No puedo permitir que de nuevo me digan qué hacer. Con mis padres he tenido más que suficiente.

—¡¡Deja de decirme qué tengo que hacer!! —Le grito aún más alterada

—Adiós Almudena.

—Adiós Álvaro.

Lo veo salir y me derrumbo, caigo de rodillas al lado de la cama y ahogo un sollozo. Acabo de perder

al hombre de mi vida y duele como nada ha dolido jamás. Me paso la mano por el vientre y suspiro.
¿Estaré haciendo lo correcto?

Sobre la autora

Cristin Ferro nació en Gomariz, una localidad de Ourense, el 23 de Julio de 1986.

Desde pequeña ha sido una lectora empedernida, devorando libros de todo tipo que cayeran en sus manos. A medida que pasaron los años fue decantándose por la romántica sin descuidar los demás géneros. De niña escribía pequeñas cosas, relatos o poemas que con los años se perdieron. Colaborando con una amiga crearon un blog donde realizan reseñas de todo tipo y con el apoyo de la misma, empezó a escribir de nuevo, dejando así salir lo que llevaba dentro. Hoy nos publica por primera vez su novela; *Las vueltas que da la vida*, bajo el sello digital *Bookit* de Lxl Editorial.